

LA CUENCA ALTA DEL RÍO MAGDALENA. LA ENSEÑANZA DE UNA HISTORIA EN
LARGA DURACIÓN

LAURA GONZÁLEZ RUIZ

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

FACULTAD DE HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CIENCIAS SOCIALES

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

BOGOTÁ D. C.

2022

LA CUENCA ALTA DEL RÍO MAGDALENA. LA ENSEÑANZA DE UNA HISTORIA EN
LARGA DURACIÓN

LAURA GONZÁLEZ RUIZ

Trabajo de grado para optar al título de Licenciada en Ciencias Sociales

GERMÁN HISLEN GIRALDO

Asesor del trabajo de grado

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

FACULTAD DE HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CIENCIAS SOCIALES

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN Y ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

BOGOTÁ D. C.

2022

Dedicatoria

Un modesto homenaje a dos mujeres que vivieron en los valles de los grandes ríos Cauca y Magdalena y quienes, con amor, entereza, y generosidad, sacaron adelante a sus hijos, nietos y bisnietos.

A Irma Valencia Chaves (1928-2020) y

Paulina Ruiz Lima (1926-2021).

Mis abuelitas.

Agradecimientos

En primer lugar, agradezco a la Universidad Pedagógica Nacional por abrirme las puertas y contribuir en mi formación personal y profesional. Doy las gracias al profesor Germán Hislen Giraldo, por orientar este trabajo desde su experiencia investigativa, por su empatía y apoyo. Así mismo, a los profesores Sandra Rodríguez y Alexander Aldana, por acompañar mi proceso formativo en el Semillero de Historia Cultural y Educación Histórica, espacio que sin lugar a dudas enriqueció esta investigación.

Agradezco al Museo del río Magdalena, en Honda Tolima, por ser el aula abierta y en movimiento precisa para esta investigación, especialmente el soporte y tiempo brindado desde el inicio por Paola Castillo y Germán Ferro, así como otros integrantes del equipo. Con todo el cariño, el reconocimiento para los pobladores de Honda, pescadores, niños y niñas, que brindaron generosamente sus recuerdos y sentires respecto al río Magdalena.

De forma especial agradezco a mis padres y amigos Diego Fernando González Valencia y Myriam Ruiz. Sin su amor y sabiduría como motor, este trabajo no se hubiese logrado. A mi hermanita Ana Milena, por ser mi gran ejemplo y, junto a José y Sarita, acompañarme de forma incondicional. A mi tía Isabel Ruiz por su ternura, sus cuidados y consejos y, con mi tío Carlos Jiménez, apoyarme con generosidad y hospitalidad. A mi tío Desiderio Ruiz y a mis primos Juan Carlos y Elizabeth, gracias por estar disponibles, escuchar y acompañar en diversos momentos.

Gracias a los rostros y los afectos que han permanecido en el lugar llamado elección. A Cristian, por su lealtad y constancia desde el 2005. A Natachita, por su amor en noches interminables.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN	5
Pregunta problema.....	7
Objetivo general	7
Objetivos específicos.....	7
CAPÍTULO 1. EL RÍO MAGDALENA: UNA RUTA FLUVIAL CON HISTORIA.....	11
1.1 Estudios acerca del río Magdalena	11
1.2 Tendencias investigativas en los estudios acerca del río Magdalena	17
1.3 Fernand Braudel y la larga duración como apuesta metodológica.....	18
1.4 La geohistoria y la enseñanza de las Ciencias Sociales.....	20
CAPÍTULO 2. EL RÍO GRANDE DE LA MAGDALENA: TERRITORIO VIVO	23
2.1 Caracterización geomorfológica del Alto Magdalena.....	25
2.1.1 La montaña alta.....	31
2.1.2 La montaña media.....	39
2.1.3 La montaña baja y las formaciones por disección	45
2.2 Huaca Hayo y la montaña: refugio de prácticas culturales	49
2.2.1 El río como marcador temporal de la población nativa del Alto Magdalena	57
2.2.2 Configuración de imaginarios sobre población nativa del río Magdalena	63
2.3 El río Magdalena y las reformas liberales del siglo XIX	67
2.3.1 “Del influjo del clima sobre los seres organizados”	76

2.3.2 Hacia la construcción de imaginarios sobre la población ribereña del Alto Magdalena	83
2.3.3 Conclusiones	88
CAPÍTULO 3. LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL RÍO MAGDALENA: PROPUESTA PEDAGÓGICA DESDE LA GEOHISTORIA EN EL MUSEO DEL RÍO MAGDALENA DE HONDA, TOLIMA.	91
3.1 Justificación	91
3.2 El Museo del río Magdalena de Honda, Tolima	93
3.2.1 <i>Magdalena. Aguas abajo</i> , exposición temporal	94
3.4 Planeación de la propuesta pedagógica: enseñanza de la historia del alto Magdalena desde la geohistoria.	96
3.5. Propuesta de talleres en el Museo del río Magdalena en el marco de la exposición temporal <i>Magdalena. Aguas abajo</i>	97
3.6 Sistematización y análisis	131
3.6.1 Análisis de las entrevistas a habitantes de Honda	131
3.6.2 Análisis de los talleres realizados	132
4. CONCLUSIONES	136
5. BIBLIOGRAFÍA	139
6. ANEXOS	151

Índice de ilustraciones

Ilustración 1. Carta del curso del Río Magdalena	9
Ilustración 2. Huancayo, el Alto Magdalena	25
Ilustración 3. Laguna del Buei, origen del río Magdalena	26
Ilustración 4. Depresión del Magdalena	27
Ilustración 5. Cascada en el río Magdalena cerca de su origen (Cauca)	33
Ilustración 6. Grandes alturas de la Cordillera Central de los Andes	36
Ilustración 7. Nevado del Tolima, vista desde las orillas del Magdalena	38
Ilustración 8. Vista del río Magdalena	48
Ilustración 9. Plano topográfico de las inmediaciones del pueblo de San Agustín	53
Ilustración 10. Especies Subacuáticas	57
Ilustración 11. Orillas del Magdalena. Hogar de una familia de pescadores	59
Ilustración 12. Cabaña de pescadores a orillas del Magdalena	75
Ilustración 13. Calentanos cotudos y caratosos	79
Ilustración 14. El Champán	86
Ilustración 15. Nacimiento del río Magdalena	115
Ilustración 16. Entrada del mercado de Honda	123

Índice de tablas

Tabla 1. Evolución del área glaciario en el Alto Magdalena	37
Tabla 2. Principales afluentes del Alto Magdalena y área ocupada en Km ²	40
Tabla 3. Estructura temática de los talleres en el Museo del río Magdalena, Honda (Tolima)	96

INTRODUCCIÓN

El río Magdalena ha estado vinculado a la transformación del territorio colombiano, debido a su importancia cultural, económica y social. Con una extensión de 1540 kilómetros, reúne en su cuenca el 70% de la población del país, ampliando su zona de influencia a través de la navegación, por puentes y caminos, siendo una ruta comercial y cultural por donde han transitado prácticas, tradiciones y memorias de los pueblos que lo han habitado.

Con todo, los estudios históricos han fragmentado el río Magdalena en función de los acontecimientos que han ocurrido en este, como *escenario primordial de la patria*. Por lo tanto, este trabajo de pregrado, inscrito en la Línea de investigación y enseñanza de la historia, es una primera aproximación a la propuesta de enseñanza de una historia de larga duración del río Magdalena, partiendo de una concepción del río como territorio y paisaje con transformaciones y continuidades, que posee un tiempo propio conectado con dinámicas sociales y que no es impermeable a la historia. Es más, es historiable en sí mismo como sujeto histórico.

De acuerdo con Braudel (1981), se asume en este trabajo el río como un sujeto histórico en la medida en que el agua permite el tránsito entre la unidad física y la unidad humana; es “unión, transporte, intercambio y acercamiento; pero a condición de que el hombre consienta en ello, y más aún, a condición de que esté dispuesto a pagar lo que cuesta” (Tomo I, pág. 365). En el caso del río Magdalena, su cuenca también ha significado fragmentación y un obstáculo cuyo esfuerzo por superar ha sido una conquista continua, desde la apropiación y aprovechamiento del valle del río por parte de los pueblos originarios, pasando por el patrón de poblamiento y comercialización que desde la época prehispánica ha tenido al río como columna vertebral del país.

Partiendo de lo anterior, el río Magdalena debería tener un lugar importante dentro de la enseñanza de la historia en tanto contribuye a la construcción de un pensamiento crítico del proceso histórico y el cuestionamiento de imaginarios y representaciones ancladas en apropiaciones históricas del espacio. Por ello, esta investigación está orientada desde la propuesta metodológica de Fernand Braudel, la larga duración que, con la geohistoria como objeto de estudio, rastrea el tiempo histórico de lentos cambios que sucede en el espacio y se teje por debajo de los acontecimientos rápidos y las coyunturas cíclicas.

Los ríos y su formación geomorfológica han sido parte de diseños curriculares dentro de la geografía, continuando con la división tradicional de las dimensiones espacio y tiempo, producciones culturales que organizan la experiencia vivida y transmitida, a partir de las cuales se otorgan significados al entorno. Sin embargo, las implicaciones geomorfológicas del río como posibilidad para la sociedad se han transformado históricamente, por lo que el análisis de la dimensión temporal del espacio es de gran importancia en una propuesta educativa que vincule las ciencias sociales y abogue por el acortamiento de las brechas académicas que han dividido el estudio del espacio y los estudios históricos.

La larga duración, como enfoque de trabajo historiográfico, está fundamentada en las categorías espacio temporales de Braudel (1986) y pertenece a un análisis socio histórico profundo de lento cambio, el de las estructuras, tiempo en el que el investigador aborda la coacción geográfica (equilibrio lentamente construido entre climas, vegetaciones, poblaciones animales, trashumancia de la vida de montaña, la vida anclada al valle del río, la fijeza del marco geográfico en las civilizaciones), las continuidades o fijezas en lo cultural (el utillaje mental que nutre las formas de pensar, las costumbres y tradiciones), y las continuidades o regularidades en lo económico.

De acuerdo con lo mencionado, en esta investigación se abordarán los movimientos largos relacionados con la formación geomorfológica del río Magdalena, en su primera etapa, y el utillaje mental reflejado en imaginarios sobre el río y la vida ribereña, considerando su proyección de un tiempo lejano. Teniendo esto presente, emerge la siguiente pregunta problema:

Pregunta problema

¿Qué elementos de larga duración se encuentran en la historia del río Magdalena y por qué son importantes dentro de la enseñanza geohistórica del río?

Objetivo general

Analizar los procesos geohistóricos de la alta cuenca del río Magdalena y los imaginarios configurados sobre el río en un tiempo de larga duración.

Objetivos específicos

1. Identificar las continuidades y transformaciones geohistóricas en la historia del río Magdalena.
2. Evidenciar los imaginarios sobre el río Magdalena y la cultura fluvial relacionados con factores etnoclimáticos.
3. Diseñar e implementar una propuesta pedagógica para la enseñanza geohistórica de la alta cuenca del río Magdalena en el Museo del río Magdalena, en Honda Tolima.

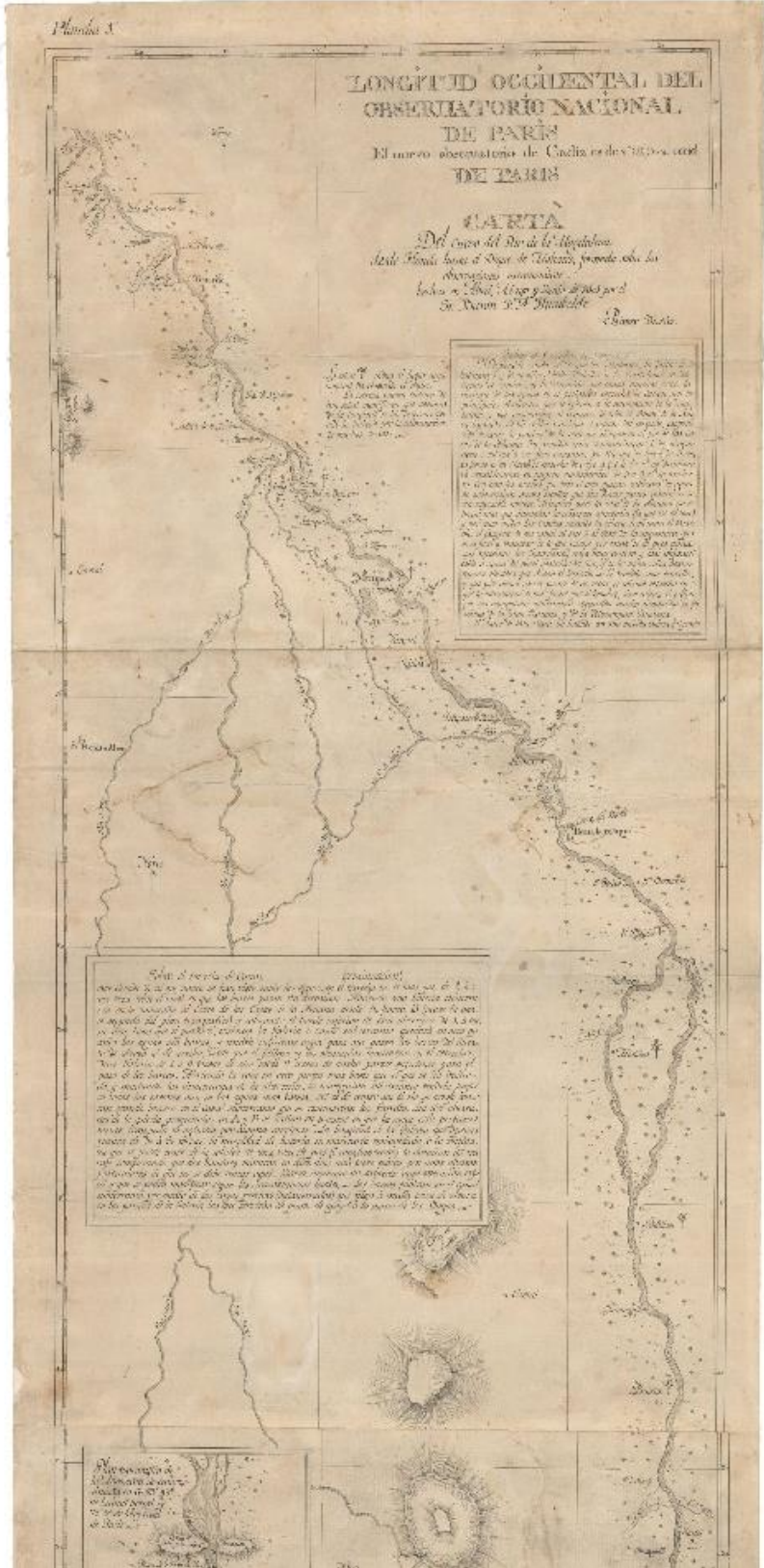
Con los anteriores objetivos como guía, esta investigación se realizó a partir de un contraste de fuentes, entre las que se encuentran las crónicas de viajeros y exploradores nacionales y extranjeros del siglo XIX, las acuarelas y grabados de ese mismo siglo, y la prensa liberal del Alto Magdalena, ejemplificando la constancia de estos rasgos en la experiencia vital de la población ribereña en la coyuntura de las reformas liberales del siglo XIX, que tuvieron lugar entre 1845 y 1853.

En el primer capítulo se realizó un balance bibliográfico de investigaciones recientes que han abordado el río Magdalena como objeto de estudio histórico. También se explica el marco metodológico desde donde se analizaron las fuentes, los debates que nutren la postura teórica de Fernand Braudel y la emergencia de la geohistoria dentro de la enseñanza de las Ciencias Sociales.

A partir de la categoría de larga duración y desde la geohistoria, en el segundo capítulo se abordan las características geomorfológicas del Alto Magdalena (analizando factores físicos del río como los procesos de glaciación y deglaciación de los páramos, las pendientes de alta montaña y montaña media, el transporte de material sedimentario y el régimen bimodal de lluvias) en relación directa con los grupos sociales que habitaron la cuenca alta del río Magdalena en el siglo XIX, indagando por el ritmo histórico tras el desarrollo del paisaje, los vínculos económicos, modos de vida y configuraciones socio culturales que corresponden a mentalidades de larga duración, cuya vigencia resiste el cambio ante coyunturas y momentos críticos de la historia.

Con el fin de establecer una relación entre los tiempos del río, los registros del siglo XIX y la época contemporánea (vista desde la experiencia de la población ribereña), en el tercer capítulo se presenta el diseño y la implementación pedagógica llevada a cabo en el Museo del río Magdalena, en Honda Tolima. Se realizaron entrevistas a pescadores artesanales y talleres con niños visitantes del museo, en donde se trabajaron las memorias de los viajeros del siglo XIX, las memorias familiares de los niños y niñas en torno al río y, a partir de este contraste, rastrear los imaginarios de la población ribereña, el río y su zona de influencia.

Las entrevistas realizadas y los talleres en el Museo del río Magdalena dejaron abiertas rutas posibles de investigación, por lo que se espera que la lectura del presente trabajo investigativo propicie nuevos caminos dentro de la enseñanza de la historia, en donde la relación pasado-presente tenga en cuenta la voz de quienes han vivido el río Magdalena, un territorio en movimiento.



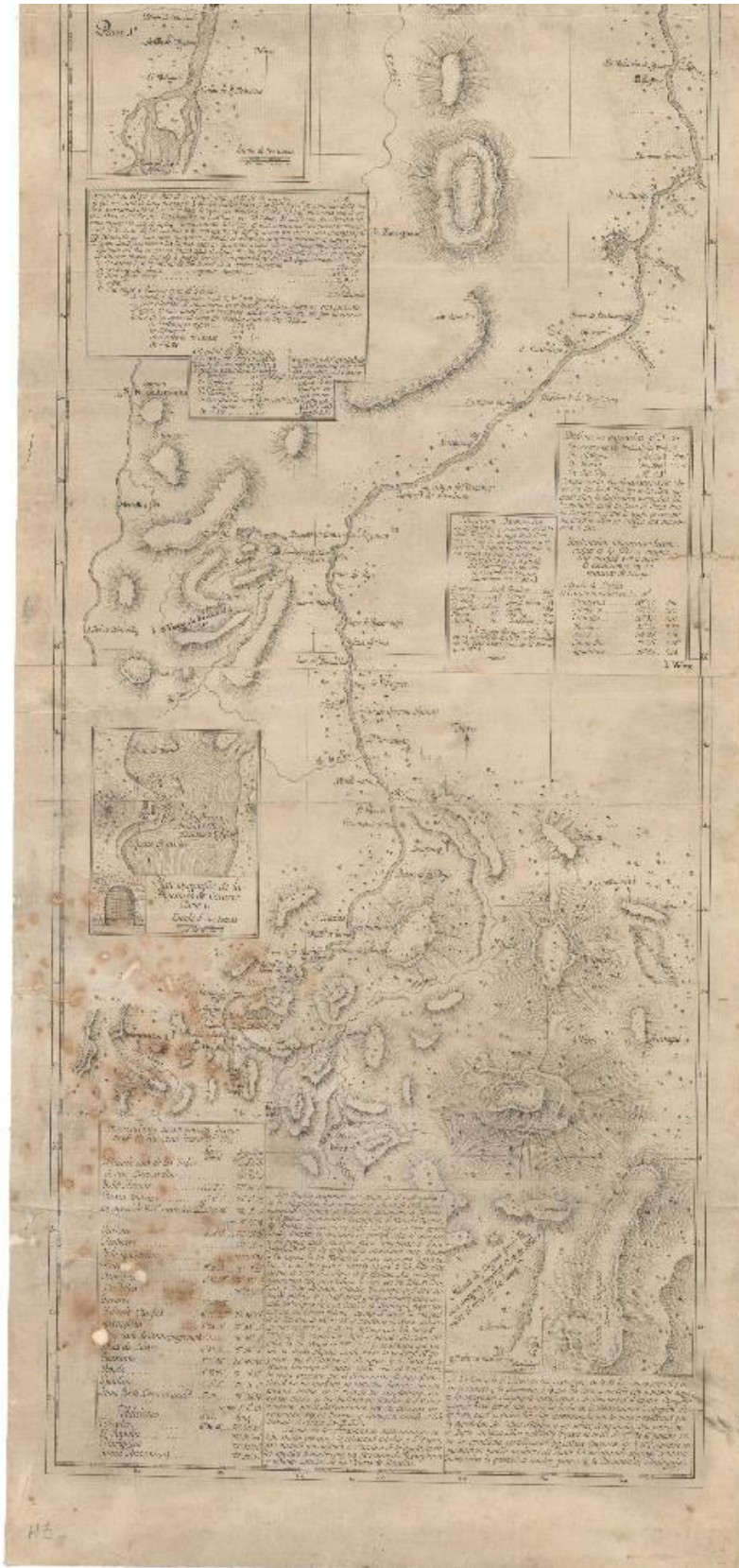


Ilustración 1. Carta del curso del Río Magdalena (Humboldt, A. 1801).

CAPÍTULO 1. EL RÍO MAGDALENA: UNA RUTA FLUVIAL CON HISTORIA

El primer capítulo de este trabajo se centrará en presentar un balance bibliográfico de la producción académica relacionada con las investigaciones históricas sobre el río Magdalena, identificando las tendencias y enfoques que se han usado en estos estudios y los vacíos en los que la presente investigación se enfoca. De acuerdo con estos hallazgos, se explicará el marco metodológico en el que se fundamenta este trabajo.

1.1 Estudios acerca del río Magdalena

Con el fin de lograr un acercamiento a los enfoques y métodos con los que se ha estudiado la historia del río Magdalena recientemente, se realizó un balance bibliográfico a partir de la indagación documental de las bases de datos de la Universidad Pedagógica Nacional, repositorios universitarios y buscadores especializados como Dialnet, Scielo y Google Académico.

El río Magdalena no solo abarca un porcentaje importante de territorio, sino que, al involucrarse directamente con la sociedad, ha sido estudiado desde diferentes disciplinas como la ingeniería civil y ambiental, la química, la biología, la antropología, la literatura, la arquitectura, la administración pública, el derecho y la economía. Por ello, el balance bibliográfico realizado se centró en investigaciones y trabajos de grado, que abordan el río Magdalena como objeto de estudio dentro de la disciplina histórica.

Este balance permitió ver el lugar que ha ocupado el río Magdalena a nivel interdisciplinar, y así trazar las posibilidades dentro de la investigación y enseñanza de la historia. Por ello el análisis se enfocó en identificar los objetivos de las investigaciones, la delimitación temporal y espacial y

cómo se ha abordado la historia del río Magdalena, dilucidando de esta forma las tendencias investigativas desde donde se ha estudiado el río Magdalena en tanto objeto de estudio.

Un documento relevante en este rastreo fue la investigación *Magdalena, río de Colombia* (Gómez, 1974), en el que el geógrafo e historiador Rafael Gómez Picón realiza un recorrido por las subregiones del río ('El alto río', 'Hacia el Magdalena central o medio', y 'En el bajo Magdalena'), describiendo los cambios y fluctuaciones de su cuenca desde el *descubrimiento* por parte de los españoles hasta 1945. Entre los ejes vinculantes con los que estudia el río Magdalena se encuentran los principales afluentes del río; las empresas de los conquistadores por dominarlo; costumbres indígenas en torno al río -desde una visión occidental-; la importancia del río en la economía colonial, republicana y contemporánea; y prácticas culturales y oficios que emergieron en el río y prevalecen gracias a él. Esta investigación se remite a fuentes primarias de la colonia y del siglo XIX, en un importante ejercicio de evidenciar el río como sujeto histórico anclado a nociones patrióticas.

El río visto como límite y posibilidad ha sido analizado a partir de fuentes literarias. Tal es el caso del artículo *El valle del río Magdalena en los discursos letrados de la segunda mitad del siglo XIX: territorio, enfermedad y trabajo* (Villegas, 2014), en donde se aborda la dicotomía entre las tierras altas y las tierras bajas en el marco de la inserción a un mercado global, distancia validada por los discursos letrados de la élite conservadora y liberal, que contrastaba la exuberancia del valle del río Magdalena y la indiferencia, pereza e insalubridad en la que vivía la población de las tierras bajas en relación con las ventajas que ofrecían las tierras altas.

En *Escritores sobre el río grande de la Magdalena (Colombia): memorias del agua* (Bárceñas, Del Valle y Mejía, 2020), se cuestiona la forma en la que el río ha aparecido como protagonista literario entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, partiendo de la importancia

de la pluma de los escritores en la configuración ideológica, racial, de género y de clase, del río Magdalena. De acuerdo con los autores, el río, como protagonista de la historia del país, ha aparecido en la literatura colombiana para mantener y perpetuar percepciones de sojuzgamiento étnico, racial, dicotomías de tierra buena (alta) y tierra mala (baja). En contraste a esa visión racionalizada del espacio, la escritura popular y la tradición oral se centran en la realidad del agua que se desborda y afecta a la población ribereña.

En el artículo *Tránsitos por el río Magdalena: el boga, el blanco y las contradicciones del liberalismo colombiano de mediados del siglo XIX* (Martínez, 2011), se toma como referencia los escritos de José María Samper (1828-1881) para ejemplificar la forma en la que el imaginario político-económico del liberalismo justifica la dominación de las zonas tropicales y de su gente, enfatizando en el clima malsano, caluroso, con habitantes indisciplinados, pues “el clima, constituirá el escollo principal para ingresar a la civilización de acuerdo con las élites andinas” (pág. 19), y uno de los principales factores con los que se valorarían en el futuro las regiones y las poblaciones ribereñas.

Las crónicas de viajeros han sido ampliamente usadas como fuente histórica pero también como objeto de análisis sobre la concepción cultural de la naturaleza y las representaciones de la cultura material de las riberas del río Magdalena. A este respecto, el trabajo *El río Magdalena visto por viajeros franceses e ingleses, 1823-1871* (Gallón, 2009), realiza un estado del arte sobre las representaciones que viajeros plasmaron en crónicas, acuarelas y grabados, sobre la cara pintoresca, exótica y salvaje de la ribera del río Magdalena. A partir de las apuestas metodológicas de la Historia cultural, el autor organiza los relatos de los viajeros en relación con el transporte en el río decimonónico, costumbres representativas de los ribereños vista desde occidente, la fauna y la flora del río y la relación de los habitantes con la naturaleza.

La literatura de Gabriel García Márquez también ha sido fuente para el abordaje de la historia del río. En el caso de la Historia ambiental, en el trabajo “*Cuando los caimanes se comieron la última mariposa*”: *Reflexiones desde la historia ambiental del Río Grande de la Magdalena a partir de un diálogo esquizosémico con la novela El Amor en los Tiempos del Cólera* (Cruz, 2017), se identifican fenómenos y situaciones relacionados con la historia ambiental del río a partir de una lectura desdoblada de la novela, tales como el tráfico ilegal de la fauna del río Magdalena, la caza de caimanes y manatíes, la pesca artesanal y prácticas nocivas para la fauna de agua dulce, los bosques tropicales y la deforestación. A través de un proceso histórico-ambiental, el autor reflexiona sobre la realidad ambiental, social y cultural actual del río Magdalena.

La importancia histórica del río es abordada desde su relevancia comercial, ambiental y política en el trabajo *Registros históricos sobre el caribe colombiano. Canales y caminos en el Río Magdalena (1823-1881)* (Marmolejo, 2018) investigación en la que compilan leyes y decretos del siglo XIX relacionados con la navegación a vapor, las desventajas que ofrecía el río en este campo. Si bien algunas reglamentaciones mencionaban parámetros para cuidar el río, las políticas no se materializaron en proyectos que facilitaran la actividad comercial a través del río, principalmente en el bajo Magdalena.

Siguiendo la dirección río arriba y río abajo, en el artículo *El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento* (Ferro, 2013) se redescubren los sentidos de la historia del río Magdalena, contrastando relatos de viajeros, nociones del paisaje de tierra caliente, oficios y prácticas ancestrales y los cambios constantes del río, cada uno de los cuales ha configurado una cultura fluvial también cambiante. A partir de la categoría de cultura fluvial, el artículo *Tiempo de vidrio y de abundancia. Saberes y oficios de la cultura fluvial en el Alto Magdalena* (Andrade, 2016), analiza la pesca artesanal, oficio tradicional propio de la cultura ribereña, que conecta a Honda y

Puerto Bogotá, vecinos marcados por una historia en común y por la intervención antrópica que ha modificado los tiempos de subienda y de vidrio.

Entre las nuevas corrientes históricas ha cobrado interés la Historia pública. Desde esta perspectiva, el artículo *Lo público de la Historia pública en Colombia: reflexiones desde el Río de la Patria y sus pobladores ribereños* (Bocarejo, 2018), asume a los pobladores del río como “agentes, actores y sujetos de la historia del río y, por ende, de la construcción del Estado-nación colombiano” (pág. 69). A través de la metodología de la investigación acción, la autora pone en tensión las narrativas históricas que son validadas y los silencios existentes, proponiendo la reflexividad sobre los estudios históricos del río (en donde tienen cabida las complejidades de la relación pasado-presente, la polifonía de la memoria, y los entrelazamientos de la población ribereña con los cambios del agua) y su uso fuera de la academia.

Investigaciones que han abordado históricamente el valle del río Magdalena en una estructura de tiempo extendido, se encuentran los cinco tomos de la colección *Los hombres entigrecidos* (Serna, 2020), en donde se explora los antecedentes históricos de la violencia del Magdalena medio, visibilizando las interpretaciones que los habitantes ribereños han otorgado a este fenómeno, el conjunto de creencias fundamentadas en atavismos culturales, la figura del indio caribe intervenida por el colonialismo y que era asociada a las violencias en la región y en la mitología nacional deviniendo en la construcción de una memoria regional. Así mismo, se resalta el reciente libro del antropólogo Wade Davis, *Magdalena. Historias de Colombia* (2021), resultado de un viaje de cinco años por el curso del río Magdalena desde su nacimiento hasta la desembocadura en el mar Caribe. El recorrido geográfico se une con las narraciones de las poblaciones que va encontrando en su viaje y elementos históricos significativos del pasado que han determinado la realidad actual.

Dentro de la divulgación histórica y el diálogo con la construcción de conocimiento histórico cabe mencionar la colección dedicada al río Magdalena en la Revista Credencial Historia (2014), con 21 artículos enfocados en distintas facetas del río que van desde la población prehispánica de su valle hasta su papel en la guerra de independencia, las guerras civiles y el auge de los ferrocarriles y los hidroaviones a inicios del siglo XX. Como se menciona en la presentación, este tipo de iniciativas buscan renovar desde la historia la importancia del río como eje estructural de Colombia.

También es relevante el trabajo de la Biblioteca Nacional de Colombia, “Mapeando Colombia”, un libro interactivo que desarrolla el proceso cartográfico en el territorio, y tiene un capítulo dedicado al *Río Grande de La Magdalena: una historia de exploradores, riquezas y disputas* (Vélez, 2018). Allí el río se muestra como protagonista del poblamiento de América y de comunicación en el territorio. Los primeros mapas del río se lograron navegando sus aguas (como el elaborado por Humboldt en 1820, viaje en el que tardó dos meses), también fueron levantados como estrategia de guerra durante las batallas de independencia; estos incluyeron símbolos sobre la valoración del río en donde prevalecían el oro, la plata y las esmeraldas; perfeccionándose con la sincronización de las longitudes del país mediante el telégrafo.

Finalmente, en esta investigación se tuvo en cuenta el proyecto *El río: territorios posibles* realizado por el Banco de la República (2021), un espacio de reflexión sobre los ríos y las cuencas hidrográficas del país como el Magdalena, el Cauca, el Amazonas, el Atrato, el San Juan, entre otros. A través de conferencias, talleres literarios, laboratorios sonoros, vídeos interactivos dirigidos al público infantil, entre otras estrategias educativas, el proyecto busca rescatar la importancia de los ríos como sujetos de derechos y como conexiones vitales de la sociedad.

1.2 Tendencias investigativas en los estudios acerca del río Magdalena

El análisis de los documentos muestra la tendencia a presentar una historia fragmentada del río en función de acontecimientos y coyunturas macro en las que ha sido importante, como la perspectiva implícita de que la historia del río Magdalena inició con la conquista y *descubrimiento* de los españoles, o aquella en la que solo es importante desde el auge exportador, el inicio de la navegación a vapor o la conexión con los ferrocarriles, aun cuando ha aumentado el interés por recuperar la historia del río a partir de quienes lo habitan. La categoría de *arteria fluvial* suele estar relacionada con la importancia económica del río, y las propuestas de estudio se suelen enfocar en las zonas portuarias del río Magdalena. De estos puntos, sin lugar a dudas, Honda es el eje neurálgico de las investigaciones. Prevalece, por lo tanto, la perspectiva del río como escenario-recurso-medio de transporte, en donde las implicaciones ambientales y la noción de desarrollo son los factores que guían la historia del río.

A nivel metodológico, el uso de fuentes ubicadas entre los siglos XVI y XIX, en especial la de cronistas, está presente en la mayoría de los trabajos analizados. Con todo, no se suele cuestionar la visión de los viajeros, en tanto sus informes silencian la voz de aquello que describen, pero sí se centran en la configuración cultural de sus representaciones. A este respecto, son notables los aportes desde la historia pública y la divulgación histórica en el contraste de perspectivas y enfoques para analizar estas fuentes, entablando diálogos entre los estudios sobre el río que emergen del saber académico y los saberes, tradiciones y oficios de las poblaciones ribereñas y un público diverso interesado en las dinámicas de las cuencas hidrográficas del país.

A partir de lo anterior, es relevante para esta investigación la lectura inter y extra textual de las crónicas de los viajeros europeos del siglo XIX y el discurso civilizador del proyecto liberal en relación con el río Magdalena, desentrañando el tiempo del río y su cultura ribereña. ¿Qué tenían

por contar los habitantes del gran Guaca Hayo?, ¿qué simbolizaba el río para los pueblos nativos del Alto Magdalena?, ¿qué significaba el río para los bogas, los caminantes del río?, ¿por qué la necesidad de gobernar y someter el Magdalena?

1.3 Fernand Braudel y la larga duración como apuesta metodológica

Esta investigación parte del marco metodológico propuesto por Fernand Braudel (1902-1985), historiador de la segunda generación de la Escuela historiográfica de los Annales, quien propuso una historia total en la que se tuviera en cuenta aquella historia casi imperceptible. En su magna obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1981), analiza tres tiempos históricos, el de las estructuras, el de las coyunturas y el de los acontecimientos; en éstos, el espacio geográfico no es simplemente un escenario en el que acontece la historia, sino que también es historiable. Partiendo de su postura metodológica, para comprender el proceso histórico es necesario comprender el espacio geográfico y sus transformaciones, así como las implicaciones sociales, económicas, culturales de la región estudiada.

En su ensayo “La larga duración” (1986), Braudel explica que para captar la historia del mundo desde esta duración es necesario jerarquizar las corrientes, fuerzas y movimientos particulares, distinguiendo los movimientos largos de los cambios breves, para luego realizar una síntesis de conjunto, valiéndose de diferentes disciplinas como la economía y la geografía, así como de modelos interdisciplinarios para enfatizar en la relación e interdependencia sociedad-naturaleza.¹ Entre las fuentes intelectuales de Braudel se encuentran el posibilismo geográfico de

¹ A este respecto, es interesante el análisis comparativo que realiza Enrique Guerra Manzo (2005), entre las concepciones de tiempo según Fernand Braudel y el sociólogo Norbert Elías. Braudel distingue el tiempo físico del social, explicando la articulación entre “la experiencia del tiempo personal y una figuración social determinada” (pg. 10). Aunque en *El Mediterráneo* esta conexión no se hace explícita, Braudel sí hace un llamado a trabajar las múltiples voces de la historia desde todas las ciencias del hombre, como una empresa interdisciplinaria. Elías, por su parte, entiende esta polifonía temporal a partir de las secuencias mecánicas (tiempo físico) y la serie pasado-presente-futuro (tiempo social), en donde la experiencia de los individuos es abordada desde procesos sociogenéticos civilizatorios en

Paul Vidal de la Blache, la geografía histórica de Lucien Febvre y la categoría de estructura social del sociólogo Emile Durkheim².

Con el fin de percibir estos cambios significativos, es importante que el historiador centre su atención en las relaciones aparentemente estables entre el espacio y las sociedades que sustenta, pues las estructuras poseen movimiento, así parezca imperceptible. Por lo tanto, la importancia investigativa se enfoca no solo en la permanencia de las estructuras, sino en la dimensión temporal de larga duración, indagando por el proceso de formación de las estructuras, su continuidad o estabilidad, y su erosión o desagregación (Colmenares, 1997).

La propuesta de Braudel no ha estado exenta de debate. Críticos de su método han mencionado la falta de conexión entre los aspectos geográficos y los acontecimientos políticos cotidianos (Fontana, 2001). En “La revolución historiográfica francesa” (Burke, 1990), se menciona que el objeto de estudio de Braudel es la geohistoria, entendiéndola como la relación del ser humano con su ambiente; por esta razón, examina la historia de los rasgos geográficos del espacio mediterráneo, como el relieve y el clima, que a su vez sitúan fronteras culturales en las que

donde la “experiencia del tiempo de individuos que pertenecen a sociedades estrictamente regidas por el tiempo, es un caso entre muchos de estructuras de la personalidad que adquiridas socialmente, no son menos coactivas que las propiedades biológicas” (Elias, 1989, pág. 144), y la psicogénesis de las figuraciones sociales y los sujetos implicados en ellas, en donde la experiencia del tiempo surge del vínculo entre el *habitus* (disposición a ser y hacer) y el mundo social.

² Si bien adopta la noción de estructura de Durkheim respecto a la separación entre el proceso histórico de los hechos sociales y los estados de conciencia o experiencia individual, son relevantes los esfuerzos llevados a cabo desde la *Escuela de los Annales* para redefinir esta categoría, entendiéndola desde su historización y evolución, como un ensamblaje de la realidad cuyo desgaste y cambio tardan en el tiempo. Algunas poseen una vida larga, hacen parte estable de varias generaciones, obstruyendo y determinando a su vez la historia. Otras se desintegran de forma más rápida. En un caso u en otro, las estructuras constituyen sostenes y obstáculos de la historia, en tanto son límites de los que la humanidad tarda en desprenderse como, por ejemplo, las mentalidades (Braudel, 1986).

se dan intercambios y difusión de ideas, bienes y costumbres³. Es justa, sin embargo, la crítica de Burke respecto al poco énfasis que Braudel da a las actitudes, las creencias, los valores y las mentalidades colectivas del mundo mediterráneo, ya que considera que el ser humano es prisionero tanto del espacio que habita como de las estructuras. En esta misma vía, si bien no niega el movimiento de la geohistoria, la presenta como inmóvil ya que no evidencia el desarrollo del paisaje ni los cambios que la influencia humana generan en este.

1.4 La geohistoria y la enseñanza de las Ciencias Sociales

La geohistoria, como eje central de esta investigación y la propuesta pedagógica, fue una categoría desarrollada en la escuela de los Annales, teniendo como antecedente el interés por la geografía evidente en los trabajos de Lucien Febvre, por ejemplo, en “El Rin: historia, mitos y realidades”, de 1935.

En el ámbito educativo se han realizado investigaciones orientadas hacia la enseñanza de las ciencias sociales, entre las que resalta la propuesta pedagógica de Núñez (2019), trabajo en el que el autor discute sobre las dificultades que presentan los docentes de ciencias sociales en la superación de la división de las disciplinas en el aula; por ello el autor propone repensar el espacio a partir de condiciones históricas determinadas, desde un enfoque interdisciplinar. Por su parte, Estupiñán y León (2019), realizan una interesante investigación relacionada con las potencialidades de la geohistoria en el aula inclusiva, disminuyendo las brechas comunicativas y

³ Braudel descompone a la historia en pisos, distinguiendo dentro del tiempo de la historia, un tiempo geográfico, un tiempo social y un tiempo individual. En “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II” (1981) da una visión en conjunto del Mediterráneo; pasa a estudiar la economía, los estados, las sociedades, las civilizaciones y las formas de guerras, en términos de ritmos y coyunturas; y finaliza con una historia sobre política tradicional.

la separación entre los hechos históricos y el análisis espacial y geográfico en las clases, con una propuesta para enseñar la Revolución Industrial del siglo XVIII en Inglaterra.

Para esta investigación se toma la vinculación establecida por Braudel entre la geografía y la historia:

Pero podemos explicarlo de otro modo: la vida de una sociedad está en la dependencia de factores físicos y biológicos; está en contacto, en simbiosis con ellos; estos factores modelan, ayudan o estorban su vida y por lo tanto su historia... No toda esta historia sino una parte: aquella a la que proponemos llamar geohistoria. (Braudel, 2002, citado en Mattozzi, 2014, pág. 13).

A partir de esta conceptualización, para esta investigación resultó relevante el potencial de la geohistoria para la enseñanza del proceso histórico desentrañando los cambios sutiles y, en casos como el del río Magdalena, abruptos por causa antrópica. La geohistoria se asume como una ruta para cuestionar la relación pasado-presente, no desde el relato oficial de los grandes acontecimientos y los grandes héroes, sino desde la historia de los hombres y las mujeres que se han enfrentado a ese espacio. “La geohistoria es el estudio de un doble vínculo, de la naturaleza con el hombre y del hombre con la naturaleza, el estudio de una acción y de una reacción, mezcladas, confundidas, incesantemente reanudadas, en la realidad de cada día” (Braudel, 2002, citado en Mattozzi, 2014, pág. 13).

El doble relato de la geohistoria, brinda dos velocidades diferentes: un cambio rápido (el tiempo social) y un ritmo más lento (el tiempo geográfico), confluyendo en una tercera fase que construye un nuevo nivel de interpretación de las relaciones bidireccionales ser humano-entorno. Por lo tanto, en este trabajo se realizó una descripción de los escenarios naturales que fluyen junto

al río Magdalena desde su nacimiento hasta la ciudad de Honda, en el norte del Tolima, contextualizando la vida ribereña durante el siglo XIX. La descripción geográfica pasa a ser un punto importante del análisis, en donde las dinámicas sociales pasaron a ser un factor explicativo de los ritmos del río.

En la propuesta pedagógica se hizo uso de cartografías de los sentidos y las emociones, del dibujo, la pintura, y el relato oral, con el fin de establecer el diálogo que se proyecta desde la geohistoria: el análisis de los tiempos del río de acuerdo a los vínculos posibles en tres momentos de la historia: los relatos sobre el río a mediados del siglo XIX, los habitantes del río desde el siglo XX y los niños y niñas que hoy habitan el río. De acuerdo con el rastreo documental, no se han realizado trabajos que se centren en la enseñanza de la historia del río Magdalena desde la geohistoria, partiendo de la apropiación que niños y niñas tengan del río y la configuración temporal de los imaginarios sobre el río, por lo que este trabajo investigativo resulta novedoso e importante, como un primer acercamiento a la historia salvaguardada por el gran río Magdalena.

CAPÍTULO 2. EL RÍO GRANDE DE LA MAGDALENA: TERRITORIO VIVO

El objetivo de este capítulo es abordar la historia del Alto Magdalena, primer tramo del principal río del país, a partir de la propuesta metodológica de larga duración histórica de Fernand Braudel (1902-1985), historiador interesado por el ritmo y las diferentes velocidades del tiempo en el proceso histórico.

De acuerdo con Braudel, el tiempo histórico generalmente se ha detenido en los acontecimientos, o la llamada *histoire évènementielle*, tiempo explosivo que, aunque acapara la atención de los contemporáneos al ajustarse a momentos específicos tanto de la vida cotidiana como de la vida económica, política, social, religiosa y cultural, es de corta duración. Para comprender los movimientos periódicos a nivel económico, demográfico y político, los historiadores se valen de un *tiempo coyuntural*, segundo nivel de análisis braudeliiano, gracias al cual se encuentran puntos de referencia y de corte por medio de agitaciones, curvas y movimientos. El riesgo en la investigación consiste en regresar a los acontecimientos, en una especie de ciclo. Sin embargo, hay un tiempo, de ritmo y cambio mucho más lentos, que subyace como causa de estos dos anteriores.

Para comprender ese tiempo de lentos cambios, Braudel propone la *larga duración*, como apertura en el estudio y concepción de lo social, definiendo este tiempo de la siguiente forma: “La historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados” (Braudel, 1981, pág. 17).

La propuesta metodológica de Braudel y los debates en torno a esta, presentados en el capítulo anterior, orientan el análisis de los aspectos físicos del Alto Magdalena, rasgos que tienen

su propia historia y sin los que las tendencias (coyunturas) y acontecimientos no se pueden entender. Esta caracterización física será analizada en relación directa con los grupos sociales que habitaron la cuenca alta del río Magdalena en el siglo XIX, buscando percibir el ritmo histórico tras el desarrollo del paisaje (evitando las explicaciones geográficas reduccionistas), los vínculos económicos, modos de vida y la configuración y desarrollo de estructuras sociales que corresponden a mentalidades de larga duración, particularmente las representaciones sobre la población ribereña del río Magdalena.

Con estos objetivos en mente, se hizo una revisión documental e interpretación de fuentes primarias y secundarias de información que han abordado al río Magdalena, siendo referentes localizados en archivos históricos digitalizados por la Biblioteca Nacional de Colombia y la Biblioteca Luis Ángel Arango. Las principales fuentes primarias fueron los relatos, acuarelas y grabados de viajeros extranjeros que navegaron por el río durante el siglo XIX, así como los números del periódico liberal *El Alto Magdalena*.

2.1 Caracterización geomorfológica del Alto Magdalena

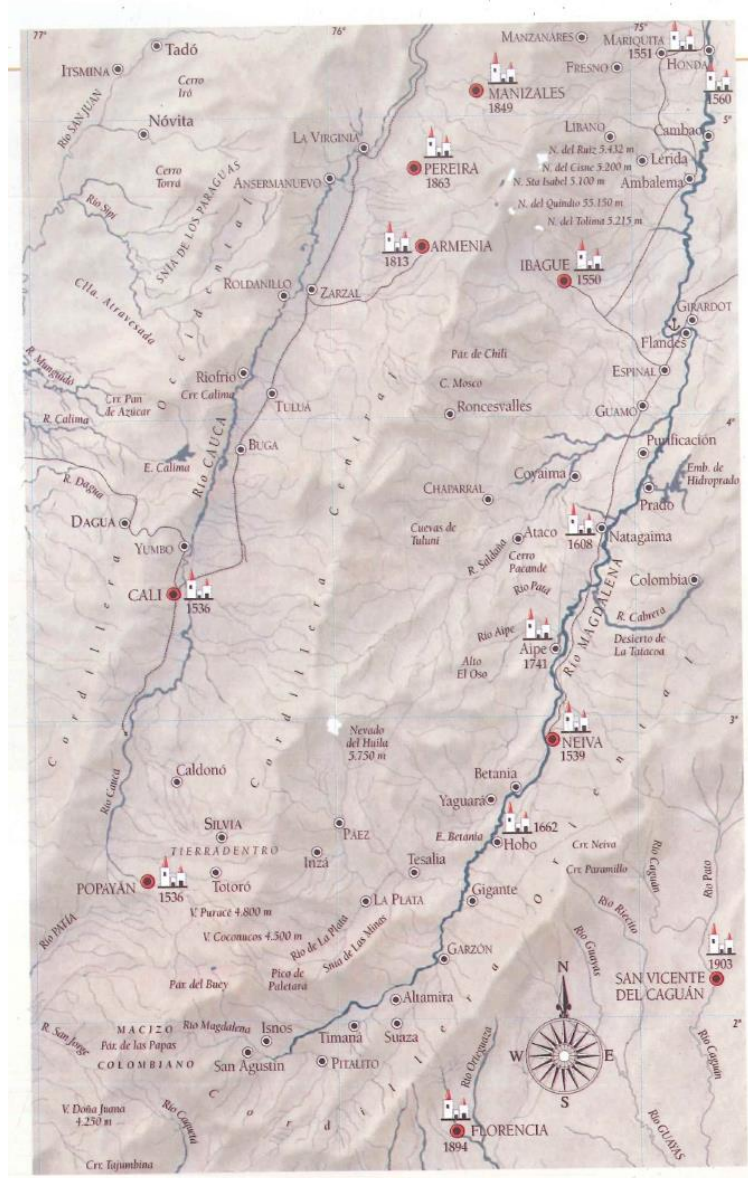


Ilustración 2. Huancayo, el Alto Magdalena. (Credencial Historia, 2014).

El gran río Magdalena nace en el Macizo colombiano a 3685 msnm, en el extremo suroccidental del país, lugar en donde se dividen los Andes entre las Cordilleras Central y la Oriental, en la llamada Estrella fluvial, cuna de los principales ríos del territorio. En la altiplanicie formada en la bifurcación de la cordillera, denominada Páramo de las Papas, se encuentran la laguna de la Magdalena, nacimiento del río, y la laguna de Santiago, de la cual fluye la quebrada

Lambedulce, uno de sus primeros afluentes. Otras lagunas que van a alimentar el joven cauce del Magdalena son las del Buey, que el pintor neogranadino Manuel María Paz plasmó en una Ilustración como parte del trabajo pictórico de la Comisión Corográfica, llevada a cabo entre 1850 y 1859, y que por mucho tiempo se consideró como el nacimiento del Magdalena (ver Ilustración 3); también “la de Ortiz, San Patricio, San Rafael y otras, y de casi todas se originan fuentes que, por una y otra parte, van a unirse al gran río” (Acevedo, 1981, pág. 57).

El recorrido del río, que algunos autores sitúan entre los 1528 y los 1600 kilómetros, vincula 20 departamentos, de los cuales once quedan dentro de la cuenca: Huila, Tolima, Cundinamarca, Caldas, Boyacá, Antioquia, Santander, Bolívar, Cesar, Magdalena y Atlántico. La cuenca del río está constituida por 31 ríos principales y su extensión total es de 256.622 km², de los cuales 54.453 km², aproximadamente, corresponden al Alto Magdalena.

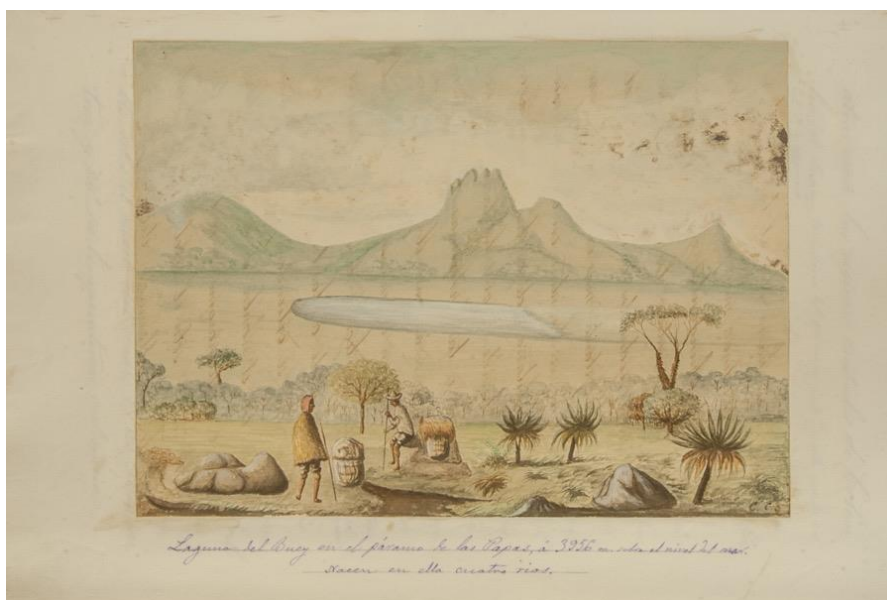


Ilustración 3. Laguna del Buey, origen del río Magdalena, en el páramo de las papas: provincia de Neiva (Paz, 1857).

El profesor Antonio Flórez (2003) explica que, como resultado de la acreción hacia el occidente de los terrenos Andaquí (correspondiente al Precámbrico, 4500 m. a.) y Chibcha (que emergen en el Paleozoico superior, durante los períodos Carbonífero -360 m. a.- y Pérmico -286 m. a.-), asociada a la colisión entre las placas de Nazca, Suramericana y Caribe, los Andes empezaron a experimentar movimientos epirogénicos progresivos, situándose en el Eoceno (54 m. a.) las primeras fases de orogenia. En el Oligoceno (38 m. a.) se dio la sedimentación terciaria de las cordilleras Occidental y Oriental, proceso que continuó en las depresiones del Magdalena y el Cauca (ver Ilustración 4).

Posteriormente en el Mioceno (26 m. a.), prolongándose hasta el Plioceno (7 m. a.), se da la fase Eu-andina en donde, debido a la acreción del terreno Cuna, aumentó el plegamiento y fallamiento del sistema andino, separando las cordilleras de las depresiones. Estos movimientos compresivos dieron inicio al volcanismo en el eje de la cordillera Central, en la cordillera Centro-Occidental y el Alto Magdalena, y el subsecuente proceso de sedimentación de rocas ígneas en las depresiones de lado y lado de la cordillera.

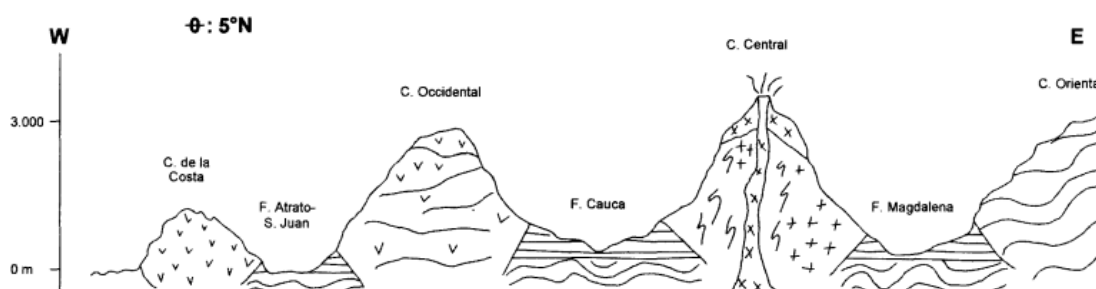


Ilustración 4. Depresión del Magdalena (Flórez, 2003).

Finalizando el período Terciario (65 m. a. – 7 m. a.), los Andes alcanzaron una altura similar a la actual, proceso orogénico que aún continúa. El levantamiento de las cordilleras generó las fallas que delimitan la cuenca alta del río Magdalena: las de Chuzma y Calarcá al occidente, y el

sistema de fallas de Garzón-Suaza al oriente (CORMAGDALENA, 2007). Entre los procesos que afectan la cuenca alta del Magdalena, se encuentra también la actividad sísmica debido a la posición del país en la convergencia de placas tectónicas. La liberación energética producto del movimiento de placas, ha ocasionado efectos catastróficos en el valle del Alto Magdalena, como el sismo del año 1805 que afectó las poblaciones de Honda y Mariquita, causado por la falla de Ibagué.

En la ciudad de Honda, el sismo arruinó 159 edificios, y causó 113 heridos y 111 muertos (Ramírez, 1975). John Potter Hamilton (1955), diplomático inglés que pasó por Honda en 1824, mencionó que las ruinas del terremoto de 1805, tragedia de la que la ciudad no se recuperaba, evidenciaban que antes Honda era una ciudad muy notable. Sobre este suceso, el diplomático y explorador francés Mollien (1944), escribió que había “dejado rastros espantosos de sus estragos; muchas casas y hasta la iglesia están derruidas. Sin embargo, todavía quedan en pie algunos edificios bastante buenos. Las calles están pavimentadas y tiradas a cordel” (pág. 49).

Teniendo en cuenta este antecedente, los temblores de 1824 (17 y 31 de diciembre), produjeron que los habitantes de Ibagué, Mariquita y Honda pernoctaran en la calle; las violentas sacudidas recordaron el amargo suceso de 1805. De hecho, la población preveía un inminente cataclismo pues, según la creencia popular, sería la consecuencia de las altas temperaturas experimentadas en los últimos tres meses “sin que en todo ese lapso hubiera llovido una sola gota en toda la provincia, lo que había acarreado miseria y males sin cuento a los campesinos” (Hamilton, 1955, pág. 120).

Los terremotos de 1826 y 1827 marcaron también el Alto Magdalena y la zona centro del país durante el siglo XIX. Aunque los mayores estragos se sintieron en el Huila, testigos bogotanos del terremoto del 18 de junio de 1826 mencionaron que "el terror era grande; por donde quiera se oía el santo Dios. [...] las viejas rezaban; a las mozas les daban convulsiones, y San Emigdio era

invocado a toda hora, porque de los santos nos acordamos cuando nos asustamos. Por más de 15 días se estuvieron sintiendo movimientos que, aunque tenues, eran suficientes para mantener a la gente en alarma fuera de sus casas" (Ramírez, 1975, pág. 114).

El fuerte terremoto ocurrido en 1827 (16 y 17 de noviembre), ocasionó el represamiento de los ríos Sombrerillos y Suaza -que estuvo sin correr 55 días-, a causa de deslizamientos de material a ambos lados del río Magdalena. El rompimiento del dique formado, produjo una creciente que causó el terror entre la población de la montaña baja y el valle. Se registró la muerte de más de 250 personas en Neiva a causa de la erupción del volcán del Huila y el Puracé. A causa del desborde de las aguas represadas, el río Magdalena se enturbió, al grado de causar la muerte de muchos peces.

Se asegura que la explosión fue del cerro de Huila y del volcán de Puracé; acaso principalmente del páramo de Las Papas, de donde nacen el Cauca y el Magdalena. [...] Lo mismo sucedió hacia el Magdalena; sus aguas se enturbiaron a tal punto que murieron muchos peces y aseguran también que estaban hediondas. En el Valle de Neiva fue horrible el terremoto, cayendo todas o la mayor parte de las casas de paredes y tejas, lo mismo que las iglesias. Muchos cerros se han desplomado, y con sus ruinas taparon algunos ríos y quebradas; así sucedió con la Honda, en cuyas Vegas había hermosos plantíos de cacao; estuvo tapada algunos días, y rompiendo después el impedimento arrastró lo que hallaba el paso, destruyendo las haciendas, y ahogando 161 personas; en otro se ahogaron 21, y pasan de 200 las que se sabe a ver perecido en la provincia de Neiva a consecuencia del terremoto. (Ramírez, 1975, pág. 121).

Debido a estos terremotos, el diplomático francés Augusto Le Moyne (1945), quien visitó el país entre 1828 y 1839 y mostró sus impresiones de Honda y las secuelas de la actividad tectónica

en la ciudad, mencionaba en sus memorias que los efectos aún se advertían en las ruinas de las casas y edificios principales. Además, la población había menguado considerablemente, llegando a no tener más de 2000 personas, cifra baja considerando la importancia que aún mantenía a nivel comercial. 45 años después, los efectos de los temblores y los terremotos aún eran patentes; de hecho, una pequeña sacudida que empezó en el sur del país en dirección norte, “despertó y aterrorizó a la población” (Ramírez, 1975, pág. 151) en la madrugada del 17 de diciembre de 1872. Reacción comprensible pues, de acuerdo con Gutiérrez de Alba (1873), en ciudades como Neiva las casas por sus débiles bases crujían al estar la mayoría construidas con madera y paja. Por ello los habitantes pasaron la noche en la calle y algunos murieron debido al susto y la confusión.

Resultado del proceso orogénico también se encuentra la reducción de la temperatura e incrementos en la humedad, las lluvias y la biodiversidad, al crearse una barrera orográfica. Cerca al nacimiento del río, el régimen de lluvias es monomodal, caracterizado por un incremento en las precipitaciones los meses de junio y agosto, y el período más seco en los meses de diciembre y marzo, con un promedio anual de 1000 mm. En el inicio de la amplia llanura, la pluviosidad se caracteriza por ser bimodal, con dos períodos en los que aumenta la sequía (enero y febrero, junio a septiembre) y dos ciclos húmedos (entre marzo y mayo, y octubre y diciembre). En esta zona el promedio anual de lluvias aumenta a 1300 mm. El caudal del río aumenta en la cuenca media conforme también se incrementan las lluvias, con un promedio de 2000 mm. (CORMAGDALENA, 2007).

De igual forma, la transición entre periodos de glaciación y desglaciación propia del Cuaternario (1.6 m. a – 10000 a., aproximadamente), incidió en la formación de masas glaciares en las montañas y de los diferentes modelados morfológicos, teniendo relación con la configuración de las principales cuencas hidrográficas del territorio. Por esta razón, es necesario caracterizar los

tipos de estructuras que hacen presencia en el nacimiento y primera parte de recorrido del río Magdalena.

2.1.1 La montaña alta

La montaña alta (con altitud a partir de 2700 msnm) corresponde a los puntos con mayor levantamiento orogénico, en donde hay mayor transporte de materiales hacia las áreas medias y bajas. En la alta montaña se encuentran, de abajo hacia arriba, el modelado *periglacial heredado* en donde se ubica el piso bioclimático altoandino; el modelado *glaciar heredado*, que corresponde al páramo y páramo bajo; el modelado *periglacial* actual que coincide con el super páramo (sobre los 4500 msnm); y el *glaciar* cuya altitud supera los 5000 msnm y ocupa 41.255 Km² del área andina colombiana (IDEAM, 2010). Como se observa, esta macro unidad y los modelados que la componen son de vital importancia por ser el espacio en donde se configuran las redes de drenaje y empieza la organización del régimen hídrico.

Los movimientos de los glaciares durante el último período glacial conocido como Cocuy o Fuquense (hace 116000 años, ocurriendo el enfriamiento de los Andes Colombianos aproximadamente entre los 70000 y los 25000 años (IDEAM, 2010)), suavizaron las pendientes de la alta montaña, siendo diferente en el espacio periglacial, que se encontraba por debajo de los 3100 msnm. La red de drenaje de alta montaña no genera fuerte disección; sin embargo, al llegar al piso altoandino (imperante durante el cambio climático del Holoceno, aproximadamente hace 10000 años), los numerosos afluentes que se formaron en los modelado glaciar y glaciar heredado, descendieron con mayores pendientes, dando inicio a la formación de cañones y, por consiguiente, propiciando áreas de mayor humedad y condensación, caracterizadas por su inestabilidad y movimientos de material en formas de derrumbes (IDEAM, 2010). Debido a la alta oferta hídrica,

el sistema altoandino ha sido ocupado históricamente, intervenido e invadido por colonos, destruyendo la vegetación, degradando los suelos con la colonización agrícola, aumentando así el escurrimiento de las aguas superficiales, la disección y el transporte de materiales en el piso bioclimático altoandino.

En el Alto Magdalena el modelado *glaciar heredado* tiene gran importancia en la regulación hídrica, dada la abundante nubosidad y humedad atmosférica; además, los suelos son orgánicos, lo cual permite absorber grandes cantidades de agua. A los 3400 msnm, es posible encontrar las primeras quebradas y ríos que nacen en el valle glacial, en la margen derecha

Santa María, Chontadural, Cuchiguayo, el Gallo, y los ríos Claro y Quinchana. Y por la izquierda el Ovejeras, con reconocidas ínfulas de rival, como que es el primero que por su importancia parece atreverse a disputarle supremacía; luego, Las Juntas, el Majuas, el Blanquito y el Negro. Así se enriquece en la parte más alta de las cabeceras (Gómez Picón, 1973, pág. 50).

Las precipitaciones, las cascadas y quebradas que nutren al Magdalena, cuya tenacidad y velocidad crecen conforme aumentan su pendiente y afluentes, y la neblina que acompaña esta primera etapa, alimentó la admiración y fantasía de los viajeros, al contrastar este paisaje con el comportamiento del río en las cuencas media y baja. Gutiérrez de Alba, funcionario y escritor español que estuvo en el territorio neogranadino entre 1870 y 1884, incluyó en sus “Impresiones de un viaje a América” (1873), la acuarela de las cascadas de 60 metros de caída, cercanas al nacimiento del río, en donde hacía presencia roca ígnea propia del nudo de la cordillera, lugar adecuado para el descanso de los viajeros, en improvisados cobertizos de hojas de cerbatana (ver Ilustración 5).

El viajero John Stuart (1989) visitó la Nueva Granada entre los años 1836 y 1837 y registró en su crónica de viaje el cambio de paisaje desde el Bajo Magdalena, cuya zona más cercana al río se caracterizaba por áreas abandonadas pero fértiles, pasando por el Magdalena medio, en donde se empiezan a divisar las faldas de la Cordillera Occidental y amplias plantaciones de plátano y cacao. En la desembocadura del río Nare, cuanto más próximas se hacen las montañas y el Alto Magdalena, Stuart registró el aumento en las precipitaciones, los peligrosos remolinos que se formaban en el río y que provocaban, en no pocas ocasiones, el naufragio.



Ilustración 5. Cascada en el río Magdalena cerca de su origen (Cauca) (Gutiérrez de Alba J. M., s.f.)

De igual forma, Mollien (1944) logró diferenciar el cambio de temperatura experimentado en el río Magdalena a raíz de la influencia de la cordillera a medida que el viajero se acercaba al nacimiento del río:

En el Magdalena se advierten tres temperaturas perfectamente diferenciables: las brisas del mar soplan desde su desembocadura hasta Mompós; desde esta ciudad hasta Morales ningún viento viene a templar los ardores de la atmósfera, y el hombre sucumbiría bajo el calor a no ser por los rocíos abundantes que caen durante las noches; desde Morales hasta las fuentes del Magdalena, el viento que sopla del Sur calma el calor del día y constituye la tercera temperatura, la de las brisas de tierra, que hacen que la navegación por el Magdalena no suela ser mortal para los europeos (pág. 50).

Las áreas de *páramo* y *páramo bajo*⁴ han sido tradicionalmente usadas para ampliar la frontera agrícola con la ganadería extensiva y el cultivo de papa, por ejemplo. Con todo, la intervención antrópica de los páramos, la destrucción de la vegetación nativa y el cambio en el uso del suelo, ha acelerado el escurrimiento superficial y el transporte de sedimentos coluvioaluviales hacia lagunas y quebradas, en donde estos se acumulan, son invadidos por vegetación de pantano e inciden en la disminución de reservas hídricas en los páramos (IDEAM, 2010).

El registro geográfico realizado por Agustín Codazzi Manuel Paz, “Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia” (1889), evidencia la existencia de 17 nevados en el siglo

⁴ El páramo bajo se ubica sobre los 3500 msnm, y el páramo propiamente dicho sobre los 4000 msnm. De acuerdo con Flórez (2003), finalizando la Pequeña Edad Glaciar, aproximadamente en 1850, el límite de los glaciares colombianos estaba a los 4300 msnm. En los próximos 150 años, el límite inferior está a los 5000 msnm, concluyendo que, debido al incremento térmico de la atmósfera y la fundición de los glaciares, el límite se eleva cinco metros en promedio, modificando la composición, la fisionomía y las formaciones vegetales. “Desde comienzos del Holoceno la vegetación fue colonizando progresivamente las áreas deglaciadas al mismo tiempo que se formaban nuevos suelos. Las variaciones en la cobertura vegetal necesaria incidieron en la efectividad de los procesos erosivos, ya que a mayor cobertura vegetal la erosión hídrica y eólica es menos efectiva” (Flórez, 2003, pág. 149).

XIX de los cuales ocho terminaron por fundirse por el incremento en la temperatura y los cambios en las precipitaciones sólidas. De acuerdo con la información del profesor Antonio Flórez, desde el siglo XX “la temperatura ascendió con una oscilación menor hasta el presente, lapso en el cual desaparecieron varios glaciares (nevados)” (Flórez, 2003, pág. 151). Esta información permite contrastar la descripción realizada por la Comisión Corográfica sobre los nevados en el siglo XIX (incluyendo los glaciares Caleras, desaparecido en 1948; Pan de Azúcar y Cisne, ambos extintos en 1960):

Es digno de observarse que en la Cordillera Occidental no hay sino los nevados de *Chiles* y de *Cumbal*, mientras que en la Central está el mayor número de ellos y los más hermosos, á saber: *Coconucos*, *Puracé*, *Huila*, *Quindío*, *Tolima*, *Ruíz*, *Mesa de Herveo* y *Santa-Isabel*. Estos tres últimos tienen el nombre general de “Páramo de Ruiz”. En la Cordillera Oriental sólo se encuentra la gran sierra nevada de Chita ó de Güicán, pues el *Cerro-nevado* de Sumapaz no se cubre de nieve sino en algunos meses del año. Eso mismo le sucede á los volcanes de *Pasto* y de *Sotará* (Codazzi y Paz, 1889, pág. 19).⁵

En el Alto Magdalena se encuentran glaciares sobre estructuras volcánicas activas, como los nevados ubicados en la parte central de la Cordillera Central: Huila (5364 msnm), Ruiz (5330 msnm), Tolima (5225 msnm) y Santa Isabel (4950 msnm), los cuales, por su gran tamaño, son caracterizados como estrato volcanes, formados por capas que incluyen lavas, piroclastos, flujos detríticos, entre otros (Flórez, 2003). Estas alturas llamaron la atención de los viajeros al romper el paisaje de la llanura y ser visibles desde distintos puntos del Tolima, e incluso desde la sabana de

⁵ De los nevados descritos por la Comisión Corográfica se extinguieron en el siglo XX los siguientes: Chiles, en 1950; Cumbal, en 1985; Puracé, en 1940; Quindío, en 1960; Sotará, en 1948 (IDEAM, s.f).

Bogotá. Como se observa en la Ilustración 6, el viajero Gutiérrez de Alba contrastó la soledad y monotonía del paisaje con las elevaciones de la cordillera central. En este modelado también es posible encontrar calderas, cráteres de varios kilómetros de diámetro como resultado de explosiones o del hundimiento de una estructura mayor, como la de El Letrero (3600 msnm), al sur de la laguna La Magdalena.



Ilustración 6. Grandes alturas de la Cordillera Central de los Andes. Nevados de Colombia N° 2 (Gutiérrez de Alba J. M., 1875).

La actividad volcánica, que incluye fumarolas y explosiones, ha afectado los glaciares acelerando su fusión, proceso en el que también influyen los materiales piroclásticos concentrados y la radiación solar, logrando una reducción progresiva en el área ocupada por la masa glacial. De acuerdo con los datos del IDEAM (ver Tabla 1), desde el siglo XIX se ha perdido un 92% del área glacial en el país. En los últimos 50 años, la superficie glacial se ha reducido un 68%.

Tabla 1.*Evolución del área glaciar en el Alto Magdalena*

Estructura	Área (km²) 1850	Área (km²) 1980	Área (km²) 2010	Área (km²) 2020
Volcán Nevado del Huila	33.7	15.4	9.7	6.74
Volcán Nevado del Ruiz	47.5	17.9	10.3	8.14
Volcán Nevado del Tolima	8.6	1.6	0.75	0.52
Volcán Nevado Santa Isabel	27.8	6.4	1.9	0.45

Fuente: Datos obtenidos de la sistematización realizada por el IDEAM a partir de fotografías aéreas e imágenes satelitales.

Durante las explosiones volcánicas, el hielo se funde, produciendo que la reserva hídrica disminuya y que, a través de los lahares (flujos de lodo, rocas y agua), el material volcano-glaciar afecte el cauce y los cañones de los ríos, generalmente desbordándose en los piedemontes y causando catástrofes en las poblaciones que habitan allí, como ocurrió con la erupción del volcán Ruiz en 1831, 1833 y 1845 (Flórez, 2003). Denominado por los pueblos originarios como *Mesa nevada de Hervé* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1995), la fusión de su masa glaciar del volcán nevado del Ruiz alimenta, por su flanco oriental, los ríos Lagunillas, Gualí y Recio.

El volcán nevado del Huila, que cuenta con la mayor altura de la cordillera central, es el que aporta el volumen hídrico del río Páez, uno de los principales tributarios del Magdalena en su cuenca alta. Su reactivación volcánica en los últimos 20 años ejemplifica las transformaciones en las áreas glaciares, que abarca el surgimiento de fisuras que permiten el desprendimiento de enormes bloques de hielo, desestabilización de la nieve y posibles avalanchas (IDEAM, s.f.). Aunque el hielo glaciar que cubre el cráter se funde tras las explosiones de volcanes como el Ruiz

y el Huila, produciendo en ocasiones flujos catastróficos, la actividad volcánica fertiliza los suelos con la presencia de andisoles (incluso más allá de las faldas), a raíz de las cenizas y arenas volcánicas, lo cual permite el aprovechamiento del suelo para el cultivo del café en las tierras templadas de la Cordillera central (IDEAM, 2010).

El nevado del Tolima, por su parte, coincide con un estrato volcán de forma cónica que “se destacaba iluminado por los primeros rayos del sol entre las ligeras nubes que poco más tarde suelen ocultarlo completamente” (Gutiérrez de Alba, 1871, pág. 106). En las cercanías de la desembocadura del río Saldaña en el Magdalena, Gutiérrez de Alba pudo registrar esta elevación, sobresaliendo entre las otras serranías, en medio de las cuales el río Magdalena y sus tributarios se abren paso (ver Ilustración 7). La fusión de sus aguas drena la parte oriental de la cordillera, depositando sus afluentes en los ríos San Romualdo, Toche, Combeima y, finalmente, el Magdalena. Contrario a las explosiones de las anteriores estructuras, el Tolima se caracteriza por las fumarolas y actividad hidrotermal, sobre capas de flujos de lava y fisuras glaciares (IDEAM, s.f.).



Ilustración 7. Nevado del Tolima, vista desde las orillas del Magdalena (Gutiérrez de Alba J. M., 1871).

El volcán nevado Santa Isabel se diferencia también por poseer domos en su estructura, y un deshielo acelerado por la recepción de ceniza de la actividad volcánica del Ruíz, lo cual disminuye el albedo e incide en la acumulación de energía solar y derretimiento del glaciar. Los 0.6 Km² de nieve que en la actualidad ocupan los domos del Santa Isabel, ha dado lugar a lagunas periglaciares, que se unen a su red hídrica compuesta por los ríos Claro, Otún y Campoalegre, en el costado occidental de la cordillera, y los ríos Totarito, Azul, Mozul, en el flanco oriental como tributarios del Magdalena (IDEAM, Volcán Nevado Santa Isabel, s.f.).

2.1.2 La montaña media

El proceso de levantamiento de la orogenia no solo se refleja en los picos más altos de las cordilleras, sino en las depresiones interandinas que se elevaron en menor medida, pero que en el Pleistoceno (aproximadamente hace 1.6 m. a.) formaron conos fluvioglaciares y sistemas aluviales en los que antes existían mares interiores, que se agruparon en los ríos principales del Magdalena, Cauca, Cesar, Patía, Atrato y San Juan, los cuales son tributados por ríos menores que fluyen desde las altas montañas hacia la montaña media, macro unidad en la que se experimenta de forma plena el potencial hidrogravitatorio y, como es la más poblada, es el espacio en el que se concentran los mayores riesgos para el ser humano y los cultivos (ver Tabla 2).

Tabla 2.*Principales afluentes del Alto Magdalena y área ocupada en Km²⁶*

Corriente principal	Afluentes Directos	Afluentes 3er orden	Afluentes 4to orden
	Guarapas (827)		
	Suaza (1514)	Quebrada Cascajosa	la
		Quebrada Negra	
		Quebrada Fraguosa	La
Río Magdalena	Páez (1565)	Ullucos (607)	
		La Plata (1439)	San Rafael (628)
			Aguacatal (628)
		Negro (590)	
	Yaguará (1510)	Iquira (572)	
	Neiva (1396)		
	Baché (1435)	Quebradas Raya, Francisco, Blancas, Dulce, El Chiflón, Guayaba.	La San Peñas Agua Palmar, La
	Villavieja (499)		
	Aipe (958)		
	Pata (592)		
	Cabrera (2500)		
	Las Ceibas (246)		
	Sombrerillos	Naranjos (480)	Granadillos
			Balseros

⁶ En el caso de algunos afluentes de tercer y cuarto orden, no fue posible encontrar datos actualizados sobre su área, por lo que no se incluye esa información.

El Quebradón	
Fortalecillas (397)	
Saldaña (9240)	Blanco (574)
	Atá (1257)
	Amoya (1409)
	Tetuan (800)
	Ortega (685)
	Cucuana (1840) Chili (696)
Luisa (765)	
Sumapaz (3074)	
Bogotá (5987)	Balsillas (584)
	Apulo (538)
Coello (1846)	Tohecito
	Bermellón
	Cocora
	Combeima
Seco (608)	
Totaré (1524)	Quebrada La China (907)
	Quebrada Alvarado (865)
Recio (732)	
Lagunilla (787)	
Gualí (815)	Medina
Sucio	

Fuente: Datos tomados de “El río Magdalena: escenario primordial de la patria” (Bernal Duffo, 2014) y “Atlas de la Cuenca del Río Grande de la Magdalena” (CORMAGDALENA, 2007).

Estas aguas interiores no solo llegaron a ser las principales vías de intercambio, sino que conformaron un patrón de asentamientos humano, resultando en un patrimonio diverso a nivel biológico y a nivel cultural relacionado con los saberes, las prácticas y las tradiciones asociadas a la cultura del agua y los ritmos de vida que han propiciado los ríos. En esta sección del relieve del Alto Magdalena es en donde se vieron los efectos de los terremotos de 1827, evento en el que la actividad tectónica incidió en que las micro cuencas que desembocan en el Magdalena arrastraran una fuerte carga de sedimentos, los cuales inundaron y destruyeron viviendas, cosechas y trapiches en La Plata, Timaná, Neiva, Honda, Mapia, Garzón y Gigante, (Ramírez, 1975).

Debido a la disección, la red de drenajes de esta macro unidad perfila las pendientes y permite movimientos de masas y flujos torrenciales; también participa en el modelado de los cañones y en los depósitos aluvio-torrenciales. El río Magdalena “se precipita de la cima de los Andes, (...) sobre planos caprichosamente inclinados, unas veces se acelera y otras se arrastra con lentitud” (Caldas, 1980), de ahí que durante el siglo XIX se presentaran dificultades para navegar por el río hacia el sur siendo Honda el principal puerto en el Alto Magdalena por su posición estratégica. Lo anterior constituye una de las características importantes en la historia del gran río Magdalena: la constante histórica en las dificultades en su navegación, dada la impetuosidad de la alta cuenca, la sedimentación natural de su cauce y la profundidad variable. Por otro lado, la imponente del cañón del Magdalena, después de los 10 km de su nacimiento, con la sucesión de desfiladeros y múltiples cascadas, explican la importancia que tenía el río en la cosmogonía indígena, de la que la montaña media fue refugio cultural. En estos dos aspectos se profundizará en el siguiente apartado.

Por estas características, es en la montaña media en donde se retiene el agua y existe mayor transporte de sedimentos, proceso de larga duración que da cuenta de la formación geológica de

los terrenos. De acuerdo a lo observado por Gutiérrez de Alba (1873), los fragmentos de arenisca, de caliza, de rocas de distintos tamaños, cerca de riachuelos, quebradas y ríos que tributan el Magdalena, “dejan comprender a primera vista el inmenso trabajo de acarreo verificado por las corrientes, para reunir en un solo lugar materiales tan heterogéneos, arrancados de las cordilleras, profundamente revolcadas a tan diferentes alturas, y en tan diversos lugares, como debieron irse formando las capas geológicas que les dieron origen” (pág. 71).

Los arroyos, quebradas y ríos que hacen parte de la red de drenaje suelen instalarse en los sistemas de fallamiento, en los que se han trazado caminos y caseríos pese a la inestabilidad del terreno. La vasta red hídrica que fluye en el sistema andino ha disecado otras formaciones, lo cual ha modelado mesas y cerros que se pueden observar en el valle del Magdalena como Neiva, El Espinal, Honda y la Dorada. El agua de los ríos de montaña fluye de forma perpendicular o longitudinal a esta, siendo el potencial hidrogravitatorio más fuerte en el primer caso, por lo cual se da el transporte de grandes sedimentos y materiales hacía altiplanos, piedemontes, llanuras aluviales y el mar (IDEAM, 2010).

En el Alto Magdalena se formaron altiplanos, depresiones de altura de origen tectónico como resultado de los procesos de plegamiento, fallamiento y levantamiento de depresiones, teniendo en cuenta la actividad volcánica y el modelado por glaciación y desglaciación. Desde finales del Terciario, aproximadamente hace 7 m. a., estas depresiones fueron ocupadas por lagos y pantanos; con los aportes sedimentarios que fluían de los glaciares y el siguiente proceso de aluvionamiento, se formaron las superficies planas de altura.

En su formación inicial, los altiplanos se encontraban en un estado lacustre, evolucionando hacia la sedimentación con lagunas y pantanos residuales. En el Macizo colombiano se encuentran el de la Laguna de San Rafael (3400 msnm), drenado por el río Bedón que a su vez desemboca en

el Magdalena; el de San José de Isnos (1740 msnm); el de la Laguna de La Magdalena (3350 msnm), que se ha drenado para uso agropecuario. Son los altiplanos las zonas en donde se dio la mayor supervivencia cultural y demográfica en la época de la Conquista y la Colonia, como es el caso de los nasa, quienes pudieron conservar algunos rasgos de su cultura ya que el establecimiento de españoles en sus territorios tuvo fuerte resistencia (Safford, 2002).

En el altiplano de Las Papas (3000 msnm), ubicado en zona de influencia volcánica, el material principal es fluvio-volcano-glaciar, incluyendo arena, ceniza, flujos de ceniza y lava reciente. Por esta razón, sumado al uso agropecuario y la ocupación poblacional, de los altiplanos se extraen materias primas para construcción, como arcillas y gravillas, lo cual disminuye el flujo de aguas subterráneas y aumenta el escurrimiento superficial del terreno. Estos altiplanos tienen en común la presencia de sedimentos piroclásticos, suelos con diferente granulometría y depósitos detríticos, así como ceniza y lava recientes, por lo que sus suelos orgánicos y profundos son de gran atractivo para el uso agropecuario. (IDEAM, 2010).

Las quebradas y ríos que desembocan en el Magdalena han hecho parte de la cotidianidad de sus poblaciones y sus prácticas de limpieza tradicional. A este respecto, el periódico *El Alto Magdalena*, menciona que los ríos eran los baños que las gentes pobres usaban para presentarse limpios y decentes en el templo y en los bailes. El agua fría del río Magdalena, el *baño* principal, constituía un buen tónico para los nervios y atemperante para los vasos sanguíneos. Las Ceibas, la Tonta, y el Río del oro, tributarios del Magdalena, también proveían agua fresca para el calor neivano. Con todo, cuando se descubrieron los termales al oriente de Neiva (agua filtrada y rica en sulfato de soda, de calcio y magnesio), la reacción de la población fue llamarla *caldero diabólico* debido a que el olor sulfuroso les hacía pensar que el infierno estaba tan próximo que debían santiguarse para tomar un baño. Con el tiempo, estas fuentes fueron visitadas para la curación de

las enfermedades cutáneas como el herpes y la tina; también acudían enfermos de reumatismo, gota y ciática; pacientes con afecciones en las glándulas linfáticas o con enfermedades respiratorias como tisis, asma, pulmonía crónica y antiguos catarros (Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva, 1856).

2.1.3 La montaña baja y las formaciones por disección

Como ya se mencionó, el alto potencial hidrogravitatorio de la montaña media causa el modelado de disección profunda, gracias a la cual se forman los cañones que descienden de las cordilleras. El paisaje de este profundo cañón del Magdalena se caracteriza por quebradas que riegan el valle y aumentan su caudal. Gómez Picón (1973), describe que las onduladas faldas de las montañas entre las que serpentea el Magdalena se ven salpicadas por numerosas quebradas como la Robada, El Tablón, el Mulales, el Osoguyco y Sombrerillos, El Jabón y el río Mazamorras. Los ríos mayores que se concentran en las depresiones interandinas, como el Magdalena, se consolidaron gracias a la orogenia, la disección y la sedimentación hacia valles y llanuras aluviales y, como el socavamiento es continuo, la pendiente y los depósitos aluviales se transforman constantemente. Debido a esta inestabilidad, es la montaña baja (macro unidad formada por las estribaciones de las cordilleras, y en donde confluyen los valles aluviales del Magdalena) la formación que recibe los efectos de la red de drenaje.

El proceso de glaciación y deglaciación del cuaternario (que inició hace 1.6 m. a., aproximadamente), en donde alternaban períodos de erosión y sedimentación, formó las terrazas aluviales del Huila y del Tolima. Este tipo de suelo está nutrido con sedimentos de las vertientes y es seco la mayor parte del año (CORMAGDALENA, 2007). Dentro de las formaciones residuales

producto de la disección de los grandes ríos que fluyen en las depresiones, se encuentran cerros y mesas degradados, con escarpes abruptos. Este sistema hace parte de la depresión del Alto Magdalena en Neiva y el norte del Tolima, áreas en donde se encuentran los abanicos que, a pesar de tener un déficit hídrico y tendencia a la desertificación, son muy fértiles; en palabras de Hamilton (1955), en las estribaciones de la cordillera central, en el valle del río La Plata, la tierra permitía el cultivo de arroz, maíz, cacao de la mejor calidad, plátano y, en cercanía con la montaña, trigo, cebada, legumbres y hortalizas.

En el Alto Magdalena estas zonas hacen parte de los ecosistemas xerofíticos los cuales, aparte del déficit hídrico, cuentan con vegetación adaptada a la sequía, como los cactus, los matorrales espinosos arbustivos con follaje escaso y caducifolio, plantas que se han desarrollado y evolucionado con ayuda de factores climáticos como el viento (IDEAM, 2010). En la margen derecha del valle del río Magdalena, en el municipio del Villavieja, departamento de Huila, se encuentra el desierto de la Tatacoa, en donde la menguada cobertura vegetal y la carencia de agua, se suman a la intensa radiación solar para configurar un área desertificada, de menor escorrentía. Esta zona del norte del Huila fue llamada por Gonzalo Jiménez de Quesada el Valle de las Tristezas, zona mal poblada y en sumo calurosa en donde los colonizadores

padecieron grandes hambres y enfermedad de calenturas, de las cuales por falta de remedios murió la mayor parte del servicio, y de los españoles tres o cuatro, por la gran humedad y los vapores del río grande de la Magdalena, junto del cual estaban alojados, a causa de hallar allí tugurios do vivían algunos naturales que, huyendo de gentes extranjerias, se pasaron a la contraria banda, desde donde con grita, como suelen, cada mañana los amenazaban (De Castellanos, 1857, pág. 5537)

También se encuentran los piedemontes, sistemas que se hayan entre los sistemas montañosos y las llanuras aluviales, diferenciados también bioclimáticamente por acción de los vientos. Su forma y formación más conocida son los conos de deyección, susceptibles de cambio debido a la actividad volcánica, períodos de humedad y desglaciación, sucesos que regulan a su vez la red de drenaje. Estos procesos volcano glaciares producen piedemontes y llanuras aluviales, en los que el transporte de material detrítico y su acumulación, se dan de forma torrencial debido a la fuerte pendiente de la cordillera. Los efectos torrenciales de las altas montañas han propiciado desastres como el de Armero en 1985, con efectos colaterales en Mariquita, Honda y Chinchiná (IDEAM, 2010).

Desde el municipio del Hobo, en el departamento del Huila, se extiende la llanura del Magdalena prolongándose hasta Bocas de Ceniza; entre Purificación y Flandes el valle alcanza 50 km de ancho, estrechándose de nuevo entre Girardot y Honda (Castaño, 2003). Algunos relieves que sobresalen en el valle, y que hacen parte de los referentes culturales de los diferentes grupos sociales que lo han habitado, son los cerros Pacandé en Natagaima, el Cucharó en Yaguará, Hilarco en Coyaima y los Avecuchos en Ortega. (Flórez J. E., 1998).

Estos relieves son de poca altura y se caracterizan por ser zonas en donde aumenta la temperatura y la humedad. Con todo, de acuerdo a la crónica del periódico liberal *El Alto Magdalena*, los vientos del sur (propios de los meses de enero, febrero, agosto y septiembre), junto con las formaciones montañosas cercanas al amplio valle, permiten la circulación del aire, ayudando en la pureza de esta abundante flora que hacía presencia en la provincia de Neiva, entre las que se encontraban

frondosos tamarindos, mangos, ciruelos, indianas, granados, naranjos i limoneros, que con su agradable frescura, verdor i humedad emperan el calor de la atmósfera, a la vez que la

fragancia de los clavellinas, azucenos, narcisos, i jazmines i el vistoso lujo de sus flores, hacen de cada casita una mansión de placer (Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva, 1856 (96), pág. 4).

Al carecer también de pendientes profundas, los sedimentos acumulados en la montaña media son arrastrados por una corriente de poca velocidad, modificando también el paisaje del río Magdalena y sus dinámicas, con la formación de meandros a medida que engranda su cauce, como los representó el pintor y diplomático inglés Edward Walhouse Mark en sus estadías en la Nueva Granada ejerciendo como cónsul, por intervalos de tiempo entre 1845 y 1888. En sus acuarelas, como la que se observa en la Ilustración 8, el viajero inglés plasmó el paisaje del río a modo de fotografía, en donde primaban los tonos cálidos propios de las temperaturas experimentadas y el río Magdalena ya no se presentaba caudaloso e imponente sino con un caudal disminuido y una corriente más tranquila, siendo observado por personas en un estado de apacibilidad resguardándose del sol bajo un gran árbol.



Ilustración 8. Vista del río Magdalena (Walhouse Mark, 1872).

Aunque en esta investigación no se desconocen los cambios de origen antrópico que ha experimentado el río Magdalena (efecto de la minería, la pesca ilegal, la agricultura intensiva, la deforestación, y la construcción de las hidroeléctricas Betania y El Quimbo, en 1987 y 2011 respectivamente, ubicadas en el departamento del Huila), hasta este punto se realizó un análisis de las estructuras geomorfológicas del río Magdalena que permanecían para el siglo XIX, sistemas que hacían parte de esos rasgos constantes que se repetían en la vida ribereña y que la sustentaban. Con el fin de ejemplificar la constancia de estos rasgos en la experiencia vital del convulsionado siglo XIX, la atención se centrará en la coyuntura de 1845 y 1853, años en los que se dieron reformas liberales importantes bajo los gobiernos de Tomás Cipriano de Mosquera (1798 – 1878) y José Hilario López (1798 – 1869).

2.2 Huaca Hayo y la montaña: refugio de prácticas culturales

Las características geomorfológicas del territorio colombiano han sido la base para su división y fragmentación regional (Safford, 2002), siendo el río Magdalena frontera entre los tres ramales montañosos que aislaron a la población mientras, de forma simultánea, ha significado conexión social y cultural.

De acuerdo con Reichel-Dolmatoff (1989), los indígenas de la Costa Atlántica, que en un inicio se habían adaptado a la vida del litoral, paulatinamente se organizaron en aldeas diversificando las fuentes de sus recursos (incluyendo el cultivo de la yuca, y el consumo de animales de agua dulce). En Malambo, ribera occidental de la cuenca baja del Magdalena, se dio comienzo a configuraciones culturales que se establecieron en las riberas de los grandes ríos. Siguiendo el curso de estos, especialmente el del Cauca y el Magdalena, estas culturas reorientaron

sus actividades hacia el interior del territorio, entrando en contacto con otras poblaciones de las selvas húmedas. Este cambio en los regímenes de subsistencia, ya enfocados en los valles fluviales, se evidencia en los hallazgos arqueológicos que dan cuenta de la irrupción del maíz en una agricultura basada en tubérculos y raíces.

El maíz, como agente de cambio, modificó las prácticas agrícolas, incentivó la exploración y el conocimiento de suelos, del ciclo del agua y la periodicidad de lluvias; por otro lado, modificó la estructura social, pasando de sociedades igualitarias a sociedades jerárquicas, debido a las posibilidades de almacenar, consumir y comercializar el grano. También supuso un gran motor de trashumancia hacia el interior; durante el período formativo (2000 a. E.C – siglo XVI E.C), comenzó el poblamiento gradual de las estribaciones de las montañas y las laderas de los valles interandinos, disminuyendo la dependencia de los recursos fluviales, descentralizando las aldeas nucleadas y diversificando las formas de apropiación de las cordilleras, esto gracias a la diferenciación bioclimática producto de la orogenia que hizo posible que en la zona alta del valle del Magdalena existiera un control vertical de las laderas con tierras aptas para el cultivo. En esta zona hay rastros de pequeños enclaves que, para el segundo milenio a. E. C, ya habían adoptado una horticultura mixta; existen también vestigios de comunidades sedentarias que datan del 500 a. E.C (Reichel-Dolmatoff, 1989).

Aunque los españoles daban nombres genéricos a los grupos que encontraban en las expediciones colonizadoras al Alto Magdalena, la penetración en las cordilleras forjó particularidades a nivel social, económico, religioso y cultural, entre las nuevas agrupaciones sociales que buscaban continuamente áreas apropiadas para los cultivos, en especial del maíz y que, con diferentes formas de cercanía, confluían y establecían relaciones entorno a los ríos que fluían desde las montañas. La toponimia del río Magdalena contiene información importante sobre

la apropiación cultural y la configuración de la cultura fluvial, la cual cambia en todo su curso: el río, su fuerza e influencia, se transforman conforme va aumentando su cuenca y atraviesa diferentes ecosistemas.

En su nacimiento, el río era nombrado en quechua como Guaca-Hayo o Huaca-Hayo, el *Río de las tumbas*. Tras el apogeo de las culturas agustinianas, foco cultural situado a 1800 msnm que logró el nivel de organización de cacicazgos⁷, la vertiente oriental del macizo fue poblada por los nasa, asentados en las estribaciones del nevado del Huila y en el valle del río Páez; los yalkones en la cuenca alta del río La Plata; en el tramo inicial del Magdalena los mulanes y otras tribus agrupadas bajo el nombre de andaquíes, en contacto permanente con pijaos en la ribera occidental⁸, y los panches en la ribera oriental (Castaño, 2003). Para estos pueblos, el Huaca-Hayo era el espacio vital en donde convergían las necesidades materiales de existencia, los saberes tradicionales y prácticas ancestrales. Si bien estaban asentados en las partes altas de la montaña media, al río Magdalena volvían para pescar, para satisfacer sus necesidades de abastecimiento y de comercio, por estrategia de guerra, y para el entierro de sus muertos (Bejarano y Pulido, 1986).

Al estar situados cerca a la depresión más baja de la Cordillera Oriental y próxima a los valles del Magdalena, Caquetá, Cauca, y por esta vía al Patía y el Pacífico, San Agustín,

⁷ De acuerdo con la investigación realizada por Dolmatoff (1989), las sociedades bajo el modelo de cacicazgo o señoríos, reúnen rasgos diferenciadores del nivel tribal que le antecede y el estatal que le sigue, gracias a la complejización y jerarquización social producidas por el mejor aprovechamiento de los recursos agrícolas y el crecimiento demográfico. Estos rasgos son la economía redistributiva, la diferenciación y especialización en los grupos sociales, reflejado en el sistema político, sacerdotal y comercial.

⁸ El pueblo pijao estaba conformado por distintas tribus que compartían características lingüísticas y culturales, ubicados en el territorio que cubre el río Saldaña y el río Magdalena, en el Tolima grande (que corresponde a los actuales Caquetá, Huila, Tolima, Cundinamarca y Quindío). Entre estos pueblos Cortés (2018) menciona a los “Natagaymas (Natagaes), Coyaimas (Coyages), Combeymas, Tuamos, Poymas, Cucuanas, Cundayes, Cunires, Panches, Dujos, Bababujos, Kilanches, Aipes, Cueyos, Yaporogos, Pantagoras, Cocoras, Ancones. Ambalae, Toches, Taumas, Timanaes, Odaymas, Gualies, Marquetones, Lumbies, Kolimaes, Ambigues, Kimbaes, (Kimbayas) entre otros” (pág. 37).

Tierradentro e Isnos fueron ese primer punto de confluencia, de comunicación, de migraciones e influencias. Los vestigios arqueológicos de la vida diaria de una sucesión de poblaciones que habitaron en la zona próxima al nacimiento del río Magdalena, muestran ese papel del río como conector. Por un lado, contienen enormes montículos con representaciones antropomorfas que, al momento de ser visitadas por viajeros como Gutiérrez de Alba (1873), se encontraban enterradas y escondidas entre la espesa vegetación; en su visita a San Agustín, el español evocó las memorias de Agustín Codazzi sobre las formas y atributos de las esculturas encontradas, las cuales afirmaba eran de fabricación reciente y las atribuía a “la porción menos bárbara de los andaquíes [que] iba cambiando la vida errante por las hábitos de los pueblos sedentarios, y comenzaba a formar un núcleo de nación propiamente dicha [...]. En aquellas regiones el hombre es dominado por la gigantesca, abrumadora creación irracional; el europeo mismo, reducido a sus fuerzas individuales, se volvería bárbaro a la par de los indios” (Gutiérrez de Alba, 1873, pág. 106).

Aunque la zona arqueológica explorada por Codazzi fue reducida en comparación con los hallazgos posteriores (ver Ilustración 9), es notable que en algunas estatuas encontrara vínculos culturales entre andaquíes y chibchas a través, por ejemplo, de la fauna representada, conexiones que denominó “comercio de ideas entre las dos apartadas naciones” (pág. 117), y que dan cuenta del entramado de creencias, prácticas y tradiciones que fluían por las aguas de los ríos e iban transformándose de acuerdo a los cambios que experimentaba el paisaje.

Más allá de las interpretaciones místicas, la obra escultórica realizada por las sociedades que habitaron San Agustín, Isnos y Tierradentro, reflejan la unión entre culturas del sur y el norte del continente. Gómez Picón (1973), haciendo referencia a los análisis del etnólogo alemán Konrad T. Preuss, menciona que la huella estatuaria entre civilizaciones americanas, similares a las encontradas en San Agustín y Tierradentro, se extiende por el sur a Ecuador, Perú, Bolivia, y hacia

el norte en Panamá, Centroamérica y México. Así mismo, evidencian el sentido de la vida reflejada en el río: un continuo nacimiento en el agua; por ello se encuentran centros ceremoniales como la fuente de Lavapatatas, con piedras talladas por donde corre el agua del río El Quebradón, y algunas estatuas, como La Chaquira, que orientan su mirada hacia el profundo cañón del Magdalena.



Ilustración 9. Plano topográfico de las inmediaciones del pueblo de San Agustín. Láminas que acompañan la memoria del General Codazzi (Gutiérrez de Alba J. M., 1873).

La diversidad ecosistémica que esconde el relieve del Alto Magdalena está presente en el sistema de creencias de los distintos grupos poblacionales que han habitado las riberas de los ríos que alimentan el Magdalena, y que, a lo largo y ancho de su recorrido por la geografía nacional, han permanecido como una constante en la historia oral de los pueblos. Como explica Cortés (2018), en la cosmogonía del pueblo pijao, que vivió en la parte alta de la cordillera central y en el valle del Magdalena, su territorio era creación de la Serpiente Molá, mito en el que están presentes las características geomorfológicas del territorio, sistemas que los nativos conocían y respetaban: junto a la deidad de las nubes (Tolaima), la de los vientos (Guaira), la de las lluvias (Chipiripa), la de los copos de nieve (Andes), la de las nieves y la tormenta (Ibanasca) y la de las aguas (Co),

Molá creó el nevado del Tolima, lugar sagrado para el pueblo pijao, y a Toche, como era llamado el volcán Machín, ambos lugares de refugio de caciques que huían de los españoles. También formaron diversas lagunas como la de Coyaima, la Laguna verde, la de Coyarvó, el enorme lago que precedió al desierto de la Tatacoa. Esta serpiente repartió los diferentes pueblos del Tolima grande y fue petrificada en el cerro sagrado de Pacandé, en Natagaima (Tolima), en la ribera izquierda del río Magdalena.

En relación con los mitos del Alto Magdalena, Martínez (2006) evoca al *Mohán*, antiguo líder espiritual indígena que, en una noche premonitoria, supo de la llegada de los españoles, sus futuras humillaciones y despojos. Para preservar la memoria de su pueblo, se trasladó con sus riquezas al palacio subterráneo a orillas del Magdalena. Amante de la música, el tabaco y el aguardiente (productos tradicionales de esta región), regula las crecientes del río, manipula a su antojo las atarrayas e incluso voltea las canoas. Por ello los pescadores de experiencia están atentos a los cambios del río y llevan tabaco en sus mochilas para ofrecerlo al Mohán. En las profundidades del río también vive *La Madre de Agua*, madre del río que vive en las profundidades del Magdalena, encarna el dolor de las madres indígenas cuyos hijos fueron asesinados en la Conquista y la Colonia y arrojados al río. El dolor materno le lleva a seducir niños y a aumentar la fuerza del río que golpea las rocas en sus orillas.

A lo largo del Magdalena personajes como La Candileja y La Llorona adquieren diferentes orígenes y versiones entre las poblaciones ribereñas; en el Alto Magdalena ambas criaturas son fruto del dolor y la pérdida. *La Candileja*, mártir de la violencia, vive en el Valle de las tristezas y se convirtió en bola de fuego y ceniza tras ser quemada en su casa junto a sus hijos.

Amiga de los cocuyos, en los días de viento quisiera ser coro de enredadera, canto de arrendajo en el bosque. Zarza ungida de masacre, en algunas noches en que el Magdalena

está apacible y cubierto de cámbulos y aromas de dindes, ella quisiera detenerse y tomar agua, y tal vez despojarse de todo el ardor y toda la ceniza (Martínez, 2006, pág. 37).

La Llorona, por su parte, transita por las leyendas del Magdalena desde el Huila hasta Tamalameque en el Cesar. Oculta entre los yarumos y cafetales, campesinos han visto el demacrado y lastimero rostro de una mujer que anuncia su llegada con gritos fúnebres. Presa de una pasión impetuosa como la corriente del río, pierde al fruto de su vientre, por lo que deambula llorando, llamando a su hijo con un tabaco en la boca.

La Madremonte también hace presencia, pero en los espesos bosques que acompañan la primera parte del recorrido del Magdalena. Ella vive en el nacimiento de las quebradas, protege la lluvia, el viento y los animales que viven en la selva. Cuando llegan leñadores y cazadores violando la montaña, la Madremonte enfurece y “se desencadenan entonces, los vientos y las tormentas. El Magdalena trae inundaciones, arrasa cosechas y ganado. Todo parece como si se anunciara el estremecimiento de la tierra y los astros” (Martínez, 2006, pág. 22). Protector de la fauna y la flora de las montañas del Huila es el *Hojarasquín del Monte*. Este permanece atento a las dinámicas de la montaña y a los sonidos de los animales que viven cerca a los farallones del río. Por eso sabe cuándo vienen depredadores a cazar y a talar. En medio de la espesa selva y la geografía accidentada, es el Hojarasquín a quien acuden los campesinos para encontrar la ruta segura.

Este corpus mítico que fluye y se transforma por el Magdalena es manifestación de la apropiación cultural del río, una concepción de tiempo anclada a esa cultura fluvial fundamentada en el amplio conocimiento de las características físicas del territorio. La presencia de los mitos en las narraciones del pasado no occidentales no significa una incapacidad en los pueblos indígenas para percibir el paso del tiempo o para diferenciar la ficción de la realidad; antes bien, como menciona Rappaport (2000), “pueden servirse de imágenes ficticias y fantásticas para reflexionar

de forma más completa sobre la realidad. A través del uso de imágenes cíclicas o míticas resaltan las «lagunas» de la memoria histórica y enfatizan más convincentemente la importancia del pasado, dado que éste se hace reconocible de forma más patente” (pág. 46).

Al enfocarse en la estructura repetitiva del proceso histórico, los indígenas conectan su pasado con su proyección de futuro en comunidad, aspecto que contrasta con la ignorancia de los colonizadores a la hora de fundar centros poblacionales, pensando más en el tiempo presente que en las consecuencias para sus descendientes. No por nada, los pobladores nativos tenían ciudades ribereñas del Magdalena, como Honda y Mompos, como sepulcro y no como lugar de habitación (Jaramillo, 1982). Los indígenas Ondanas, como menciona Torres (1967) que comerciaban pescado en la orilla del Gualí con otras tribus indígenas, llamaban a la región que después sería conocida como Honda, *Valle de la paz y los recuerdos*, pues tribus como los panches, por ejemplo, se desplazaban hasta la desembocadura del Gualí en el Magdalena para enterrar a sus muertos.

De igual forma, los hombres y mujeres de las altas montañas, fueron indígenas que encontraron en el nacimiento del río su sustento; en esta área cultivaron tubérculos, base del régimen alimenticio de los indígenas andinos. El Magdalena transportó a lo largo de su recorrido los tubérculos cosechados y el maíz, traído de Centroamérica, definiendo culturalmente diferentes regiones del territorio, a partir de la gastronomía derivada de estos alimentos, como los pasteles, las arepas y los tamales. En el siglo XIX aún se reconocía a las altas montañas que custodian el Magdalena como la despensa de tierras calientes y tierras frías, pues “producen papas, arracacha, legumbres hortalizas y frutas exquisitas de tierra fría -que son el plátano, yuca, maíz, arroz, cacao (que es el hatchis neivano), producciones de Tierra Caliente, i los alimentos del Reino animal, brindan una mesa más que regular” (Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva, 1856, pág. 16).

2.2.1 El río como marcador temporal de la población nativa del Alto Magdalena

Arlí, *Río del pez* o *Río del bocachico*, es otro nombre dado al gran río por la población ribereña, al ser este el gran proveedor de su principal sustento alimenticio: la gran variedad de peces. Conforme el curso del río aumenta, la cantidad y el tamaño de los peces crece en proporción. Después de la pendiente y la velocidad experimentadas por el río cerca de su nacimiento, los peces empiezan a aparecer en la llanura del río. Entre los peces que sustentaban a la población ribereña, y que inmortalizó el maestro Landazábal (ver Ilustración 10.), están el Nicuro, la Cuchara, el Peje, el Ciego, el Bocachico, la Tolomba, el Picalón, el Capitán, el Rengue, el Coroto, el Moino, el Bagre pintado o el Bagre tigre, la Mojarra amarilla, el Capaz, el Picudo, la Pácora, el Zapatero, el Miscaino, el Jetón, la Sardina, la Tota, la Sabaleta, la Guabina, el Guambiejo, el Mocho, el Caloche, el Sábalo, la Mojarra amarilla, negra y la jorobada, entre otros (Acevedo, 1981). La aparición progresiva de los peces les indicaba a los pescadores en todo el valle que el ciclo de la subienda iniciaba y, con esta, la seguridad alimentaria y la actividad comercial.



Ilustración 10. Especies Subacuáticas, fotografía tomada por la autora en el Museo del río Magdalena, Honda, Tolima (Landazabal Mendoza, 1997).

Aunque al río llegaban pescadores en cualquier época del año, al ser la pesca el sustento diario de las familias asentadas en las orillas del río, las subidas fueron una de las marcas temporales de los indígenas y mestizos que más adelante poblarían el valle del Magdalena; era el momento en el que todos los miembros de la familia se volcaban a labores relacionadas con la pesca. El río organizó social y culturalmente estas poblaciones, siendo el oficio de pescador una labor que se heredaba a los hijos; Ferro (2013), describe que en los meses de subida (entre enero y marzo), con la mitaca o pequeña subida (de junio y julio), se alteraba la cotidianidad de la población ribereña.

Los hombres mayores y jóvenes se encargaban del *guambeo*, forma tradicional de atrapar el pescado que descansaba de su nado contracorriente en especies de camas para facilitar su pesca con el cóngolo, artefacto conformado por una red en forma de canasta, sujeta a varas de madera de arrayán que opera un hombre en la orilla del río y permite la captura de los peces por embolsamiento. También en el *lance*, pesca a través de las famosas atarrayas, redes circulares que al arrojarse al río caen en forma amplia en forma de sombrilla, son haladas por un cordel por uno o más hombres, generalmente, y en cuyos bordes tienen una relinga de plomos de cobre, asegurando la atarraya y que el mohán no sabotee la pesca (Museo del río Magdalena, 2020). Todos los miembros de la familia estaban involucrados en el proceso de pesca, desde la preparación de las redes, el tejido y los arreglos de las atarrayas, la preparación del sustento de los pescadores durante sus turnos de pesca, el arreglo del pescado, la descamada y los cortes, así como en la distribución, el consumo y el comercio.

Las acuarelas del médico e ilustrador francés François Désiré Roulin, quien estuvo en la Nueva Granada entre 1822 y 1828, presentan con dinamismo la vida ribereña y las diferentes actividades que se realizaban cuando la pesca menguaba. En la ilustración 11 se pueden ver una

vívida escena en la que los humanos no se escinden de la naturaleza; en un plano en donde contrasta la espesa vegetación con la tierra seca, se observa la casa de techo alto recubierta con paja para darle frescura a quienes la habitaran, sostenida por troncos de madera amarrados con fique; están presentes también la tradicional hamaca y la estera para descansar. Mientras un hombre arregla el tejido de su red de pesca, un niño manipula un arco de caza, mujeres confeccionan sombreros y, al parecer, también elaboran vasijas de barro; una mujer de edad avanzada separa semillas para alimento, mientras una más joven amamanta a un niño de brazos. Perros, gallinas y gallinazos completan el cuadro.

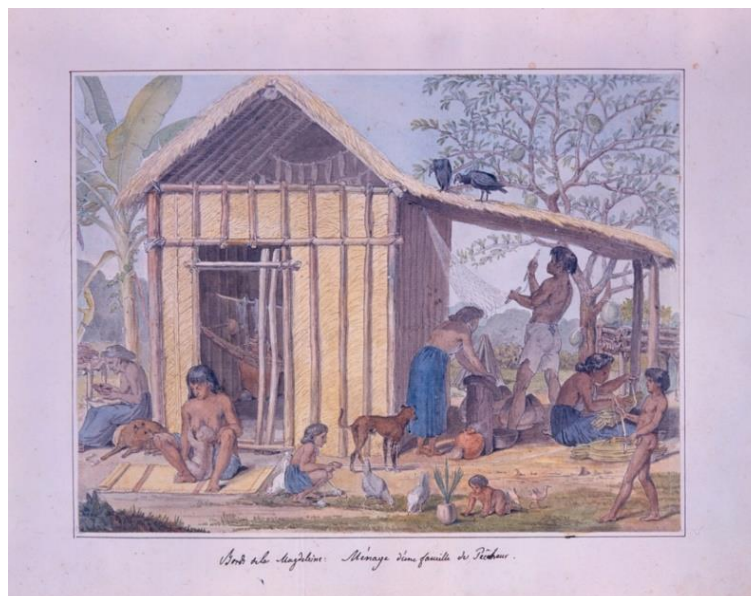


Ilustración 11. Orillas del Magdalena. Hogar de una familia de pescadores (Désiré Roulin, 1823).

Es importante mencionar que el relieve en torno al río Magdalena también configuró la concepción temporal de los pueblos nativos. A este respecto cabe resaltar el sentido del tiempo para el pueblo nasa, el cual, como ya se ha mencionado, fue el que logró conservar en mayor medida sus bases identitarias, refugiándose en la vertiente oriental de la cordillera central. Como menciona Gómez (2000), la relación que los nasa han establecido entre pasado-presente-futuro se

aleja de la concepción cíclica y cronológica de occidente, en donde la historia se entiende como una sucesión de hechos. Antes bien, la historia nasa no separa el pasado de presente, sino que la narración de estos tiene como principio el territorio.

En relación con la concepción no occidental de la historia, Rappaport (2000) menciona que la geografía no solo transporta referentes históricos, sino que es la base desde donde se organizan las maneras en que los acontecimientos se conceptualizan, se recuerdan y se manifiestan en aplicaciones prácticas, como las disputas por la tierra, los acuerdos políticos y las discusiones sobre herencias. La topografía accidentada y compleja del territorio, surcada por ríos y quebradas que fluyen con fuerza hasta encontrar el Magdalena, es el texto en el que queda registrada la historia. La historia muta en la medida en que cambian las relaciones con el territorio. Al caminar el espacio que habitan, los pueblos nativos y sus descendientes ven y viven la historia en los lugares en donde ha sucedido, comprendiendo su presente y futuro, proyectando este trabajo introspectivo en el espacio que habitan.

La concepción temporal anclada al río se transformó cuando entraron en contraposición el tiempo vernáculo de los indígenas, el tiempo de los colonizadores que forzaron la trashumancia desde las tierras altas hacia donde los encomenderos necesitaban mano de obra, y, más adelante, el tiempo en la época republicana. Con todo, la resistencia se manifestó en su conocimiento del río y del espacio que habitaban, conjunto de saberes que posicionaron al río como frontera entre los colonizadores y sus tierras.

Un ejemplo de ello es el relato de resistencia surgido en el siglo XVI, más exactamente en el proceso de fundación de Timaná de 1538, en donde tribus indígenas acudieron al llamado de sublevación indígena la Cacica a Gaitana, en venganza del asesinato de su hijo a manos del conquistador español Pedro de Añasco. Los indígenas conocían muy bien la importancia del río

para su subsistencia, por ello se opusieron a la fundación de ciudades ribereñas como Timaná, lugar estratégico para establecer lazos comerciales entre el Alto Magdalena y Popayán, ciudad en donde los españoles compraban ganado vacuno y porcino, caballos, plata, y esclavos negros que en Timaná se podían revender y transportar a otras regiones del país. Tras presenciar la tortura y el asesinato de su hijo, la Gaitana recorrió los cerros, las montañas y los valles fértiles, haciendo un llamado a los indígenas, con profundo dolor, sobre su inminente fin si no se levantaban frente a los españoles, a quienes desmitificaba, venciendo así el temor infundado en la conquista (Gómez, 1973).

En *Elegías de varones ilustres de Indias* (1857), el cronista español Juan de Castellanos registró la unión de guerreros nasa, pijaos, yalcones, indígenas de Natagayma, Mayto, Atayma, Coyayma, Amoyá, Ambeima, Aype, Tierradentro, Cutiba e Yrico, juntando 15000 guerreros en apoyo a los apremiantes llamados de la cacica. La sangre que se derramó en la quebrada de Apirama, cercana a la aldea Avirama, homónima de un jefe de tribu, llegó al gran Magdalena, en donde mujeres y hombres nadaban y navegaban en balsas como última estrategia en el asalto del asentamiento de Timaná.

Aunque, como menciona Tovar (1992), las fuentes documentales no permiten confirmar con seguridad la existencia de la Gaitana y su venganza, el relato ha permanecido en la historiografía nacional, apareciendo como parte del discurso patriótico de la Independencia, y apropiado por sectores subalternos como símbolo de la lucha indígena, mestiza y popular. La presencia del río Magdalena en ese relato, como punto de unión de la lucha en común de diversos pueblos, ejemplifica el nombre dado por los muiscas, Yuma, que significa *Río del país amigo* o *Río de la alta montaña*.

Ante la resistencia indígena, el mecanismo para doblegar a los nativos y acceder a sus territorios fue la evangelización, que oficializó prácticas coloniales de coacción violenta como la encomienda y la mita que terminaron diezmando a la población. Aunque Tierradentro resultó ser el refugio de otros pueblos que huían de sus encomenderos, dando lugar a procesos de unificación cultural y política (Pachón, 1996), a la transferencia de un encomendero a otro (para trabajo forzado en minas, en la boga indígena, y en las guerras) se sumó el interés por agrupar distintos pueblos en una misma zona para lograr un adoctrinamiento permanente (Bejarano y Pulido, 1986).

Las tierras de los coyaimas y natagaimas, en la margen izquierda del río Magdalena, fueron tierras en las que se afianzó el adoctrinamiento religioso por parte de misioneros franciscanos y jesuitas; tras las guerras de conquista, y pese a la ventaja que tuvo la resistencia indígena por su conocimiento del territorio, los cacicazgos fueron reemplazados por una nueva jerarquía territorial. Como parte del adoctrinamiento, los indígenas tuvieron que participar en las actividades católicas (como el bautismo, la confirmación, los entierros, los matrimonios, las misas, el rosario, y las fiestas por los santos, mezclando su herencia ancestral con lo que ahora era sagrado). Este proceso de aculturación forzada se dio por imposición violenta y, durante la República con su ideal individualista, se traduciría en reformas para destruir los resguardos (Friede, 1979). La violencia de estos actos fue minimizada por viajeros como Mollien (1944), que afirmó que las iglesias formadas por los españoles, obligaban a los *salvajes* a salir de las selvas, atraídos por la pompa de las ceremonias. Aunque los panches y pijaos les hicieron guerra a los españoles, para 1822 no quedaban “más que algunos residuos de esas dos naciones, que, por el valor de sus hijos, hay que catalogar entre los indios de los llanos más bien que entre los de las montañas” (Mollien, 1944, pág. 104).

2.2.2 Configuración de imaginarios sobre población nativa del río Magdalena

La forma en que los cronistas de la Colonia describieron el caluroso valle del Tolima y del Huila, detallando las dificultades que el territorio presentaba para su conquista, así como a los habitantes de las partes altas del río caracterizándolos como gentes salvajes, bárbaras y horrendas, evidencian un discurso que buscaba legitimar las distintas formas violentas de conquista, fuese militar o espiritual. En las memorias de Agustín Codazzi retomadas por Gutiérrez de Alba (1873), que se mencionaron anteriormente, se explica que los interminables bosques de la cordillera oriental empujaron a sus pobladores nativos al salvajismo e incluso al canibalismo. Esa narrativa determinista tuvo eco en el proyecto civilizatorio de la República, confiado a la iglesia católica, cuyos representantes sorprendían a los indígenas en las montañas vírgenes, indagaban por sus hábitos, estudiaban sus costumbres, aprendían su lenguaje, trazaban mapas y especificaban su riqueza.

Evocando la labor que efectuó el Presbítero Manuel María Albia en 1854, en el periódico *El Alto Magdalena* se presentó una crónica por capítulos caracterizando a los indígenas del sur del país (ingas, guagues, tamas, huitoto, andaquíes), haciendo un llamado de atención a los lectores granadinos sobre la situación del territorio, en donde se encontraron

gran parte de nuestros compatriotas sumidos en la barbarie, i sobre un territorio tan rico como estenso, que reclama pobladores i cuidados. Al pasar la fragosa i dilatada cordillera que separa la provincia de Neiva de los vastos desiertos del Andaquí, el viajero se siente conmovido al verse separado de la sociedad civilizada, i al aspecto de un país desconocido, inmenso i salvaje, habitado por tribus bárbaras, de que apenas alguna pequeña fracción

tiene relaciones con los pobladores de la otra parte de la cordillera (Regiones incultas al oriente de Neiva, 1856, pág. 4).

La relación entre la ubicación en las altas montañas y en las selvas con su carácter agresivo, fue un imaginario que caló en los descendientes de los españoles, para quienes los indígenas no poseían intelecto más allá que el de las bestias de carga. Saffray (1948), médico y botánico francés que recorrió la cuenca Cauca-Magdalena entre 1861 y 1862, rememoró la ocasión en la que un oficial español llegó a herir con las espuelas al indio que lo llevaba, porque a su juicio iba muy lento. Cuando el camino serpenteaba un precipicio, el indio "se arqueó de pronto sobre su férreo palo, y de un vigoroso empuje lanzó al oficial en el abismo" (pág. 278).

El carácter introspectivo y hurraño adjudicado al indígena del alto Magdalena se asemeja a la forma en que el río fue descrito conforme se acerca a su nacimiento. De acuerdo con D'Espagnat (1942), al llegar a Honda, el río se presentaba iracundo, innavegable y mucho más estrecho, mostrando la fuerza con la que por siglos se ha abierto paso entre las montañas. Sobre el proceso de disección, el viajero registró que "las rocas pulidas que yacen por doquier, se las piden cuentas del trabajo de titán que debió en su día rendir esa masa de agua para llevarse por delante la barrera levantada por los Andes, para abrirse un cauce entre sus dos ramales" (pág. 38). Sin embargo, en D'Espagnat el imaginario altitud-intelecto iba en otra dirección. Para él, las altas montañas dirigían a los pueblos hacia el máximo grado de desarrollo: "los incas, muiscas y toltecos arriba, los motilones y orejones antropófagos abajo" (pág. 34, 35). Para probarlo, hizo referencia a los andaquíes, quienes eran un pueblo civilizado antes de la llegada de los españoles (con sus templos y estatuas de oro), pero que, al ser obligados a dejar las alturas de San Agustín, "volvieron a la barbarie en los bosques del Caquetá, en el que aun se les encuentra ignorantes y degenerados. ¡El mar y la montaña, he ahí los dos grandes civilizadores del género humano!" (pág. 35).

En los relatos de viajeros también se evidencia la relación entre belleza e inteligencia. Los indios, con su baja estatura, cara redonda, cráneo plano, ojos inexpresivos y pómulos salientes, no eran agradables a la vista y, por lo tanto, apáticos. Sobre los coyaimas, Mollien (1944) escribió que no poseían las virtudes de los mestizos, como la hospitalidad, sino que el egoísmo y el odio estaba arraigado hacia los que no fueran de su *raza*. Por otra parte, el conocimiento que tenían del territorio resultaba amenazante y más porque la regulación natural de su tiempo no encajaba con las nociones de desarrollo. “Para los españoles, y todos sus descendientes, son, y siempre serán, un pueblo harto primitivo y enemigo del progreso” (Steuart, 1989, pág. 103). Gosselman (1981) explicaba que, al tener siembras de plátano y animales domésticos fáciles de mantener, los nativos no necesitaban mucho para el sustento diario, en un ambiente que todo se lo entregaba (el cedro para las canoas, la calabaza del árbol de Tutumba para sus utensilios de comida y cocina) y que a cambio le pedía un *poco* de trabajo.

El carácter tranquilo y pasivo del nativo le continuará manteniendo como el sector postergado y más descontento en su propia patria. Se le ve de preferencia en los pueblos apartados y en las estancias a orillas de los ríos y caminos, cultivando la tierra que no le exige demasiado trabajo (Gosselman, 1981, Tomo II, pág. 334).

Sobre los andaquíes y otras tribus indígenas de Tierra adentro, Gutiérrez de Alba –en su viaje a San Agustín- escribió que, para 1873, aún se encontraban en estado semisalvaje, vivían en aldeas o rancherías y trabajaban de peones en labores agrícolas como la extracción de quina en las estribaciones de la cordillera, mientras los mestizos se dedican principalmente a la elaboración y comercio de sombreros de jipijapa, sombreros por los que el Alto Magdalena era bien conocido.

Las celebraciones de los indígenas eran vistas como excusas para embriagarse, festejos en los que sus creencias se mezclaban con el cristianismo forzado a aprender. Hombres, mujeres y

niños eran presentados como ociosos en demasía; aunque los autores reconocían el vasto conocimiento de esas tierras inhóspitas y de la vegetación apropiada para curar enfermedades, estos saberes se dejaban en el espectro místico y salvaje, al igual que las manifestaciones artísticas, como la estatuaria encontrada en San Agustín, de la que el periódico menciona que algún día servirá para "curiosas investigaciones respecto al oríjen, relijion y carácter de esos pueblos, que por más incultos que puedan imaginarse, supieron inmortalizar, como los más civilizados, escribiendo en eternos caracteres de piedra, los altos días de su pasada grandeza" (La visita, 1856, pág. 8).

De acuerdo a lo abordado anteriormente, para los pueblos originarios del Alto Magdalena, el río y sus tributarios eran fundamentales como encuentro de su propia diversidad. Sin embargo, el proceso español de ocupación y control del territorio, hizo que el río y sus posibilidades trascendieran hacia una apropiación mestiza del mismo. La denominación *Río Grande de la Magdalena* incluyó nuevos componentes culturales del territorio en transformación. De acuerdo con Pero López, viajero poco conocido de la conquista (1980),

púsosele este nombre don Pedro de Heredia porque tal víspera lo descubrió don Alonso de Heredia, su hermano. En este río se navega por él doscientos cincuenta leguas en estas canoas, las cuales son hechas de un árbol grueso, liviano, que se llama ceiba, que da una fruta de manera de moras" (pág. 51).

Por las mismas razones religiosas, el descubrimiento del río y su nombre en castellano se atribuye también al conquistador Rodrigo de Bastidas el 1 de abril de 1501 (Bernal, 2014). Aunque los patrones de poblamiento se habían transformado para el siglo XIX, en el río Magdalena se concentraba la lucha por el poder y los intereses económicos de la naciente República. Por un lado, la ruptura con España incentivó la visita de diplomáticos y científicos europeos; así mismo, conocer

y caracterizar el exuberante relieve y la diversidad biológica del territorio fue una tarea imperiosa para la generación independentista, y aún más, para la de los jóvenes liberales que les siguieron.

2.3 El río Magdalena y las reformas liberales del siglo XIX

En este apartado el análisis se centrará en la relación entre los imaginarios sobre el río Magdalena y la vida ribereña, y la coyuntura de las reformas liberales de mediados del siglo XIX, momento en el que la República se lanzó hacia reformas de carácter económico, social y político. De acuerdo con Braudel, “el armazón coyuntural nos ayuda a construir mejor el edificio de la historia” (Braudel, 1981, pág. 330), por lo que es necesario hablar de *coyunturas* o historias que se desarrollan de forma simultánea, entre las que han sido relevantes los ciclos económicos, las fluctuaciones políticas y las guerras civiles.⁹

Para comprender la importancia de estas reformas, es preciso abordar la transición desde el pensamiento español hacia las influencias anglosajonas y francesas. De acuerdo con Jaramillo

⁹ Siguiendo esta perspectiva investigativa, Colmenares (1997) escribe que se ha de tener en cuenta la multiplicidad fundamental de la historia, de ahí que al estudiar un determinado periodo son relevantes las relaciones sociales que corresponden a las actividades económicas de dicho periodo. Para comprender la identidad de cada momento histórico no basta con los informes de los viajeros, por ejemplo, ya que suponen una visión limitada y parcial. La pregunta es, por lo tanto, ¿qué grupos se disputan los escenarios económicos? Dicho análisis va ligado a las temporalidades braudelianas: los acontecimientos, cuya presencia impetuosa no tiene una larga duración, pero pueden ser manifestaciones de procesos y movimientos profundos; las coyunturas que suponen para el investigador puntos de corte relacionadas con movimientos sociales, instituciones políticas, civilizaciones e incluso utillajes mentales. Es importante recordar que la coyuntura generalmente se gesta en el sector privilegiado económicamente y de allí influye y se irradia a los demás sectores. Si bien los cambios producidos en las coyunturas no modifican desde la raíz las relaciones sociales, como lo harían los cambios estructurales, sí alteran a los individuos y a los grupos a los que pertenecen (Colmenares, 1984). Sin embargo, para no caer en una historia cíclica entre acontecimientos y coyunturas, se propone el examen de aquellos procesos que se convierten en el sostén de la historia y de los que los grupos sociales tardan más en desprenderse, es decir, la larga duración que corresponde al tiempo estructural. Este está lleno de coyunturas que son punto de referencia, y a su vez están nutridas de acontecimientos que trascienden en el tiempo a nivel económico, político, social y cultural.

(1982), la herencia española se caracterizó por el espíritu honorable y una visión nobiliaria de la economía y del trabajo: derroche en el gasto y nula previsión para el futuro. La conquista y colonización de América, así como el que España relegara en judíos y moros las labores financieras y agrícolas, respectivamente, afirmaron un carácter despreciativo hacia el trabajo. Por otro lado, la burocracia y los servicios eclesiásticos y militares (clases improductivas) eran formas de vida ideales en España. Este espíritu hizo parte de la formación política de la generación independentista.

En contraste, Inglaterra y los pueblos sajones eran ejemplo en técnica, eficacia y rendimiento, el *homo economicus* que sería referente para la cultura letrada neogranadina. La segunda generación republicana estaba convencida de que el progreso de la naciente nación estaba en imitar las formas organizativas inglesas en el ámbito político, y francesas en los terrenos jurídico y administrativo, sin dejar de lado la importancia dada al conocimiento científico, la industria y el comercio. El “espíritu del trabajo, cumplimiento de la palabra empeñada en los negocios, frugalidad en los gastos, sentido de la organización y del cálculo” (Jaramillo, 1982, pág. 29), así como un espíritu cosmopolita, eran las virtudes necesarias que el colombiano debía alcanzar para que la República entrara en la vida económica moderna.

La ruptura con la tradición española adquirió mayor profundidad en la segunda mitad del siglo XIX. El boom de las reformas económicas en Europa, inspiradas en la Revolución Francesa de 1848, influyó en las antiguas colonias y sus élites intelectuales y, entre estas “[n]adie liberalizó de forma más radical que la República de la Nueva Granada (Colombia) entre 1848 y 1854”

(Hobsbawm, 2010, pág. 50). Las reformas liberales de mitad del siglo XIX,¹⁰ que iniciaron con la presidencia de José Hilario López (1849-1853), materializaron las tendencias antiespañolas de figuras importantes como Florentino González y José María Samper.¹¹

De acuerdo con Tirado Mejía (1982), a nivel económico, el objetivo era suprimir los impedimentos para la circulación, poniendo en práctica el *laissez faire, laissez passer*, fortaleciendo el poder regional. Bajo la gestión del ministro de Hacienda Manuel Murillo Toro (1816-1880), se ejecutó la Ley de descentralización de rentas (Ley 20 de abril de 1850), con la cual pasaron a las provincias los impuestos que antes eran cooptados por el Estado central (aguardientes, diezmos, quintos, derechos de fundición, peajes provinciales, hipotecas, registros, derechos de sellos y títulos), facultándolas también para suprimir los que vieran necesarios. Aunque en el primer gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) se había decretado la abolición del monopolio del tabaco, esta medida se puso en marcha en el gobierno de López por la dependencia fiscal que entonces existía en la renta del tabaco. El fin del monopolio tabacalero condujo a la expansión comercial, de la mano con la instauración de la navegación a vapor en el río Magdalena, restablecida en 1839.

Partiendo de la reducción del gasto público y la defensa de los derechos individuales, especialmente el de la propiedad privada, se reglamentó la venta libre de la propiedad territorial con la Ley 30 de 1851, relacionada con la libertad para distribuir la tierra de los resguardos dada en la Ley 22 de junio de 1850. Así mismo, en aras de la libertad estatal frente a la Iglesia católica,

¹⁰ Estas reformas tuvieron como fundamento la Constitución de 1853 de corte federalista, cuyo sistema de organización y principios de derechos individuales serían más claros en la Constitución de 1858 y en la Constitución de Rionegro de 1863.

¹¹ El enfoque comparativo con el que se estudiaba la sociedad neogranadina, desde un balance de la organización colonial, se expone en el ensayo de 1861 de José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*.

fueron expulsados los jesuitas en 1850 y, en el segundo mandato de Tomás Cipriano de Mosquera (1861-1863), se ordenó con el Decreto de 9 de septiembre de 1861, la desamortización de bienes y tierras en manos muertas, lo que incluía tomar las tierras de la iglesia. Finalmente, se reglamentó la abolición de la esclavitud con la Ley 21 de mayo de 1851 (precedida por la libertad de vientres decretada en 1821).

A diferencia del encierro español, la Nueva Granada buscaba abrir sus puertas al mundo y la modernidad, siendo el río Magdalena la principal ruta para estos intercambios. Por su cauce viajaron científicos, escritores, diplomáticos y artistas europeos, motivados por dos intereses particulares: por un lado, la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX, y la subsecuente necesidad de Europa de ampliar sus mercados y sus inversiones; por otra parte, el influjo del romanticismo como corriente artística e intelectual que renovó en los exploradores el interés en la naturaleza y motivó a franceses, alemanes e ingleses a redescubrir las Américas.

El romanticismo supuso un cambio en la forma de ver la naturaleza, posturas que se debatían entre el racionalismo y el empirismo. Wulf (2017) explica que las bases del movimiento Sturm und Drang alemán, en el que primaban los sentimientos desmesurados y del que Goethe era el principal referente, influyeron en la metodología utilizada por Alexander Von Humboldt en su interpretación de la naturaleza. Si bien su enfoque analítico se centraba en la comprensión del mundo natural como un conjunto, examinado desde la observación y medición detallada de las diferencias y similitudes de sus partes, gracias al romanticismo “empezó a pensar que la imaginación era tan necesaria como el pensamiento racional para comprender el mundo natural. «La naturaleza debe experimentarse a través de sentimiento», escribió a Goethe, y subrayó que los que querían describir el mundo con la mera clasificación de plantas, animales y rocas «nunca lograrán acercarse»” (Wulf, 2017, pág. 62)

Aunque viajeros como Pierre D'Espagnat (1942) y Théodore-Gaspard Mollien (1944) admitieron en sus crónicas que al llegar a América se daban cuenta de la ignorancia europea y que sus relatos eran un boceto imperfecto de lo observado, lo que los viajeros registraron da cuenta de la propia cultura en la que estaban inmersos, así como sus posiciones ideológicas que serían referentes para la intelectualidad neogranadina (Jaramillo, 1964). Para ellos, la Independencia de las colonias españolas significaba sacar estos territorios y sus gentes del barbarismo en el que España los tenía sumidos y que los mantenía en ignorancia respecto a su poderío y recursos. Justo en la parte económica y su potencial mercantil fue desde donde la mayoría de los viajeros leyeron el paisaje del río Magdalena.

Charles Saffray (1948), por ejemplo, concluyó que el territorio poseía todas las características para una prosperidad futura, lo que incluía las amplias costas en dos océanos; grandes ríos navegables; suelo fértil en el que crecía de forma silvestre cacao, añil, algodón y vainilla; maderas, bálsamos, resinas y caucho; y la

majestuosa Cordillera de los Andes se ramifica en su territorio, como para ofrecer a los valles las riquezas de sus montañas, el oro, el platino, la plata, el plomo, el hierro, el cobre, los pórfidos, los mármoles, las areniscas, la hulla, la sal y las piedras preciosas (pág. 236).

De la cuenca baja y media, los viajeros registraron las aguas turbias del río debido al alto grado de sedimentación. En el costado izquierdo, sentido norte sur, era frecuente encontrar algodón, maíz, cacao y caña de azúcar. Las amplias y fértiles sabanas eran ocupadas en su mayoría por criollos, teniendo como antecedente la desviación hecha por los españoles del estrecho canal que unía Pueblo Viejo y Santa Marta, denominado Bocadores de la Buega, para que los colombianos (nombre con el que se referían a los indios, negros y mestizos), no atacaran esta fértil zona (Hamilton, 1955).

Como un camino que constantemente andaba, el *turbio y magnífico Magdalena* era la vía para penetrar el interior del país desde la costa caribe. "Es realmente la avenida natural de ese Capitolio que el Tolima, rey del aire helado y de las nieves, corona, allá en el corazón de Colombia" (D'Espagnat, 1942. pág. 14). D'Espagnat describió de forma poética su encuentro con el Magdalena, ancho y poderoso que corre con soberbia desde las montañas de donde desciende, lo que explicaba que sus aguas fuesen siempre amarillas y limosas, pero por lo mismo un *Nilo de Fertilidad* para su valle.

Al contemplarle tan apacible y colosal a trescientas cuarenta leguas de la roca aérea de donde rezuma su primera gota, se evocan con una inquietud respetuosa las extensiones que atraviesa; se presiente detrás de las lejanías cerradas la sucesión de esas zonas distintas, tan salvajes y tan grandes, que el hombre no ha podido aun recorrerlas todas; abajo la de las selvas, la luminosa y la arisca; más arriba la de los cultivos y la de las ciudades y, en fin, dejando atrás a todas, la de las montañas, cuyas últimas y supremas estribaciones no reciben, ni siquiera, la visita de las águilas, y no tienen por vecinos más que a las estrellas" (D'Espagnat, 1942, pág. 14, 15)

En cuanto al agua del río, el relato de Steuart (1989), que navegó por el río Magdalena en 1836, sobresale al mencionar que no había probado agua mejor: al decantarla en la noche, el agua del río Magdalena era completamente segura para su consumo. Mollien (1944) describió que, pasando las amplias llanuras del Magdalena Medio en donde las noches eran tibias y la profundidad del río mayor, el río se encajonaba progresivamente y la temperatura de sus aguas bajaban. El color se tornaba más verdoso, indicando que se alimentaba de los manantiales de los páramos y, aunque el sabor es tolerable, la población optaba por beber el agua de los arroyos.

En relación con la vegetación, los riachuelos y quebradas que bañan la cordillera Central y que vierten sus aguas en el Magdalena, contribuyen también a una flora diferencial que acompaña la ribera del río. Gutiérrez de Alba (1873) describió los cambios en la vegetación a medida que ascendía por el río Magdalena, entre las que destacaba el paso de bosques de cámbulos a praderas de gramíneas, guayabos y guaduales apiñados por la fuerza del agua. Las flores de la montaña media aromatizaban el viento que fluía entre cordilleras. Sobre el bajo y medio Magdalena, Saffray (1948), describió las casas de bambú en las orillas, junto a limoneros, naranjos, campos de caña de azúcar, de maíz, bananas y palmeras, y bosquesillos que brindaban sombra a los pescadores. En dirección hacia el Alto Magdalena,

la vegetación por doquier se mostraba en todo su esplendor; los arbustos menos marchitos acusaban una temperatura menos abrasadora que la de la zona inferior [...] El fresco que se siente en esos abismos profundos es verdaderamente delicioso; la vegetación asombrosa. (Mollien, 1944, pág. 234).

Aunque para Mollien (1944), la naturaleza que rodeaba el río era “desordenada y de aspecto salvaje. Todo el terreno está cubierto de árboles de grande altura y de una vegetación lujuriente” (pág. 22), sin lugar a dudas los relatos sobre la fauna del río Magdalena han impregnado de nostalgia y asombro a los visitantes del río aun en la actualidad. Hamilton (1955) recomendaba a quienes emprendieran el viaje por el Magdalena, no olvidar llevar consigo un mosquitero, pues los “insectos chupadores constituyen una terrible molestia en el río” (pág. 27), y para cuyas picaduras el mejor remedio era el tratamiento nativo de tabaco empapado en ron sobre la parte inflamada. Entre estos insectos se encontraban los jejenes, el tábano, y otros que maravillaban por su belleza, como los escarabajos y las mariposas (Mollien, 1944).

Boussingault (1985), químico y minerólogo francés que llegó a la Nueva Granada en 1922 recomendado por Alexander Von Humboldt para el proyecto educativo de Simón Bolívar, escribió que en los llanos de Ibagué y Neiva encontró una araña roja con puntos negros, la cual era llamada "coya" por los pobladores y de quien se creía causaba la muerte con solo tocarla. Las cavernas del Chaparral eran habitadas por "guapacos", parecidos a los "guácharos", aves nocturnas parecidas a los "grandes vampiros del Ecuador" (pág. 267) que solían estar en lugares húmedos y oscuros, y que eran apetecidos por su grasa.

En el recorrido aguas arriba, la vegetación era tan espesa y la corriente del Magdalena tan turbia por el transporte de material sedimentario, que en sus aguas se escondían numerosas serpientes venenosas y lagartos de color verde con gran agilidad en sus movimientos (Mollien, 1944; Gosselman, 1981). En la ribera también era frecuente encontrar al jaguar y el leopardo rojo (Hamilton, 1955). Estos últimos, aunque salvajes, temían al enorme caimán, lo cual hace comprensible que los caribes llamaran al río *Karakalí* o *Kaihuaña*, Gran río de los caimanes. Contrario al miedo generado mientras se viajaba en las canoas y champanes, con historias de bogas, mujeres y niños arrastrados a las profundidades por caimanes gigantes, el descanso sosegado de estos animales en ambas orillas del río, se interrumpía con el “tiro descargado por uno de los viajeros cazadores, se levantan lentamente, para deslizarse con pesadez al agua, pues el tiro a los caimanes constituye el entretenimiento principal a bordo de los vapores del Magdalena” (Hettner, 1976, pág. 66).



Ilustración 12. Cabaña de pescadores a orillas del Magdalena, con una hamaca de piel de caimán (Gutiérrez de Alba J. M., 1872).

De hecho, su piel también era usada por las familias para fabricar hamacas resistentes (ver Ilustración 12); esto fue atestiguado por Gutiérrez de Alba y sus acompañantes cuando en 1782 transitaba el camino pedregoso en Barandillas, separado del río por dos kilómetros aproximadamente. Allí encontraron una choza de palos de madera y paja, habitada por dos mujeres con sus habituales sombreros y faldas largas, quienes contaban con una hamaca de caimán

cuyas grandes escamas o conchas ventrales ocupaban la parte central de aquel lecho aéreo [...], que no tendría menos de dos metros de longitud, comprendida solamente una cuarta parte de la cola, y un metro de anchura, sin contar la coraza rugosa y dura que cubre el dorso del animal y de la que había sido despojado el cuero (Gutiérrez de Alba, 1873, pág. 18).

También era frecuente observar una inmensa cantidad de tortugas y de huevos escondidos en la arena, patos de pico y patas rojas y faisanes que no solo resaltaban por su belleza, sino que

fueron cazados para su consumo (Gosselman, 1981). Acompañaban la escena cigarras y cucaracheros, el sonido de la nutria, iguanas (Saffray, 1948), enjambres numerosos de "cotorras gritonas", las garzas que volaban sobre el río, grullas, turpiales negros y amarillos, ágiles aves de cuerpo azul y vientre naranja, denominados guacamayas (D'Espagnat, 1942), y los aullidos y gritos estridentes de los monos que, junto a los ciervos y los cerdos cimarrones, pululaban en la selva del Magdalena (Mollien, 1944).

El exuberante relieve y la diversidad biológica del río Magdalena, descritos por los viajeros extranjeros, también llamaron la atención de los neogranadinos quienes estudiaron al río y sus gentes de acuerdo con la visión particular del territorio proveniente de Inglaterra y Francia, siendo el río de principal interés al ser la vía principal que conectaba el país con el mundo. Este enfoque dio paso a imaginarios que se debatían entre el río como progreso y el río como obstáculo para el desarrollo al relacionarse con altas temperaturas, suciedad y enfermedades.

2.3.1 “Del influjo del clima sobre los seres organizados”

Iniciando el siglo XIX, y bajo la influencia del espíritu de la Ilustración, circuló entre la élite criolla el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1808-1810) a través del cual se iban legitimando las representaciones del territorio y de sus pobladores, buscando fundamentos para el orden social que no se quería romper con la independencia de España. Entre los Números 22 y 30 del *Semanario* mencionado, Francisco José de Caldas (1808), publicó el artículo que da nombre al título de esta sección, argumentando que el lugar que el ser humano ocupa con respecto a la altitud de las cordilleras modifica el vigor de sus capacidades mentales, su expresión oral, sus virtudes y

vicios, así como su disposición a trabajar y a contribuir en la necesidad de encaminar la región hacia el progreso económico.

Aunque en el texto Caldas afirmaba que en ningún momento buscaba disminuir la libertad de elección del individuo, sí consideraba que el clima (concepto en donde agrupaba la temperatura, la carga eléctrica, la cantidad de oxígeno, presión atmosférica, condiciones meteorológicas y geomorfológicas) afectaba el cuerpo del ser humano y obraba sobre su espíritu, luego entonces sobre sus inclinaciones, virtudes y vicios. Lo anterior lo explicaba con base en el ángulo facial: “cuando este ángulo crece, crecen todos los órganos destinados a poner en ejercicio la inteligencia y la razón; cuando disminuye, disminuyen también estas facultades” (Caldas, 1808, pg. 212), lo cual diferenciaba al europeo del africano, y le daba a cada uno sus propias virtudes y vicios. A partir de allí Caldas jerarquizó socialmente la población de la Nueva Granada, demostrando *científicamente* que los que vivían en zonas muy frías o muy calientes, difícilmente podrían caber bajo la definición de humanidad.

Partiendo de cómo el clima moldea la fisionomía humana, Caldas aseguró que el africano (y sus descendientes) no tenía ningún talento ni proyección a futuro y que aceptaba pasivamente sus necesidades y las condiciones de la naturaleza y su entorno; pese a vivir en zonas fértiles, hombres y mujeres eran ociosos, perezosos y licenciosos. De forma similar, del indio de las costas y los valles afirmaba que, contento con su destino, no tenía deseos, ni expectativas, y ni siquiera la muerte le turbaba. Específicamente de los habitantes del sofocante valle del Alto Magdalena, Caldas, aseveró:

El hombre, en estas regiones, bajo un clima abrasador, casi se desnuda: una red, una hamaca, algunas plataneras, que no exigen cultivo, forman sus riquezas. Sus ideas son tan limitadas, sus bienes. El reposo y el sueño hacen sus delicias. Su moral... bien se deja ver

que no puede ser la más pura. Desde Honda el Magdalena no riega sino bosques. Algunas poblaciones cortas hay en sus orillas, y sus moradores son más viciosos que los de la parte media. Parece que la inmoralidad y la desidia se aumentan con las aguas del Magdalena (pág. 24).

El énfasis dado a características como *clima abrasador, ideas limitadas, moradores viciosos y aumento de la inmoralidad y la desidia*, forma parte del discurso construido en torno al río Magdalena. Por un lado, la diversidad en la vegetación y la fauna salvaje representaban todo lo contrario al orden racional hacia donde se quería orientar la República. En palabras de Medardo Rivas, “la tierra caliente no ofrecía sino bosques, que era preciso talar con un trabajo inmenso” (1946, pág. 17). Así mismo, el consumo del agua del río Magdalena pasó a cuestionarse debido a que, desde su origen, pasando por Timaná, Neiva, Honda, Mariquita y Mompo, la mayoría de habitantes de sus riberas estaban llenos de llagas, manchas rojas y azules propias del carate, estando presente el coto o bocio en hombres, mujeres y niños (ver Ilustración 13).

Aunque la fertilidad de la tierra proveía una amplia variedad de alimentos (como el índigo, el maíz, el arroz de secano, la yuca, el plátano, el mango y la guayaba silvestre), Gutiérrez de Alba (1873) consideraba que este régimen alimenticio, la sofocante temperatura y la poca salubridad de las aguas producía que los habitantes tuvieran rostros macilentos, demacrados y cuerpos raquíticos a causa de la anemia o clorosis, “a lo que se debe el escaso desarrollo intelectual de sus moradores, y la apatía e indolencia que constituyen el fondo de su carácter” (pág. 9).



Ilustración 13. Calentanos cotudos y caratosos (Gutiérrez de Alba J. M., 1872).

Sobre la población de Honda Boussingault mencionó que son "miserables habitantes, pobres, cotudos y cretinos. ¡Vimos hasta un perro con coto!" (pág. 251). El viajero organizó un baile a orillas del Magdalena; de ahí describió que las mujeres, sin excepción, eran caratosas, con pieles azuladas, amarillas y rojas. "Los ribereños de los grandes ríos en el trópico son propensos al carate, lo que se atribuye al excesivo uso de pescado como alimento, al maíz comido en galletas y también a la irritación producida sobre la piel por el incesante ataque de los mosquitos" (pág. 265). Las consecuencias, según se veían en ese tiempo, iban más allá de lo visual. Años antes, Caldas había establecido la conexión entre los males dermatológicos, el bocio y el potencial cognitivo:

El coto, la más terrible de las enfermedades, que, atacando la garganta, ataca también el cerebro y las potencias, cuyos efectos destructores llegan hasta los productos de la generación, que hace que el padre no se reproduce sino en un estúpido o en un insensato que va a perpetuar una raza degenerada y miserable en quien casi se ha extinguido la razón. (...) En los países ardientes, en los templados y en los fríos hace progresos rápidos todos los días. (...) ¡Tal vez, dentro de 10 o 20 años un tercio la mitad de la población es de insensatos! (Caldas, 1808, pág. 187).

Las formas en las que los grupos sociales se fueron adaptando a las condiciones geográficas de la zona y a su vez al régimen climático diferenciado, fueron la base para distinguir a las poblaciones del río y los espacios planos, en tanto *calentanos*; y aquellos adaptados al frío y a la humedad, el *cordilleruno*, ambos también diferenciados de los andinos urbanos de Santafé. A este respecto, Daza (2020) menciona que esas diferencias entre los habitantes del territorio fueron legitimadas a partir del discurso racial como justificación de las costumbres y prácticas culturales de los grupos sociales, cobrando importancia la diferenciación y jerarquización a partir de características físicas como los rasgos faciales, el color de la piel, el color de cabello, la estatura y las prendas de vestir.

Partiendo de esta distinción era imperioso encontrar maneras de vincular las distintas alturas al progreso republicano. Esta necesidad fue expuesta por diplomáticos del talante de Juan García del Río (1794-1856) quien, en el *Repertorio Americano*, revista publicada entre 1826 y 1827, mencionaba que el poderío de las naciones radicaba en la utilidad que cada individuo le imprimiera a los esfuerzos más que la cantidad de la población o la extensión del territorio (Jaramillo, 1982); para alcanzar la verdadera independencia de la herencia colonial y, dependiendo de las variaciones climáticas, la población debía renunciar a la indolencia y la pereza.

Un segundo aspecto es el surgimiento de la noción médica de *fiebres del Magdalena*, gracias al trabajo del médico Antonio Vargas Reyes (1816-1873), quien elaboró una clasificación de las fiebres, cuya causa inicial era el envenenamiento miasmático, producido por la unión de materia orgánica vegetal o animal, humedad y calor (García, 2007), características del valle del río cuya atmósfera, en palabras de Saffray (1948), era pesada, cálida y malsana y, a modo del viento de fiebre, actuaba sobre los nervios.

Tomando como base los adelantos franceses respecto al abordaje de la fiebre como una enfermedad en sí misma y las nociones transformistas de las especies botánicas que emergían en Suiza, el médico Vargas “sostuvo que, así como las razas humanas eran el resultado de diferenciaciones de un mismo tipo humano producidas por el ajuste fisiológico a los climas y a los hábitats particulares, lo mismo sucedía con las enfermedades” (García, 2007, pág. 70). Entre estos hábitats, la selva espesa del valle del río Magdalena, la diversidad en insectos presentes y las altas temperaturas le hacían el lugar idóneo para que abundaran las fiebres discontinúas en su variante más mortal.

La valoración negativa del clima cálido y, en especial, del río Magdalena como foco de enfermedades, hizo parte del utillaje mental de los criollos y las élites neogranadinas quienes, mientras resaltaban el valor y el potencial económico de la “naturaleza fecunda e inmortal [como] renuevo de vida, de luz, de flores y de armonía” (Rivas, 1946, pág.146), también aceptaban el determinismo climático para diferenciarse de los habitantes de tierra caliente a quienes consideraban inferiores, por las razones antes expuestas.

Con todo, también había un interés económico. Como menciona García (2007), los médicos respaldaron la visión de nación del proyecto liberal y teorizaron sobre la noción de *fiebres del Magdalena*, en un principio para argumentar que la insalubridad de las aguas del río, sumada a la

pereza de sus habitantes, era una barrera infranqueable en la industrialización y el desarrollo, partiendo de las costumbres citadinas como referencia de buenos modales y disposición para el trabajo (Daza, 2020). De hecho, a inicios del siglo XIX la población de Santafé no aceptaba el tabaco y otros productos del caluroso valle tolimense por provenir de una región cuyo clima, habitantes se consideraban de nivel inferior (Bejarano y Pulido, 1986).

Sin embargo, la filiación liberal de los médicos de élite y su conexión con familias terratenientes del Tolima, así como el deseo de ascenso social, motivó que las *fiebres del Magdalena* fueran objeto de estudio primordial dentro de la medicina neogranadina, posicionándose como una disciplina fundamental en el gobierno ya que, con el cultivo expandido de tabaco desde 1830 (con Ambalema como centro de producción y Honda como centro comercial hasta 1860), las esperanzas industriales se centraron en el río Magdalena y en la hoja de tabaco.

Las reformas liberales facultaron a las cámaras de cada provincia para que establecieran la normativa de distribución de los resguardos, su enajenación y adjudicación (Ley orgánica de la administración y régimen municipal, de 3 de junio de 1848). Los antiguos asentamientos indígenas se convirtieron en grandes haciendas tabacaleras al sur del Tolima, y el epicentro de migración de población libre, mientras que la tierra norte fue usada para la ganadería, intensificada por el comercio del tabaco, ya que la migración de la población potenció el consumo de carne y la demanda de cueros para enfardelar las mercancías.¹² De acuerdo con Clavijo (1998), la vinculación

¹² De acuerdo con Bejarano y Pulido (1986), para 1826 el tabaco representaba el 34,5% de los ingresos del Estado; en 1832 el 25,4% aumentando a 30% en 1838. No obstante, la eliminación del monopolio no cambió la concentración del comercio y de las tierras, gracias a los contactos que las empresas habían establecido con el gobierno. Las exportaciones de Ambalema pasaron a mano de las compañías antioqueñas: Montoya y Sáenz (57,3%), Powels Wilson y Cía. (20%), Posada Muñoz y Cía, Andrés Toro, Mauricio Riso Uribe y Cía, Fernando Nieto. Los grandes hacendados también fueron decisivos en el auge de la navegación a vapor. El empresario más acaudalado del país, Francisco Montoya (con una renta anual de 15.000 pesos, en un tiempo en donde el agricultor ganaba por cosecha anual 300

regional al mercado mundial a través del ciclo agro exportador del tabaco significó un cambio trascendental en el agro, así como en las dinámicas sociales, políticas e incluso mentales de quienes participaron en el cultivo y comercio del tabaco, al introducirse nuevas relaciones sociales y nuevos patrones de consumo.

Teniendo esto presente, la noción de *fiebres del Magdalena* cambió cuando los precios del mercado europeo se elevaron en 1856, y las zonas de Girardot, Ambalema y Honda se llenaron de capitales, agricultores y comerciantes, por lo que empresarios como Miguel Samper quisieron alivianar la carga negativa del río y las tierras del valle del alto Magdalena, identificando los márgenes del río con el futuro económico del país y, particularmente la bonanza tabacalera de Ambalema, con una verdadera revolución industrial que motivó el traslado de empresas, capital y fuerza de trabajo al valle del Magdalena (García, 2007). Sin embargo, al igual que los primeros estudios sobre el bocio, el estudio de las fiebres se justificó en el siglo XIX por ser una patología que debilitaría a las generaciones futuras, comprometiendo el progreso del Alto Magdalena, una región que representaba el emporio de la prosperidad (García, 2007). Este interés económico se evidencia con el desinterés investigativo en las *fiebres del Magdalena* tras el declive de los ciclos de agroexportación de tabaco y añil desde 1870.

2.3.2 Hacia la construcción de imaginarios sobre la población ribereña del Alto Magdalena

El mapa etno-climático propuesto por Francisco José de Caldas, y que fue abordado en la sección anterior, legitimó la segregación por castas en la sociedad neogranadina, en donde el criollo ocupaba un lugar privilegiado, seguido por mestizos, sambos, negros e indígenas. En relación con

pesos), invirtió en la Navegación por el Magdalena en 1839, con la Compañía Anglogranadina y el vapor Unión, impulsando a otros en Ambalema a formar sociedades de navegación.

los distintos tonos de piel encontrados en Colombia, Gosselman afirmó: “Es como una exposición de telas, que van subiendo de precio mientras más se aclara el color, o en la medida en que aumenta su finura y abolengo” (1981, Tomo II, pág. 332), y como tal, los criollos (la clase superior), eran los únicos que debían llamarse colombianos, al evidenciar un nivel de formación y conocimiento nacionales, estar preparados para liderar la independencia y gobernar a las otras clases que, desprovistas de autonomía, servían a los intereses patrios ciegamente como soldados.

Cuando Mollien (1944) pasó por primera vez por la Villa de Guaduas, le pareció un pueblo encantador después de salir de "los horribles antros del Magdalena" (pág. 224). Sin embargo, tras su regreso de Bogotá, advirtió gran cantidad de bocios, y que la alegría de los hombres no era más que producto de sus borracheras. De forma similar, sobre la población de San Luis, escribió que la mayoría de personas tenía bocio, y quienes no, tenían "una especie de lepra que ennegrece la piel de los blancos y blanquea la de los negros; esta enfermedad desfigura tanto a los unos como a los otros de forma repugnante" (pág. 236, 237). Como ya se analizó, estas afectaciones, sumadas a las altas temperaturas, explicaban la pereza del habitante del río desde una visión europeísta. Aun así, era el mestizo ribereño quien mejor conocía y se adaptaba a los tiempos del río, y sus ciclos de crecientes, desbordes y sequías.

Mollien (1944) escribió que los ribereños solían tener cilindros para fabricar guarapo, telares para tejer esteras, redes, dardos y conchas de tortuga que sirven de asientos o de fuentes; también era usual encontrar en casa hachas, machetes, calabazas, escudillas de barro, cestas con maíz trozos de carne ahumada. Entre los oficios que resaltó de la vida, nada fácil, del poblador del Magdalena, eran los de

arquitecto, cazador, pescador y obrero hábil; unas veces tendrá que ir al bosque en persecución del jaguar que le ha matado un perro, para él inestimable; otras irán al río para

atravesar con sus dardos un bagre o para echar sus redes; nunca está ocioso. Pero esto no es nada: cuando el río inunda sus campos, entonces, amarrando su piragua a un árbol, colocará en ella a su familia y llevándola por senderos por los que pocos días antes, iba a cazar los ciervos y que están ahora convertidos en arroyos, la conducirá hasta su maizal, donde apresuradamente construirá una choza para protegerla de las lluvias torrenciales (pág. 37).

En estas actividades los hombres eran acompañados por las mujeres, quienes trabajaban en los campos, preparaban la comida y acompañaban la pesca empuñando la espadilla que dirigía la canoa. El desprecio hacia el negro y el zambo, principales trabajadores en la boga del río Magdalena, tenía como base su aparente ignorancia para sacarle provecho a su fuerza corporal y el medio en el que vivían. Eran descritos como salvajes, ebrios y ociosos, sin más necesidades que las marcadas por el instinto. Como no encajaban dentro de los cambios económicos de las reformas liberales, el clima feroz de la ribera del Magdalena de nuevo era la causa de la situación de boga, al despreciar sus facultades morales y señalar su uso popular de la lengua y su escasa afición a la lectura. El boga, como ese otro incivilizado, se presenta en las crónicas viajeras como el objeto observado que a su vez es incapaz de ver y analizar su entorno.

Como caminante del río, los bogas fueron los encargados de mover la economía del país a fuerza de sus manos y piernas. Su trabajo consistía en impulsar las embarcaciones río arriba con ayuda de palos o varas largas. Una vez se hundía en la arena la vara, y se apoyaba en el pecho, los 20 bogas que alcanzaba a tener un champán, caminaban para repetir la operación. Bajo el sol inclemente, ante la amenaza de lluvias y crecientes, el boga era el encargado de mantener a flote la embarcación y llegar a puerto. Embarcaciones más pequeñas como las piraguas también eran

impulsadas por la fuerza de "dos semidesnudos negros con sus largas piernas" (pág. 102), que usaban una vara que les ayudaba a avanzar, pero también les daba equilibrio.¹³



Ilustración 14. El Champán (Henry Riballier, 1880).

Pese a observar el trabajo del boga, los viajeros compararon a este, a su compañera e hijos con los extraños animales que emergían de la espesa y húmeda vegetación; fueron descritos como la "hedionda compañera", los "pequeños monstruos" que se arrastran hasta los tres años sobre sus

¹³ La navegación a vapor inició en 1823 con el permiso otorgado al alemán Juan Bernardo Elbers. Sin embargo, siguieron usándose de forma simultánea otras embarcaciones. De acuerdo con Gosselman (1981) las **piraguas** se construían con el tronco entero de un cedro, de 20 pies de largo y 3 de ancho, con tres cuartos de profundidad, y se hundía nueve pulgadas en el agua. La embarcación se dividía en tres partes iguales, para el gobador, para las habitaciones, y para las maletas y la tripulación. En cuanto a los **champanes**, las embarcaciones más grandes que recorrían el Magdalena, podían llevar hasta quince cargas suecas; podía contar con 90 pies de largo, nueve de ancho, 3 en la parte más angosta. Se construían con tablas de cedro, de dos pulgadas de grosor, pegadas e impermeabilizadas con alquitrán tanto al interior como al exterior. La quilla o esqueleto de un barco, estaba ausente, por lo que los palos de la estructura se amarraban en los costados. Los remos se hundían en la proa, y en la popa se disponía de una tabla en forma de pájaro en donde se ubicaba el timonel. En la parte central se construía un techo cubierto con cañabravas y hojas de palmeras, lo que impedía el paso de la lluvia y permitía cargar encima del techo mercancía. Bajo este techo se agrupaban los camarotes, los víveres y demás objetos de la tripulación. Saffray (1948) también menciona los **bongos**, piraguas de gran tamaño que se construían con troncos de árboles, capaces de soportar el peso de 60 o 70 toneladas, y que abastecían los mercados que se encontraban en la orilla del río.

vientres abultados "enteramente lo mismo que los animales, cuya existencia imitan durante toda la vida" (Saffray, 1948, pág. 55). La siembra de bananos y de maíz, sin labrar ni abonar, así como la pesca esporádica, fue explicada desde un marco analítico muy limitado que obviaba los esfuerzos sobrehumanos de bogar el Magdalena.

Como ocurrió con los indígenas que habitaban la alta montaña, en el caso de los negros el río Magdalena también fue una ruta que conectó su herencia africana con las creencias cristianas. Sus bailes, su música y su cosmogonía encontraron en el río Magdalena el mejor aliado para el sincretismo y la transmisión. No obstante, en el relato de los viajeros sus prácticas eran condenadas. La unión de las liturgias cristianas y la herencia africana sorprendieron a D'Espagnat, pues cualquiera podía subir al tabernáculo, las ceremonias eran extravagantes unidas a ritos fantásticos acompañados de música de acordeón *indecorosa*. Esta manifestación religiosa fue descrita como "vena de locura latente en el encéfalo del negro" (D'Espagnat, 1942, pág. 181), manifiesta también en la mirada recelosa del negro, de ahí que aconsejara desconfiar de su cercanía y concluyera que

la inclinación al robo continúa la misma, se advierte una menor repugnancia por el trabajo. Difícilmente perceptible, la raza de Caín se arrastra, sin progresar, por los continentes. En los países amarillos, rojos o negros, por las malezas de América o por las carreteras macadamizadas, el mono con cara de hombre, digan lo que quieran los filántropos y los soñadores, recorre el mundo sin lograr asimilarse, ni sacudir la maldición proferida sobre su nacimiento, lo único que consigue es corromper los pueblos con los que se mezcla, ulcerar todo lo que toca una gota de su sangre impura (pág. 181, 182).

2.3.3 Conclusiones

A partir de la caracterización geomorfológica del río Magdalena se evidencian los procesos involucrados en la formación y transformación de la cuenca alta del río Magdalena. La impetuosidad de su nacimiento unida al proceso de glaciación y deglaciación de los páramos, las pendientes de la alta y media montaña, el transporte de material sedimentario y el régimen bimodal de lluvias, han sido los atributos que, configurados en un tiempo de larga duración, han dibujado la historia del gran río Magdalena. Estos factores, a su vez, han dado lugar a patrones de asentamiento y prácticas sociales atadas al río desde la época prehispánica, así como a representaciones e imaginarios de la vida ribereña, cuya vigencia permanece, al resistir el cambio ante coyunturas y momentos críticos de la historia.

Por otra parte, las dificultades de los españoles para remontar el río Magdalena en la parte de alta y media montaña, encontrando espesos bosques habitados por indígenas que acudían al río en una forma de trashumancia estacional, permeó la colonia y los primeros años republicanos en relación con la caracterización que se hizo de los habitantes nativos y los ecosistemas en los que vivían. El conocimiento ancestral de los ciclos del río respecto a períodos de crecientes en su cauce (lo que les facilitaba su nado y navegación) así como el conocimiento de las propiedades medicinales de las plantas, suponían un peligro para los criollos, pues eran ámbitos que les permanecían vetados en cierta forma, por lo que se afianzó un imaginario sobre el carácter del indígena: agresivo, huraño, introspectivo e inútil. Por otra parte, la apropiación espacial y cultural de los pueblos nativos han heredado un conjunto de imaginarios y representaciones propias sobre el río Magdalena en las que el relieve, el comportamiento del río y su historia de resistencia toman forma en un mismo relato.

El abordar la cuenca alta del río Magdalena desde una perspectiva geohistórica permite dar cuenta de elementos configurados en una temporalidad de larga duración. Por una parte, la formación geomorfológica en torno al río Magdalena y la biodiversidad ecosistémica presente en todo su recorrido han configurado una ruta socio cultural desde tiempos prehispánicos materializada en la construcción de mitos y leyendas, oficios tradicionales como la pesca, y agrupaciones sociales cuyas dinámicas corresponden al tiempo del río (con regímenes anclados al régimen de lluvias, el arrastre de sedimentos y los períodos de subienda).

Así mismo, a partir de la influencia inglesa y francesa como respaldo ideológico de las reformas liberales del siglo XIX se comprenden los lentes desde donde fue observado el río Magdalena y la cultura ribereña, entrando en oposición los tiempos del progreso (que jerarquizaron el territorio y la población por categorías como la altitud, la temperatura, características corporales de los grupos sociales y sus prácticas culturales) y los tiempos del río Magdalena, fortaleciéndose imaginarios sobre la salubridad del río partiendo de su color, el potencial de riqueza oculto en el desorden biótico de la cuenca del río, y el bajo intelecto de sus habitantes, su poca disposición al trabajo y su agresividad originadas por las altas temperaturas de su valle.

Las fuentes del siglo XIX no expresan la voz de los habitantes ribereños. Las posturas de las poblaciones ancestrales del río y de aquellos que trabajaron en sus orillas fue registrada desde los ojos civilizadores de occidente, dejando el territorio como un espacio mudo que era observado, sin cuestionar el trasfondo de las prácticas y tradiciones de los grupos que habitaban el río y las concepciones que estos habían construido históricamente sobre la cuenca del Magdalena y el ecosistema que habitaban. Por lo tanto, en el siguiente capítulo se abordará la propuesta pedagógica realizada con niños y niñas en el Museo del río Magdalena, en Honda Tolima, teniendo en cuenta también entrevistas realizadas a pescadores artesanales del río, con el fin de indagar, en una relación

pasado-presente, las continuidades y rupturas respecto a la apreciación del río Magdalena y la cultura ribereña.

CAPÍTULO 3. LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL RÍO MAGDALENA: PROPUESTA PEDAGÓGICA DESDE LA GEOHISTORIA EN EL MUSEO DEL RÍO MAGDALENA DE HONDA, TOLIMA.

3.1 Justificación

El primer acercamiento que tuve con río el Magdalena fue en un viaje que realicé a la edad de 7 años, junto a mis padres, mi hermana y mi abuelita Paulina al lugar en el que ella nació: Pocharco, vereda que hace parte del municipio de Natagaima, Tolima, ubicado en el costado izquierdo del río Magdalena sentido norte-sur. Las altas temperaturas, los refrescantes riachuelos, el jején, el jugo de naranjas y, sobre todo, el cruce de un crecido río Magdalena a través de un planchón, quedaron para siempre en mi memoria. En los años siguientes, regresé al río a través de las conversaciones con mi abuelita, quien recordaba en detalle su infancia en el campo, sus años de escuela, el cruce del río para el sustento de la casa, así como los recuerdos amargos que unieron el Magdalena y la época de La violencia.

El río Magdalena ha sido una ruta emotiva que conecta las memorias familiares con mis proyecciones como docente e investigadora en ciencias sociales. Por esta razón, partiendo del análisis histórico realizado en el capítulo anterior, la propuesta pedagógica que se planteó se basó en las relaciones posibles entre las categorías de larga duración-geohistoria y el enfoque de las pedagogías críticas ya que, al propiciar la reflexión consciente de la realidad a partir de la experiencia vital de los niños y niñas, permite cuestionar el lugar que el río Magdalena ha tenido en la vida de los ellos, qué concepciones sobre el río y la cultura fluvial permanecen y configuran prácticas y tradiciones particulares, y qué horizonte se puede trazar en aras de transformar actitudes y prácticas que resulten en el cuidado del río. Por ello en las entrevistas y talleres propuestos se

indagó por los imaginarios del río que prevalecen en la población ribereña y los significados generados y transmitidos en torno a la cuenca del río Magdalena.

Tanto en las entrevistas como en los talleres planteados, se retoman los seis supuestos teóricos de la pedagogía crítica (Ramírez, 2008):

1. Participación social, generando espacios de diálogo en el que los niños puedan cuestionar imaginarios sobre el río Magdalena y su incidencia en el cuidado del mismo.
2. Comunicación horizontal entre la docente y los niños, propiciando la reciprocidad entre los saberes y apreciaciones de los niños y el desarrollo de los talleres.
3. Significación de los imaginarios, permitiéndole a los niños el redescubrimiento de la historia del río a través de crónicas de viajeros, mitos, y sus propuestas de representación del río.
4. Humanización de los procesos educativos, mediante la articulación del trabajo conceptual y analítico con las memorias y los sentimientos de los niños al abordar la historia del río Magdalena.
5. Contextualización del proceso educativo, con la vinculación de los padres y madres de familia a las actividades de los niños, confrontando el relato histórico que se estudia con la experiencia vital de las familias habitantes del río.
6. Transformación de la realidad social, motivando el trabajo en equipo y la escucha del otro en cada sesión, tomando en cuenta los relatos propuestos por los niños en cada taller. Así mismo, se propició un espacio para proponer un cuestionamiento actitudinal de los niños en relación con el río y el impacto de este en su vida cotidiana.

Teniendo presente estas dimensiones, en este capítulo se caracterizará el espacio en el que se llevó a cabo la propuesta pedagógica y la recuperación oral del río. Cada sesión de taller se

abordó como una jornada de viaje, por lo que en los anexos aparecerán los comentarios y los dibujos realizados por los niños.¹⁴ También se incluirá un diario de campo de cada sesión de taller, y se sistematizarán las actividades de acuerdo a los objetivos planteados.

3.2 El Museo del río Magdalena de Honda, Tolima

En el barrio El Retiro de la ciudad de Honda, en el departamento de Tolima, se erige un edificio que data del siglo XVII. Al estar a pocos metros del río, cerca del camino real y del que sería el primer puente metálico del país y de América del Sur (el puente Navarro, inaugurado en 1899), esta edificación sirvió como bodega de puerto para almacenar café, tabaco, aceite, cuero, y otros productos que entraban a los importantes puertos de Honda. El Museo del río Magdalena funciona allí desde 1990 en el que es conocido también como *El cuartel de La Ceiba*.

Inicialmente la curadoría museográfica estaba orientada hacia cinco aspectos del río: Sala 1: La evolución del hombre; Sala 2. Asentamientos indígenas; Sala 3: Fauna y flora; Sala 4. Tradición de Honda; Sala 5. Historia de la navegación. Desde 2015 el espacio se renovó con la dirección curatorial del antropólogo e historiador Germán Ferro Medina, partiendo de la concepción del río como un río-memoria, un río-mundo.

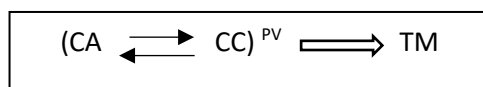
La colección permanente del museo tiene una visión holística de la historia del río, en donde el tiempo geográfico de este, se une al tiempo de las poblaciones que le han habitado. Desde la

¹⁴ Los nombres y fotografías de los niños cuentan con la firma de los acudientes en los formatos FOR009GSI, Autorización de datos personales y de menores de edad (Resolución 767 de 18 de junio 2018) y el FOR026INV, Consentimiento informado para proyectos de investigación. En los casos en los que no se cuenta con la autorización firmada de los padres de familia, se omiten las fotos y los nombres completos de los niños.

entrada al museo se propone un viaje por el río: el Museo está dividido en dos partes, una enfocada en el recorrido del río, en el que se mezclan las características geográficas con hitos socio culturales. En la segunda sala, el buque, se presenta la historia de la navegación en el río, con piezas que muestran las primeras balsas, la mercancía de los champanes, los rostros de la navegación a vapor, y la navegación contemporánea por el Magdalena. Además, el museo cuenta con la primera biblioteca especializada en el río Magdalena, con libros de distintos géneros y disciplinas que abordan diferentes aspectos del río.

3.2.1 Magdalena. Aguas abajo, exposición temporal

Como resultado del viaje realizado por el equipo del museo y la Fundación Natura en octubre de 2021 hacia el bajo Magdalena, surgió la apuesta museográfica centrada en cinco dimensiones del río, a partir de la siguiente ecuación:



En donde:

CA = Conservación Ambiental

CC = Conservación cultural

PV = Preservación de la vida

TM = Territorio en transformación

Con base en esta fórmula planteada por los curadores Germán Ferro y Paola Castillo, se inició el viaje por el río, enfocado en la riqueza ambiental que se expresa en la Ciénaga de Zapatosa y las ciénagas de Barbacoas en el municipio de Puerto Berrío. Los cinco enfoques de la exposición fueron:

1. Agua: bitácora de viaje materializada en botellas con agua del río, almacenada en distintos puntos del viaje (ver Anexo 1.2).
2. Rostros: fotografías en primer plano del rostro de mujeres, hombres y niños de las poblaciones visitadas en el recorrido (ver Anexo 1.3).
3. Voces: intercambio de cartas entre niños y niñas de Honda con quienes habitan el río aguas abajo (ver Anexo 1.4).
4. Música: incluye los tambores realizados con el maestro Luciano Robles “El Parra” en Tamalameque (ver Anexo 1.5).
5. Oficios: centrado en la experiencia y creación acumuladas en las orillas del río, expresadas en oficios y saberes (ver Anexo 1.6).

Con el objetivo de integrar la propuesta pedagógica a esta exposición, se participó en la fase final del montaje, el 14 de enero de 2022, apoyando la selección y organización de la correspondencia enviada, y se acompañó la inauguración el día 15 de enero de 2022 (ver Anexo 1.7). El proceso de convocatoria consistió en llamar a los padres de familia, de acuerdo con la base de datos del Museo, y compartir a través del equipo del museo una invitación a los talleres a realizar (ver Anexo 1.8). Se llevaron a cabo cuatro talleres, distribuidos en seis sesiones de trabajo, teniendo presente los tiempos de las familias que manifestaron inconvenientes por la adaptación a las clases y actividades presenciales en los colegios de los niños.

Aunque inicialmente los talleres se planearon para una población entre los 11 y los 15 años, las edades de los niños que asistieron a los talleres oscilaban entre los 5 y los 12 años, encontrándose en etapas diferentes del desarrollo cognitivo, por lo que las actividades y su desarrollo se adaptaron con el fin de que todos pudiesen participar. De acuerdo a los datos

proporcionados por el Museo, los niños estudian en su mayoría en Instituciones de educación pública de la ciudad, destacando la amplia oferta de actividades extracurriculares a las que los niños de Honda tienen acceso; entre estas, la entrada gratuita al Museo hace que este sea un espacio frecuentado por los niños y sus padres los fines de semana.

3.4 Planeación de la propuesta pedagógica: enseñanza de la historia del alto Magdalena desde la geohistoria

Tabla 3.

Estructura temática de los talleres en el Museo del río Magdalena, Honda Tolima

Sesión	Tema	Objetivo
1	Recuperación oral con habitantes de Honda.	Identificar permanencias históricas a partir de las apropiaciones y usos del río Magdalena.
2	Recuerdos y memorias personales en torno al río Magdalena.	Analizar las memorias sensitivas de los niños y niñas de Honda.
3	Representaciones e imaginarios desde la geografía del río.	Identificar las características geográficas y medio ambientales del recorrido del río Magdalena.
4		Caracterizar la cotidianidad de la vida ribereña desde la vestimenta, los oficios y la comida.
5	El río Magdalena y la comunicación.	Explorar las conexiones facilitadas por el río y los regímenes espacio temporales marcados por este.

3.5. Propuesta de talleres en el Museo del río Magdalena en el marco de la exposición temporal *Magdalena. Aguas abajo*

Sesión 1. Entrevistas		
Dirigido a: población de Honda.	Tiempo: 120 minutos	Edad: jóvenes y adultos entre los 20 años y los 50 años.
Tema: Recuerdos y memorias personales en torno al río Magdalena.		
Objetivo general: identificar permanencias históricas a partir de las apropiaciones del río Magdalena.		
Objetivo específico: reconocer los significados y sentidos del río en habitantes de la ciudad de Honda.		
Estrategia: Entrevista		
Estructura de la entrevista:		
<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Cuál es su primer recuerdo del río Magdalena? 2. ¿Cuál cree que es la importancia del río para Honda y para el país? 3. ¿Qué significado tiene para usted el río Magdalena? ¿Qué imágenes evoca del río? 		
Recursos: Grabador de audio.		

Esta primera etapa del proyecto pedagógico se realizó el 03 de octubre de 2021. Las entrevistas fueron realizadas en el malecón de la ciudad de Honda a un matrimonio de pescadores y un pescador y conductor de lancha turística: el señor Milton, el señor Jorge Enrique Chávez y la señora Marta García. También fue entrevistado Alejandro Vargas, mediador del Museo del río Magdalena.¹⁵

¹⁵ Las entrevistas se realizaron junto con John Novoa, estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales. Fragmentos de estas entrevistas aparecieron en el programa *Voces del Magdalena* del programa Ananké, relatos de Clío de la Pedagógica Radio, emitido el 20 de octubre de 2022, con repetición el 23 de octubre de 2022. Se encuentra disponible en formato podcast en la plataforma Ivoox (Ananké, relatos de Clío, 2021).

Con respecto a los primeros recuerdos del río Magdalena, la relación con la pesca está presente en todas las respuestas de los entrevistados. Por una parte, se considera la pesca como un oficio tradicional de Honda; como mencionó el señor Milton, “la pesca es lo esencial aquí en Honda, ese el vivir de nosotros” (Milton, comunicación personal, 03 de octubre de 2021). La época de la subienda también está presente en las memorias familiares. De acuerdo con la señora Martha, quien ha vivido cerca al malecón los últimos 36 años, “cuando estaba bien pequeñita, yo me acuerdo que pa los tiempos de la subienda eso subía muchísimo pescado, y uno los cogía con las manos, con los canastos, y uno no necesitaba de irlos a comprar, sino que uno mismo iba al río [...]. Muy chévere vivir por acá” (García, comunicación personal, 03 de octubre de 2021).

Los entrevistados vinculan el río como sustento para ellos y sus familias, en especial en los periodos de subienda. El señor Jorge Enrique, quien ha vivido 67 años en la ribera del río Magdalena, se reconoce como pescador de infancia y defensor de la pesca artesanal con anzuelo, cóngolo y atarraya. Al aprender el oficio de su padre, conoce los cambios cíclicos del río como un marcador temporal del ritmo vital tradicional entre los pescadores. De acuerdo a este régimen temporal que nace en el río, se establecen los mejores momentos para pescar y los tiempos de espera para recoger la atarraya sin que medie un reloj pues “en la canoa no hay hora” (Chávez, comunicación personal, 03 de octubre de 2021). Sin embargo, estableciendo relaciones entre el pasado y el presente mencionó que “ya no duran las subiendas como duraban primero tres meses, tres meses y medio, ahora duran una puntica. Lo que llamamos una punta dura por ahí cuatro, cinco días y se acabó. Y después ya la otra dentro de quince días, pues dura otros tres días, o cuatro o cinco. Y ahí, de resto no más” (Chávez, 2021). Pese a los cambios experimentados en la subienda, el río Magdalena prevalece como ruta cultural que vincula sus características físicas con las

prácticas, tradiciones y manifestaciones culturales, entre estas, Alejandro mencionó el festival de la subienda como el primer recuerdo personal del río.

“Me pareció algo espectacular porque se pesca de noche. Entonces bajé a la ribera del río y era fascinante ver todas las lucecitas que adornaban el río Magdalena. Y eran los mecheros de los pescadores, los mecheros que ellos tienen para iluminarse en las noches, y se ve cómo todo el camino del río está siendo decorado por esas lucecitas. Prácticamente es como si las estrellas se bajaran a tocar el río” (Vargas, 2021).

En relación con su apreciación sobre la importancia del río, se resaltó su relevancia comercial. El río Magdalena es considerado como “el epicentro de Colombia, es ese lugar en el que se empieza a entretrejer todo, la economía, la política, la geografía. El río marca la ocupación del país” (Vargas, 2021). El señor Milton también retomó el papel primordial del río en el transporte de mercancías antes de la construcción masiva de carreteras. Con todo, como mencionó él, existen proyectos para dragar los sedimentos del río y así poder renovar la navegación a gran escala, pero con fines turísticos, ámbito en el que él también se desempeña.

Llama la atención que los entrevistados no limitaron la importancia del río a la ciudad de Honda, sino que reconocieron que el Magdalena pasa por todo el país, “nace en el páramo de las papas, ahí se viene de ahí pa’ bajo recogiendo más ríos, y se va aumentando, se va aumentando, y llega a Barranquilla a Bocas de ceniza y ya ahí termina su recorrido” (Chávez, 2021). Teniendo esto presente, los entrevistados mencionaron la importancia de mejorar las prácticas cotidianas de limpieza en torno al río en cuanto al manejo de desechos, ya que en este se vinculan otros oficios como el del *moino*, quien compra el pescado en las orillas del río y lo revende en la plaza de mercado; también el de *las tajadoras de pescado* quienes, junto al pescador, conforman la dupla principal de la seguridad alimentaria pues “el hombre pesca toda la noche y lo saca en la

madrugada, se lo entrega a su esposa, quien lo arregla y lo vende en el mercado. Entonces es un tema de dos, una dualidad, es la familia de los pescadores la que provee la seguridad alimentaria para el territorio” (Vargas, 2021). También es relevante la resignificación de los materiales que arrastra el río como fuentes de ingresos para las familias, ya sea en la recolección de arena y gravilla, o en la leña.

Las experiencias vitales en torno al río Magdalena construyen puentes afectivos entre las poblaciones ribereñas a lo largo del recorrido del mismo. Lo anterior queda patente en la preocupación del señor Jorge Enrique en cuidar y conservar las prácticas artesanales de pesca, impidiendo la pesca de la semilla o el pescado que no ha alcanzado la madurez. “Nosotros de pescadores, debemos coger el pescado, un bagre bonito, pero hay gente que coge un bagrecito así, se lo lleva pa la plaza pal sustento de sus hijos y no tiene más. Yo, de pescador, cojo una muelita así, la suelto, una picudita la suelto. Porque sé que ese animal no lo cojo yo, pero lo va a coger otro pescador más adelante, más grande, ya que valga 20 mil, o 30 mil pesitos. Entonces eso es lo que debemos hacer nosotros los pescadores, cuidar el río y cuidar la fauna del pescado” (Chávez, 2021).

Finalmente, en cuanto a los significados y las imágenes sobre el río, el componente emocional está presente en definiciones como “yo lo veo y pues a mí me parece muy bonito” (García, 2021), “yo vivo muy contento aquí en la orilla del río, porque el río me dio mi sustento pa mis hijos, pa mis cinco hijos sacarlos adelante. Ella es mi esposa, y yo saqué a mis hijos adelante con el sudor de mi frente y con pesca, y cuando se acababa me iba a trabajar en construcción, venía y pescaba, me bañaba con mis hijos, los enseñé a nadar” (Chávez, 2021), y “para mí el río es como la vida. Entonces podemos hablar que cuando en su nacimiento tiene unas características. El río siempre está naciendo y siempre está muriendo. En sus inicios es como un adolescente, cuando uno es joven, impetuoso arrojado. Pero también es crecimiento, él va conociendo a Colombia y

mientras más recorre más aprende, más sabio se hace. Tal vez con una característica como más tranquilo, aunque en algunas partes tiene sus rápidos” (Vargas, 2021). Sin embargo, las memorias sensitivas respecto al color del río llaman la atención al tomar su color café propio de las épocas de lluvias (al aumentar la corriente y el arrastre de sedimentos) como característica de aguas contaminadas.

Las preguntas realizadas en la entrevista propiciaron un diálogo con los pescadores a partir de la experiencia sensitiva y las memorias relacionadas con su apropiación y usos del río Magdalena. De acuerdo con los supuestos teóricos de las pedagogías críticas, esta validación de las memorias y la experiencia vital deviene en la resignificación y reconstrucción de imaginarios contruidos en una extensión temporal extensa, en donde las dinámicas cíclicas del río han sido la base en la que se entretrejen las prácticas culturales de las familias ribereñas, el punto vinculante en el que se comprenden sus propias experiencias, se reflexiona sobre actitudes y comportamientos que van en detrimento del río y la vida en comunidad, y en el que se proyectan sus expectativas de futuro a nivel familiar y comunitario.

Las reflexiones brindadas por los pescadores permitieron un acercamiento a la apropiación del río Magdalena por parte de una generación de mediada y avanzada edad en la ciudad de Honda, por lo que los talleres fueron pensados para conectar esas concepciones del río con las construidas por los niños y niñas en la actualidad, partiendo de la resignificación del río Magdalena como un proceso en el que se involucra el pasado, presente y futuro de la cultura fluvial. Teniendo esto presente, los talleres se estructuraron en tres ejes: memorias personales sobre el río Magdalena, características geohistóricas del río, y la vida ribereña en el Alto Magdalena.

Sesión 2. Taller 1		
Dirigido a: niños, niñas y jóvenes visitantes del Museo del río Magdalena, en Honda Tolima.	Tiempo: 120 minutos	Edad: niños, niñas y entre los 6 y los 12 años.
Tema: Recuerdos y memorias personales en torno al río Magdalena.		
Objetivo general: analizar las memorias sensitivas de los niños y niñas de Honda, participantes en el taller.		
Objetivo específico: relacionar las apropiaciones históricas del río Magdalena con la cotidianidad de los niños y niñas de Honda, participantes en el taller.		
Estrategia: cartografía temática de creación colectiva.		
Recursos: hojas de papel, colores, vendas para los ojos.		

Matriz de planeación del taller			
Fases	Contenido	Secuencia de actividades	Duración
Saludo y presentación	Socialización de los talleres propuestos.	1. Espacio de socialización entre la docente en formación y los niños y niñas visitantes del Museo del río Magdalena. 2. Presentación personal y explicación de los objetivos, los temas y las actividades de los talleres.	15 minutos
Sensibilización	Recuerdos de la Nueva Granada, Pierre D'Espagnat	3. Se propone la lectura de un fragmento de la crónica, resaltando la forma en que el viajero describió su primer encuentro con el río Magdalena.	20 minutos
Recuerdos personales sobre el río.	¿Qué recuerdo del río Magdalena?	4. Se pregunta a los niños qué les han enseñado en la escuela y en su familia sobre el río Magdalena.	20 minutos
Exposición teórica		5. La docente contextualiza el relato leído del viajero.	20 minutos

		<p>Invita a los niños a resaltar los detalles que más les llamen la atención del texto, y se explican los conceptos y comparaciones que el cronista utiliza para retratar el río.</p>	
Ejercicio final		<p>6. Se invita a los niños a cubrir sus ojos mientras se les formulan las siguientes preguntas:</p> <p>¿Cuál es tu primer recuerdo del río Magdalena?</p> <p>Con base en sus respuestas intervienen con convenciones propias un mapa del río Magdalena en su paso por Honda.</p>	30 minutos
Actividad de retroalimentación		<p>7. Los niños explican su cartografía y muestran por qué el río es importante para ellos.</p>	15 minutos
<p>Referencia: D'Espagnat, P. (1942). Recuerdos de la Nueva Granada. Bogotá. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Obtenido de: https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/2224</p>			

Este taller se realizó en dos sesiones. Los preparativos para el viaje comenzaban la noche anterior con la organización del material y los tiempos que se dedicarían a cada fase del taller. El día sábado 12 de febrero salí de casa a las 4:00 am en dirección al terminal de transportes, esperando la ruta que sale a las 5:00 am, cubriendo la ruta La Vega-Villeta-Guaduas-Honda-La Dorada. Como lo entendería más adelante, las cuatro horas aproximadas que separan Bogotá del puerto tolimense están sujetas a los intereses de la empresa por conseguir más pasajeros y, con mayor frecuencia, al

estado de las vías. Tal y como en el siglo XIX el paso por el camino de herradura que conectaba el Alto del Sargento con la Villa de Guaduas, suponía un riesgo en ocasiones mortal para los viajeros por los abismos y derrumbes frecuentes. La carretera actual es susceptible de ser transitada a un carril o ser bloqueada por completo, a raíz de los derrumbes ocasionados por las lluvias. Por lo tanto, la hora de llegada a Honda siempre estuvo a merced de estas continuidades geohistóricas y permanencias en la infraestructura.

En la primera sesión, el taller se realizó con una familia colombo ecuatoriana y sus dos hijos J. F. y J. Con ellos se realizó la lectura y análisis del siguiente fragmento de la crónica del francés Pierre D'Espagnat:

Taller 1. Cartografía de los sentidos.

¿Qué recordamos del río Magdalena?

Crónica del siglo XIX: Recuerdos de la Nueva Granada, de Pierre D'Espagnat.

Al día siguiente, siempre fiel a su cita con la aurora, nuestra curiosidad de viajeros impacientes traba curiosidad con el camino que voy a seguir, con el turbio y magnífico Magdalena.

Para penetrar en el interior de este país la costa caribe no ofrece más, en efecto, que una sola vía; pero ésta es grandiosa. Es realmente la avenida natural de ese Capitolio que el Tolima, rey del aire helado y de las nieves, corona, allá en el corazón de Colombia. Nos ofrece a nuestros mismos pies un caño que subdividido a su vez, hasta en el más insignificante de sus arroyuelos, que sirve de galería minúscula y tortuosa para los desfiles de patos, conserva una parte de su fuerza, se siente el Magdalena. Este se nos aparece por fin. Desde los confines del horizonte, ancho y poderoso como un brazo de mar, se exhibe, pasa. Toda su masa tranquila corre con una soberbia hija de las cimas de donde desciende. En sus aguas, que son por eso perpetuamente amarillas y limosas, arrastra algo de sus montañas y es para sus márgenes un Nilo de fertilidad. Al contemplarle tan apacible y colosal a trescientas cuarenta leguas de la roca aérea de donde rezuma su primera gota, se evocan con una inquietud respetuosa las extensiones que atraviesa; se presiente detrás de las lejanías cerradas la sucesión de esas zonas distintas, tan salvajes y tan grandes, que el hombre no ha podido aun recorrerlas todas; abajo la de las selvas, la luminosa y la arisca; más arriba la de los cultivos y la de las ciudades y, en fin, dejando atrás a todas, la de las montañas, cuyas últimas y supremas estribaciones no reciben, ni siquiera, la visita de las águilas, y no tienen por vecinos más que a las estrellas.

Preguntas iniciales:

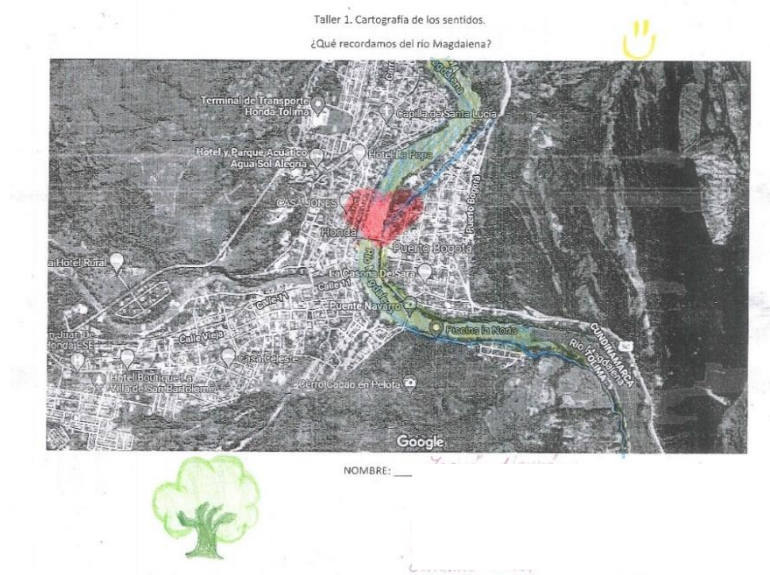
¿Qué elementos destaca el viajero de su primera vez en el Magdalena?

¿Con qué otros escenarios el viajero compara la vista del río Magdalena?

Referencia.

D'Espagnat, P. (1942). Recuerdos de la Nueva Granada- Pierre D'Espagnat. Bogotá. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Obtenido de: <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/2224>

Durante la construcción de la cartografía de los sentidos, el papá mencionó que lo primero que recordaba del río era el olor a pescado. El abuelo, por su parte, recordaba su majestuosidad y grandeza. La madre mencionó que conoció el río en Girardot y le llamó la atención su quietud. También explicó que los ríos de Loja, región de donde viene su familia en Ecuador, suelen ser cristalinos, y que el amarillo del Magdalena le impresionó, pero le recordó su niñez en familia. Por ello en el mapa el río fue coloreado de azul (por los ríos del Ecuador) y amarillo (por el color del Magdalena) junto a un corazón por los sentimientos familiares que conectan los ríos. También dibujaron un árbol que, de acuerdo a su explicación, tenía relación tanto con la diferencia ecosistémica del río en distintas zonas, como con la diferencia que encontraron entre la majestuosidad en la vegetación de la que habla D'Espagnat y la que hoy se observa en el valle del río. Sin embargo, como mencionó el abuelo, "defender el río debe ser prioridad de cualquier gobierno".



Cartografía elaborada por la familia Narváez Maza.

La segunda sesión se realizó el día 19 de febrero de 2022. Ese sábado conté con la *fortuna* de ser transportada por un conductor que iba a gran velocidad en la flota. Aunque con otros pasajeros temíamos un accidente, logré llegar a las 9:30 am a la ciudad de Honda, que para esos días se encontraba lluviosa y con una temperatura más baja de lo regular. La subienda estaba empezando y el río, por la lluvia de las noches anteriores, me recibía con mucha más fuerza.

A esta sesión asistieron S. M. de 8 años, Y. V. de 12 años, Lujan Nataly Quintero Aldana de 8 años, y Gerónimo Quintero Aldana de 6 años. Tras presentarme, les pregunté en qué curso estaban, cuál era su materia favorita, y qué temas veían en ciencias sociales (centrados en símbolos patrios y educación cívica). Con ayuda del rompecabezas del mapa de Colombia de la biblioteca del museo, se ubicó el nacimiento del río y el camino que recorre hasta Honda. Les pregunté a los niños, ¿un río puede tener historia? Con las coordenadas del río en la mente, procedimos a leer la crónica de D'Espagnat y a explicar en qué consiste una crónica de viaje y la importancia de conocer los registros de aquellos que viajaron.



Fotografías de la segunda sesión del Taller 1.

Durante la construcción de la cartografía, Gerónimo mencionó que su primer recuerdo es un día de pesca junto a su familia. En sus palabras fue un día excelente.

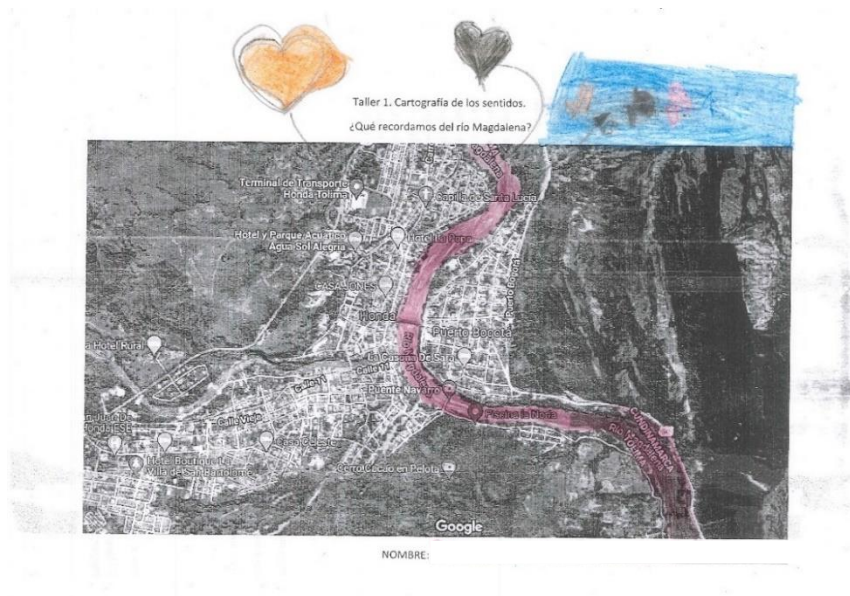


Cartografía elaborada por Gerónimo Quintero Aldana.

Y. V. también asoció ese primer recuerdo a la pesca y venta de pescado junto con sus padres. S. M. complementó el relato de su hermana diciendo que esa primera vez en el río Magdalena ella cogió un bocachico y su hermana un nicuro grande.



Cartografía elaborada por Y. V.



Cartografía elaborada por S. M.

Lujan Nataly, por su parte, no sabía cómo se llamaba el río, pero lo identificó por un puente llamado “Puente del río Magdalena”, y nado en él.



Cartografía elaborada por Lujan Nataly Quintero Aldana.

Los niños también recordaron cómo los mosquitos les picaban las piernas y los brazos causándoles inflamación. En la cartografía incluyeron dibujos alusivos a su familia, a peces, mosquitos y la vegetación observada. Al igual que las crónicas viajeras del siglo XIX, la vegetación y la fauna presente en la ribera del río deja huella en quien la visita y aún supone un problema para los viajeros que no están acostumbrados a los insectos que se esconden en medio de la flora, siendo parte de la experiencia de viajar hacia las tierras *calientes*. El paisaje del río es observado y representado a partir de los ecosistemas que posibilita y las oportunidades y retos a los que se enfrentan los grupos sociales en su adaptación a este entorno.

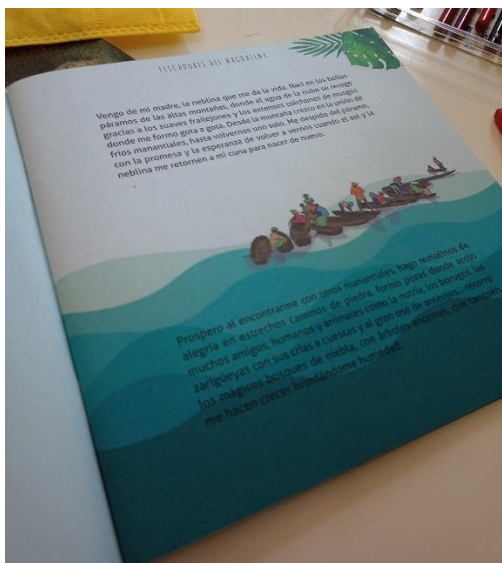
Sesión 3. Taller 2		
Dirigido a: niños, niñas y jóvenes visitantes del Museo del río Magdalena, en Honda Tolima.	Tiempo: 115 minutos	Edad: niños, niñas y entre los 6 y los 12 años.
Tema: Representaciones e imaginarios desde la geografía del río Magdalena.		
Objetivo general: identificar las características geográficas y medio ambientales del recorrido del río Magdalena.		
Objetivo específico: diferenciar el comportamiento de la cuenca del río Magdalena en sus etapas de recorrido.		
Estrategia: Dibujo y relato oral.		
Recursos: hojas de papel, colores.		

Matriz de planeación del taller			
Fases	Contenido	Secuencia de actividades	Duración
Saludo. Retomar temas de la sesión anterior.	Continuación de la sesión anterior.	1. Síntesis de las actividades realizadas en la sesión anterior y los recuerdos sobre el río.	20 minutos
Sensibilización	Soy el río. Pescadores del Magdalena. Historias de la gente del río.	2. Se invita a los niños a realizar la lectura del fragmento, haciendo pausas a medida que el río-personaje, cambia de escenario.	20 minutos
Explicación teórica	¿Dónde nace el río Magdalena?	3. De acuerdo a la lectura realizada se pregunta a los niños dónde nace el río Magdalena. Para ejemplificar el recorrido del río, se hace uso de la pintura Paisaje de páramo. Lugar de nacimiento del Río Magdalena. (Landazábal).	20 minutos

Ejercicio		4. Se propone a los niños dibujar el nacimiento del río con la fauna y la flora representativa de la alta montaña.	40 minutos
Actividad de cierre		5. Se realiza la lectura del mito <i>La llorona</i> , retomando aspectos geográficos presentes en el mito.	15 minutos
Referencias: ICAHN y Fundación ALMA (2018). <i>Soy el río. Pescadores del Magdalena. Historias de la gente del río</i> . Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Martínez, G. (2006). <i>Mitos del Alto Magdalena</i> . Bogotá: Trilce Editores, Altazor Editores.			

Este taller se realizó en dos sesiones. La primera sesión se llevó a cabo el sábado 26 de febrero de 2022. Debido a accidentes en la carretera, la vía Villeta-Honda estuvo bloqueada más de una hora. Por esta razón la llegada al museo se retrasó media hora. Ese día se contó con la participación de las niñas S. M. y Y. V. Tras preguntarles cómo estaban, se retomó lo realizado en la sesión anterior. S. M. recordó aspectos dialogados sobre las memorias familiares, la pesca y el río Magdalena.

Se realizó la lectura del capítulo *Soy el río* (ICAHN y Fundación ALMA, 2018), propuesto para sensibilización, enfatizando en el relato que el río, como personaje principal, hace del lugar de su nacimiento, las temperaturas que experimenta en su primera etapa y los tipos de animales y vegetación que le acompañan.



Fotografías de la primera sesión del Taller 2.

Las niñas realizaron la lectura y comentaron parte de la lectura relacionándola con la importancia de la lluvia en la corriente del río y su recorrido desde la alta montaña, como lo representaron en sus dibujos.



Dibujo del nacimiento del río elaborado por Y. V.



Dibujo elaborado por S. M.

La actividad se vio interrumpida cuando una de las niñas decidió realizar otro tipo de actividades en el museo, lo cual supuso un reto, en tanto se buscaba crear un espacio agradable y propicio para el diálogo. En aras de respetar la autonomía de la niña, no se presionó su participación, de modo que, tras realizar sus dibujos en representación del nacimiento del río, las niñas no pudieron explicar su dibujo.

El sábado 05 de marzo de 2022 se continuó con el taller. Sumado al difícil acceso a la ciudad de Honda por el estado de las vías, ese fin de semana la cobertura celular se vio afectada debido a las fuertes lluvias que habían caído sobre la ciudad. Además, en conmemoración de la fundación de Honda el 04 de marzo, el día sábado se hicieron actividades, por lo que los niños no pudieron asistir. Con todo, la señora Diana Muriel aguardó en el museo junto a su hija, María Clara Vélez Muriel, de 6 años.

Al ser el primer taller al que asistía María Clara, le pregunté si en el colegio le habían enseñado aspectos generales del río, a lo que respondió negativamente. Iniciamos una lectura turnada del cuento *Soy el río* (ICAHN y Fundación ALMA, 2018).



Fotografías de la segunda sesión del Taller 2.

María Clara relacionó el nacimiento del río con el nacimiento del bebé, que causó honda impresión en ella al aprenderlo en el colegio. Así, la Laguna de la Magdalena fue explicada como ese bebé pequeño que después se va haciendo grande y, mientras crece, atrae a las personas, las acoge para refrescarse y para las viviendas. Con el fin de ejemplificar el ambiente que rodea el nacimiento del río, se realizó la observación de la pintura del maestro Landazábal, ubicada en el museo:

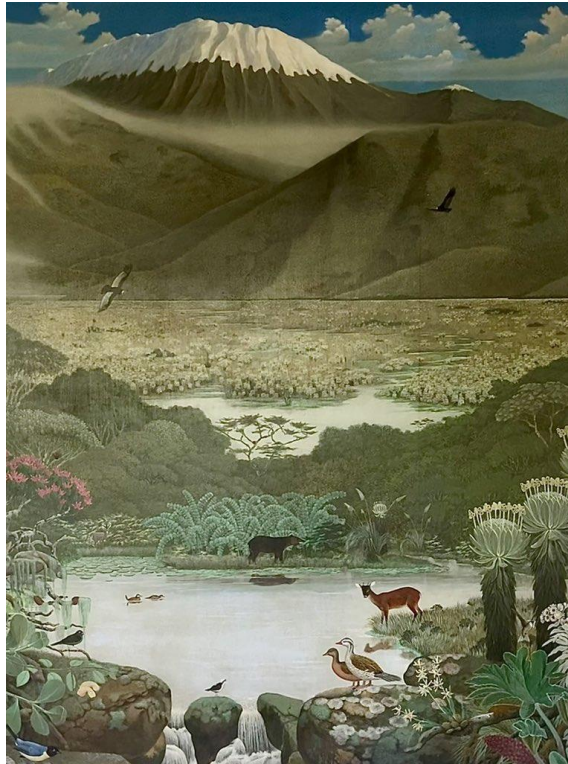


Ilustración 15. Nacimiento del río Magdalena (Landazábal, 1997).

María Clara elaboró una representación del Páramo de las papas, en donde aparece la Laguna de la Magdalena, y dos mariposas, un ciervo y un conejo en representación de la fauna existente en el páramo y la importancia del río para su subsistencia. Como actividad de cierre se realizó la lectura del mito *La llorona* (Martínez, 2006), resaltando los elementos geográficos del río presentes en el mito y aclarando términos usados en el relato que resultaban desconocidos.



Dibujos sobre el nacimiento del río Magdalena y el mito de *La llorona* realizados por María Clara Vélez Muriel.

Sesión 4. Taller 3		
Dirigido a: niños, niñas y jóvenes visitantes del Museo del río Magdalena, en Honda Tolima.	Tiempo: 120 minutos	Edad: niños y niñas entre los 6 y los 12 años.
Tema: Representaciones e imaginarios desde la geografía del río.		
Objetivo general: caracterizar la cotidianidad de la vida ribereña desde la vestimenta, los oficios y la comida.		
Objetivo específico: explorar las representaciones e imaginarios que se tienen de la vida ribereña en distintos puntos del recorrido del río Magdalena.		
Estrategia: Pintura.		
Recursos: témperas, pinceles, agua, colores, hojas de papel.		

Matriz de planeación del taller			
Fases	Contenido	Secuencia de actividades	Duración
Saludo. Retomar temas de la sesión anterior.	Continuación de la sesión anterior.	1. Con base en los dibujos realizados, se puntualizan elementos geográficos del río Magdalena.	20 minutos
Sensibilización	Vídeo: Conoce los páramos de Colombia	2. Se presenta un vídeo que ejemplifica el ambiente de páramo en el que nacen los ríos, y su importancia sociohistórica	
Ejercicio	¿Cómo es la vida en la alta montaña y en las tierras de menos altura?	3. Una vez se solucionan las inquietudes de los niños, se les invita a imaginar dos escenarios de su vida adulta: en uno su vida transcurre en el páramo, y en el otro viven en Honda. En ambos deben preguntarse: ¿Qué ropa usaría? ¿Qué	

		<p>alimentos consumiría? ¿En qué trabajaría?</p> <p>4. Conforme van acabando su representación, los niños explican los elementos de su creación.</p> <p>5. Al finalizar se muestra a los niños una acuarela de la ciudad de Honda del siglo XIX y se analiza con ellos las similitudes y diferencias que encuentran entre la imagen y su vida cotidiana.</p>	
Actividad de retroalimentación		<p>6. Se realiza la lectura del mito <i>La Madremonte</i>, retomando aspectos geográficos presentes en el mito.</p>	
<p>Referencias: Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible – Colombia (28 de marzo de 2016). <i>Conoce los páramos de Colombia</i>. [Archivo de Vídeo]. https://youtu.be/ZiVLYsyqtUM</p> <p>Martínez, G. (2006). <i>Mitos del Alto Magdalena</i>. Bogotá: Trilce Editores, Altazor Editores.</p>			

El taller 3 se realizó en una sola sesión, el sábado 19 de marzo de 2022. Esta sesión coincidió con el puente festivo del 21 de marzo, luego el flujo de pasajeros hacia Villeta, Honda y La Dorada aumentó ostensiblemente, la hora de salida se prolongó y la llegada a Honda tardó una vez más. Sin embargo, he de mencionar que la espera por llegar a Honda, si bien me preocupaba

por los niños que esperaban, hacía que la emoción aumentara al divisar de nuevo el río Magdalena, metros después de pasar el peaje Bicentenario y la intersección con la vía Cambao-Honda.

A esta sesión asistieron María Clara Vélez Muriel, de 6 años, y L. D., de 11 años. Como era la primera sesión de L. D., vi importante indagar sobre los contenidos que habían abordado en su clase de ciencias sociales. Ella mencionó que había estudiado los planetas y el sistema solar, pero el tema del río Magdalena no había sido tema en sus clases. Se contextualizó a L. D sobre los temas tratados en las sesiones anteriores, relacionadas con el nacimiento del río y características importantes de su recorrido desde el páramo de Las papas.

Las niñas observaron el vídeo *Conoce los páramos de Colombia*, (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2016). Se puntualizó en aspectos como la altura media de los páramos, el tipo de vegetación y fauna que se encuentra allí, y la importancia socioambiental de su existencia. También se hizo énfasis en el ciclo hidrológico y el régimen de lluvias como aspectos ambientales involucrados en la historia del río.



Fotografías del Taller 3.

Para abordar las representaciones e imaginarios de la vida ribereña, las niñas realizaron una pintura en donde daban respuesta a la siguiente pregunta: Si viviera en el páramo de las papas, ¿Qué ropa usaría? ¿Qué alimentos consumiría? ¿En qué trabajaría? María Clara centró su atención en el chaleco de lana como prenda de vestir de clima frío; comería manzanas y fresas, y bebería jugos de frutas porque en el páramo hay mucha vegetación; y trabajaría en la recolección de naranjas y moras para su venta. También dibujó el sol, porque gracias al sol llueve y la vegetación del páramo se vuelve más grande.



Representación pictórica montaña alta realizado por María Clara Vélez Muriel.

L. D. se enfocó en chalecos y pantalones largos, por la picadura de mosquitos; comería frutas, y bebería jugos a base de frutas; trabajaría en la construcción de su casa con madera obtenida de la montaña, y pescaría en un bote.



Representación pictórica montaña alta realizado por L. D.

Para contrastar lo que las niñas mencionaron sobre la vida en el páramo, se propuso el mismo ejercicio, pero enfocado a cómo ellas imaginaban su vida de adultas en Honda, a la orilla del valle del río Magdalena. En esta ocasión, María Clara se enfocó en el uso del vestido porque en Honda es necesario tener ropa fresca; comería fruta, comidas de restaurante y pescado porque es un alimento que ha consumido desde pequeña y le gusta; y trabajaría como veterinaria. También representó a las nubes (en sus palabras, una forma de vida del agua); “La charca de Guarinocito”, en La Dorada, lugar en donde ha viajado con su familia; y el sol y el pasto en representación de la vida.



Representación pictórica Honda realizado por María Clara Vélez Muriel.

L. D, por su parte, dibujó ropa similar a la que usa cotidianamente, de tela delgada y pantaloneta porque, a diferencia del páramo, no hay tanta vegetación; visitaría el río, pescaría en él, y trabajaría cuidando plantas y rescatando perros; comería pescado, carne, vegetales y frutas.



Representación pictórica Honda realizado por L. D.

Finalizando esta actividad, las niñas observaron la acuarela *Entrada del mercado de Honda* del viajero François Désiré Roulin:



Ilustración 16. Entrada del mercado de Honda (Désiré Roulin, 1823).

Siguiendo con la actividad reflexiva, las niñas identificaron continuidades en la infraestructura de la ciudad, con casas de techo alto que refresca el ambiente, y en prácticas como la pesca, pero también se centraron en las diferencias del vestir y el estado de las calles de la ciudad. Como actividad de cierre, se realizó la lectura del mito *La Madremonte* (Martínez, 2006), en donde las niñas resaltaron la defensa de la montaña ejercida por este ser mitológico ante la amenaza de los taladores de bosques y los cazadores de animales.



Fotografía de la lectura del mito de *La Madremonte*, en la exposición permanente del Museo.

Sesión 5. Taller 4		
Dirigido a: niños, niñas y jóvenes visitantes del Museo del río Magdalena, en Honda Tolima.	Tiempo: 120 minutos	Edad: niños, niñas y entre los 6 y los 12 años.
Tema: El río Magdalena y la comunicación. La navegación		
Objetivo general: explorar las conexiones facilitadas por el río y los regímenes espacio - temporales marcados por este.		
Objetivo específico: analizar las formas espacio temporales de vinculación con el río a través de la navegación y los navegantes del río Magdalena.		
Estrategia: carrera de observación, pintura y dibujo.		
Recursos: témperas, pinceles, agua, colores, hojas de papel.		

Matriz de planeación del taller			
Fases	Contenido	Secuencia de actividades	Duración
Saludo. Retomar temas de la sesión anterior.	Contenido de la sesión anterior.	1. Se realiza un resumen de los temas abordados en la sesión anterior en relación con los imaginarios de la vida ribereña.	20 minutos
Sensibilización	Vídeo: Los saberes de la gente del río: bogas. El río: territorios posibles	2. Se realiza un recorrido por la sala de exposiciones del museo dedicada a la navegación y se explica el uso de las balsas, los champanes, los buques a vapor. Para profundizar en el oficio de bogar, se presenta el vídeo para contextualizar las implicaciones de navegar el río.	

Ejercicio		3. Se propone una carrera de observación, con base en lo dialogado en el recorrido, enfocada en buscar y explicar objetos de valor que eran transportados en balsas; objetos urgentes y necesarios transportados en champanes.	
Actividad de retroalimentación		4. Representación pictórica de aspectos sobresalientes de la navegación en el río Magdalena.	
Referencia: Banrepcultural (22 de abril de 2021). Los saberes de la gente del río: bogas El río: territorios posibles. [Archivo de Vídeo]. https://youtu.be/Vj2dXavtZmo			

El taller 4 se realizó el día 26 de marzo de 2022. Contario a las anteriores experiencias, ese día el recorrido hacia Honda no presentó problemas en la vía y logré llegar en el tiempo previsto. Debido a la temporada de lluvias, el ambiente de la ciudad presentaba mayor humedad que de costumbre y la corriente de los ríos Magdalena y Gualí era más fuerte con un cauce más profundo, por lo que en el malecón la playa de hace unos meses estaba cubierta completamente de agua.

Ese día se contó con la participación de María Clara Vélez, y las hermanas Moreno Ricaurte, Lauren Valentina de 5 años, Emily Sofía de 9 años y Litzy Yuliana de 11 años, quien compartió lo que ha visto en clase de ciencias sociales sobre el río: las aves que se han extinguido, los mapas que se perdieron y el barco que se destruyó. Con el fin de contextualizar el taller, se hizo un resumen sobre los temas tratados anteriormente.

En la sesión se hizo un recorrido conversado por la exposición permanente del museo dedicada a la navegación en el río. Como se observa en las fotografías del taller 4, las niñas pudieron interactuar con la mercancía que se llevaba en las balsas, en los champanes, las piraguas, los buques y barcos a vapor, centrando la atención en los tiempos que tardaba el recorrido en estas embarcaciones, qué tipo de mercancía era transportada y, en especial, quiénes eran los rostros detrás de la navegación en el río.



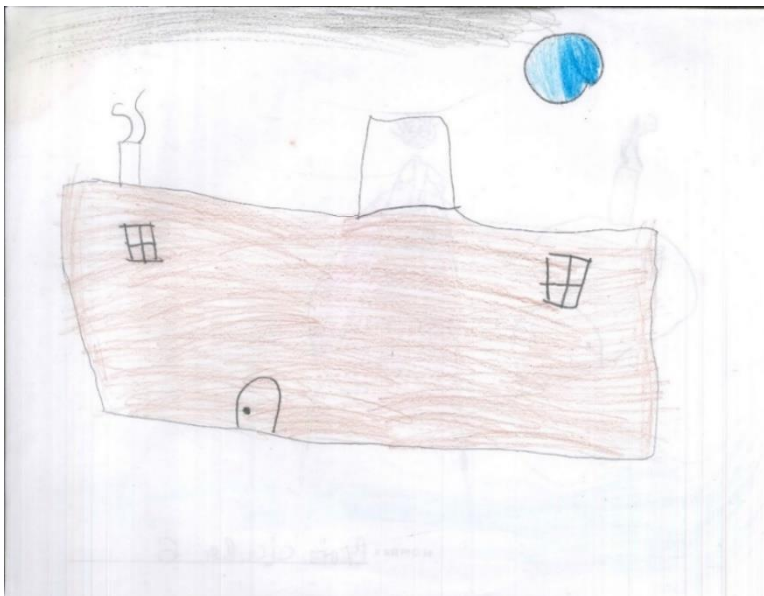
Fotografías del Taller 4.

Con el fin de profundizar en lo explicado en el recorrido, las niñas observaron el vídeo *Los saberes de la gente del río: bogas* (Banco de la República, 2021), en donde se describe al día a día de los bogas, los peligros que enfrentaban y la importancia de su trabajo. Al final de la explicación, se realizó una carrera de observación en donde las niñas se dividieron en dos grupos y debían buscar:

1. Un objeto transportado en balsas y que los balseiros debían proteger del agua.
2. Objeto transportado en los vapores que era fundamental para distintas ciudades del país.

Como actividad de retroalimentación se propuso realizar un ejercicio pictórico en el que las niñas pudieran plasmar lo abordado en la sesión. María Clara dibujó un boga manejando un champán, como protagonista de la escena, y un vapor mucho más grande pero sin rostros visibles.





Representación pictórica navegación por el río Magdalena realizado por María Clara Vélez Muriel.

Lauren creó una historia en la que un boga viajaba de noche, se enfrentaba a caimanes y se arropaba en la arena para poder dormir y no sentir frío.



Representación pictórica navegación por el río Magdalena realizado por Lauren Valentina Moreno Ricaurte.

Emily dibujó el viaje nocturno de un pescador que encontraba al lado del río un árbol con grandes frutos que le servían como sustento durante la jornada de pesca.



Representación pictórica navegación por el río Magdalena realizado por Emily Sofía Moreno Ricaurte.

Litzy dibujó un boga navegando de noche en un río tranquilo, acompañado de una vegetación sosegada y un cielo estrellado que acompañan el paisaje del navegante.



Representación pictórica navegación por el río Magdalena realizado por Litzy Yuliana Moreno Ricaurte

3.6 Sistematización y análisis

3.6.1 Análisis de las entrevistas a habitantes de Honda

En las entrevistas es relevante la pesca como un oficio primordial, ligado a los significados posibles del río. El río sustento, el río alimento, el río como espacio de recuerdos familiares al que se conectan otras dinámicas de los pueblos de la ribera.

De acuerdo a los entrevistados, el río Magdalena, como un marcador temporal vital, es el que organiza la cotidianidad de los habitantes del río, quienes conocen sus propios ciclos y, con base en estos, establecen los mejores momentos para la pesca, los tiempos de espera en la jornada laboral que no corresponde a un horario fijo, sino que parte del profundo conocimiento del río y sus cambios.

Lejos de la indiferencia y pereza con la que los ojos decimonónicos vieron al valle del río Magdalena, desde entonces los pobladores han resignificado las características físicas del río, aprovechando sus sedimentos para dragar la arena y la gravilla para su comercio, recoger la madera que arrastra la corriente, y estar prestos a desempeñar otras actividades alternas durante los tiempos de vidrio o escases de peses, como la guía turística en lanchas, la construcción y la pintura.

Son estos pueblos quienes han visto de primera mano las consecuencias de la intervención antrópica del río con la construcción de las hidroeléctricas del Alto Magdalena (Betania y Quimbo), así como la falta de regulación en la pesca. Con todo, las redes de apoyo de los pescadores se mantienen en pro de la protección y conservación de las prácticas tradicionales de pesca. Por ello insisten en el cuidado ambiental del río y de las riberas, y promueven la pesca del pez en su etapa madura para que las especies puedan reproducirse, como parte de una conexión afectiva y

simbólica entre familias de pescadores que a lo largo del río comparten una vida anclada a los tiempos de este.

3.6.2 Análisis de los talleres realizados

De acuerdo con los objetivos trazados en cada taller se analizaron los trabajos realizados por los niños y sus comentarios en cada jornada. En relación con el Taller 1, resultó interesante vincular sus primeros recuerdos del río Magdalena con la lectura del primer encuentro con el río de D'Espagnat, viajero francés del siglo XIX, pues motivó la exploración de las apreciaciones de los niños sobre el río. A partir de memorias sensitivas, los niños mencionaron que el río se relacionaba con el olor a pescado y su sabor, la pesca en familia, su recorrido por diferentes departamentos al ser observado en sus viajes y, especialmente, el color del río. A nivel visual prevaleció una perspectiva que relaciona las aguas cristalinas con un río agradable a la vista y limpio, mientras que el café significa suciedad.

En el Taller 2, se retomaron las conclusiones a las que llegaron los niños para analizar el nacimiento del río y su comportamiento durante la primera etapa del recorrido. Se explicó, con ayuda de mapas y pinturas del museo, el nacimiento del río en una laguna ubicada en un páramo (concepto que asociaron a series de televisión infantil como *Jorge el curioso*). Como los niños explicaban el color del río por el moho y por la contaminación, se acudió a mapas y cuadros del museo para explicar la velocidad con la que el río va bajando por la montaña y sus implicaciones en el arrastre de sedimentos y en la suma de otros ríos a su cauce. Con la lectura del mito de La llorona (Martínez, 2006), se pudo crear puentes analíticos entre el relato mitológico, otras versiones existentes y cómo estas cambian durante el recorrido del río (mencionando otros escenarios y diferentes razones del duelo de la protagonista), en un ejercicio de reapropiación de los ecosistemas diferenciados por los que transita el Magdalena.

En el Taller 3, se retomó la importancia de los páramos para el país a partir de la vegetación que crece en ellos y la protección del agua. Las niñas pudieron establecer las diferencias entre el páramo y el valle del Magdalena, y centraron sus análisis principalmente en la mayor cantidad de fauna y flora existente en el páramo frente a una presencia menor en Honda, y sus posibles relaciones con la temperatura. A partir de la propuesta reflexiva que indagaba sobre lo que comerían, vestirían y trabajarían en el páramo, resaltaron el consumo de frutas y actividades relacionadas con su siembra y recolección, logrando vincular este ecosistema con su importancia en la preservación de la vegetación. Por su parte, llevando el análisis a una expectativa futura de su vida en Honda y la relación con el río, la comida varió en tanto mencionaron comida de restaurantes y el pescado como lo principal, las frutas para refrescar el calor; en cuanto a los oficios, la pesca, el cuidado del río (promoviendo que las personas no arrojen basuras) y el rescate de animales abandonados en la calle fueron los escogidos por las niñas.

Las continuidades y cambios que las niñas observaron en la pintura de Désiré Roulin (ver Ilustración 16) propició el diálogo sobre la postura de las niñas respecto al lugar (páramo/Honda) en donde las personas podrían ser perezosas. Las niñas se fueron por dos posturas distintas. Por una parte, se mencionó que en Honda las personas eran más perezosas porque querían todo regalado y no querían trabajar, encontrado conexión con las altas temperaturas de la ciudad. Por otra parte, se propuso que serían más perezosas en el páramo porque, al estar en medio de tanta riqueza natural, no era necesario esforzarse mucho para conseguir alimento o los medios para vivir. En ambas posturas es posible rastrear permanencias históricas en relación con la valoración liberal del trabajo, ancladas en la noción de progreso y desarrollo analizadas en el capítulo 2, en donde el grado de aprovechamiento del potencial del entorno y de las capacidades físicas e intelectuales en pro de las ganancias económicas. La permanencia del imaginario sobre la relación entre temperatura y

disposición para el trabajo se proyecta incluso en la valía personal y el grado de éxito o fracaso obtenidos en las actividades que el territorio y sus características permiten.

A partir de sus respuestas, se volvió sobre los dibujos realizados por las niñas, en donde representaron actividades que denotaban tiempo, como la espera en la siembra y cosecha de alimentos y en la paciencia que implicaba la pesca, promoviendo las conexiones presentes entre los dos escenarios, más allá de las diferencias climáticas. Este análisis se profundizó con la lectura del mito La Madremonte (Martínez 2006), a partir del cual las niñas concluyeron que personajes como La Madremonte representan el cuidado del río desde su nacimiento en la alta montaña, y la importancia de preservar la vegetación y la fauna que acompaña al río en su recorrido.

En el Taller 4, se problematizaron las conexiones facilitadas por el río a partir del papel de las personas involucradas en la navegación del río Magdalena. En el recorrido por la parte del museo dedicada a este tema, se explicaron las dinámicas de la navegación en balsas, canoas, champanes, piraguas y barcos de vapor, resaltando los rostros detrás del cargue de mercancías, los que movían con la fuerza corporal las embarcaciones y cuidaban que nada se dañara. También se mostró el tiempo promedio que cada embarcación tardaba en llegar desde el mar Caribe hasta Honda, y lo que esto implicaba en la recepción de noticias, correspondencia o artículos importantes, configurando unas formas particulares de relación temporal con el río tanto en los pueblos ribereños, como en el resto del país.

En este ejercicio, se mostró el peso que cada embarcación era capaz de llevar, y las implicaciones en la vida de los navegantes el que el río aumentara su caudal, su velocidad, o bajara la cantidad del agua. También se usó el propio escenario del museo como antigua bodega de puerto para ejemplificar la cantidad de mercancía transportada por el río Magdalena y que eran hombres, mujeres y niños quienes la llevaban del barco al lugar de almacenamiento.

A partir de lo explicado en el recorrido, las niñas recrearon en dibujos la vida de un boga, en donde resaltaron los peligros a los que se enfrentaban, como la presencia de caimanes o el caerse del barco a causa del cansancio, así como sus momentos de descanso en la noche después de esforzarse durante el día bajo el sol abrasador.

Retomando los postulados principales de la pedagogía crítica, los talleres realizados promovieron un diálogo abierto y respetuoso sobre la percepción que los niños tienen del río Magdalena, dando lugar a reflexiones propositivas sobre los mismos. Durante las preguntas sobre los recuerdos del río, también les comenté mis primeros recuerdos y los sentimientos que evocaba en mí, lo que les dio mayor comodidad para comunicarse.

Una idea preconcebida fue que, al estar el río Magdalena presente en su vida cotidiana, los niños sabían su nacimiento y su recorrido. Sin embargo, la presencia fuerte de la relación río café=río sucio, permitió que en cada sesión se fueran incluyendo detalles geomorfológicos del río, para que los niños cuestionaran esa relación y enfocaran desde otro lugar el cuidado del río. En este proceso fue importante la vinculación con sus padres, a quienes les contaban lo trabajado en las sesiones y aportaban frentes de análisis en casa.

Desde la perspectiva de enseñanza de la historia reciente, se lograron conexiones entre el pasado remoto (la formación geomorfológica del río, la lectura de crónicas de viajeros y de mitos del alto Magdalena), el pasado reciente de los niños y el presente, contribuyó a proponer cambios de actitudes frente al río, frente a sus significados e importancia y propició diálogos que vincularan la proyección social a futuro a partir de las preguntas, ¿qué pasaría si deja de llover?, ¿qué pasaría con los ríos si los páramos dejan de existir?, ¿cómo puedo contribuir ahora y cuando sea mayor de edad en el cuidado del río Magdalena?

4. CONCLUSIONES

El abordaje de la historia del río Magdalena a partir de la geohistoria resulta relevante en la investigación histórica del país y en la enseñanza de la historia, en tanto evidencia la importancia de los procesos geomorfológicos en la conformación de la cuenca el río y sus posibilidades como sustento y como conexión de saberes, tradiciones, oficios y prácticas culturales. También demuestra el desconocimiento de los ciclos del río y sus características particulares, lo cual ha incidido en las dificultades para incluir al río Magdalena dentro de las proyecciones económicas del país de forma constante y a largo plazo.

La relación entre las pendientes de alta y media montaña con la rapidez del río en su primera etapa ha dificultado tradicionalmente la navegación; el transporte de sedimentos y el régimen bimodal de lluvias que han configurado un tiempo particular para la vida ribereña, en tanto diferencia los tiempos aptos para la navegación y para la pesca, y otros oficios que se vinculan al río como la reventa el pescado (el oficio del moino), las tajadoras de pescado y el dragado de la arena. Pese a la intervención antrópica del río, que ha modificado la subienda como un marcador temporal importante en la cultura fluvial, el río permanece como factor vinculante en el territorio, siendo la ruta de manifestaciones culturales y conexiones afectivas y solidarias entre familias de pescadores.

La caracterización etno climática del siglo XIX que obedecía a razones económicas de la élite liberal fundamentó una visión particular del río Magdalena y la población que vivía en su valle. A partir de la indagación documental en la prensa liberal del Alto Magdalena y escritos de personajes influyentes de la época, se evidenciaron posturas ambivalentes del río como la ruta principal para llevar al país hacia el progreso y la modernidad cosmopolita, y el río como un

territorio salvaje que debían regularse pues al presentar temperaturas elevadas y arrastrar sedimentos, era el caldo de cultivo perfecto para las enfermedades; situación que hacía que las personas que vivieran en su ribera fueran perezosas, de bajo intelecto, agresivas, introspectivas, indiferentes y, por lo tanto, frenaban el progreso de la nación.

Estos imaginarios se pusieron en tensión en el diseño e implementación de una propuesta pedagógica, construida desde el enfoque de las pedagogías críticas. El rango de edades, comprendidos entre los 5 años y los 12 años, evidenció distintitos niveles de apropiación del río Magdalena, así como en el nivel de complejidad de la enunciación de imaginarios sobre el río. No obstante, cada niño y niña ofreció un valioso testimonio sobre su experiencia vital en el río, imaginarios configurados a partir de las memorias familiares y campañas ambientales sobre el cuidado de este. Esto se evidenció en las explicaciones dadas por ellos al color del río, a las dinámicas posibles en la alta montaña y en el valle, y las proyecciones sociales frente al río y su importancia. La posibilidad de que los niños pudieran interactuar con elementos reales de la historia del río como esculturas de animales, cuadros y piezas usadas en la navegación, hizo que el espacio abierto por el Museo del río Magdalena fuese importante en esta investigación, por lo que considero relevante desde el campo formativo en investigación se continúe trabajando en la articulación de las ciencias sociales y su enseñanza.

En cuanto al trabajo que involucró la implementación de la propuesta, el transporte hacia Honda supuso la mayor dificultad, pues el tiempo de llegada dependía de la velocidad del conductor, el flujo de viajeros y las condiciones de la carretera, haciendo que los meses lluviosos de marzo y abril la vía Guaduas -Honda, estuviera bloqueada por derrumbes. ¿Qué procesos geográficos, históricos y sociales han incidido en que los caminos que conducen al río Magdalena sean los más transitados y a la vez los que mayor riesgo tienen? Todos los caminos conducen al

Magdalena. Por lo tanto, queda trazada una ruta para futuras investigaciones que aborden la zona de influencia del río Magdalena en su alta cuenca, vista desde los caminos y los puentes, a partir de las implicaciones geohistóricas de unir dos orillas de un mismo río.

5. BIBLIOGRAFÍA

Artículos

Andrade, M., García, M. (2016). Tiempo de vidrio y de abundancia. Saberes y oficios de la cultura fluvial en el Alto Magdalena, Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 73-87.

<http://journals.openedition.org/revestudsoc/9664>

Bárcenas, L., Del Valle, M. Mejía, J. (2020). Escritores sobre el río grande de la Magdalena (Colombia): memorias del agua. *Revista Iberoamericana*, 86(270), 109-129.

<https://revista->

[iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/7890/8006](https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/7890/8006)

Bernal, E. (2014). El río Magdalena: escenario primordial de la patria. *Revista Credencial Historia*, 10-24.

Bocarejo, D. (2018). Lo público de la Historia pública en Colombia: reflexiones desde el Río de la Patria y sus pobladores ribereños. *Historia Crítica*, (68), 67-91,

<https://doi.org/10.7440/historcrit68.2018.0>

Ferro, G. (2013). El río Magdalena. Territorio y cultura en movimiento. *Boletín Cultural y Biográfico*, 47(84), 4-35.

https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/116

Friede, J. (1979). Proceso de aculturación del indígena en Colombia. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 16(01), 9-27.

https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3712

- García, C. (2007) Las 'fiebres del Magdalena': medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana, 1859-1886. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 14 (01), 63-89.
- Gómez, J. (2000). Lugares y sentidos de la memoria indígena paez. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 167-202.
- Guerra, E. (2005). Norbert Elías y Fernando Braudel: dos miradas sobre el tiempo. *Argumentos*(48-49), 123-148.
- IDEAM. (s.f.). *Glaciares en Colombia..* IDEAM - Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales: <http://www.ideam.gov.co/web/ecosistemas/glaciares-colombia>
- IDEAM. (s.f.). *Volcán Nevado del Huila.* IDEAM - Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales: <http://www.ideam.gov.co/web/ecosistemas/volcan-nevado-huila>
- IDEAM. (s.f.). *Volcán Nevado del Tolima.* IDEAM - Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales: <http://www.ideam.gov.co/web/ecosistemas/volcan-nevado-tolima>
- IDEAM. (s.f.). *Volcán Nevado Santa Isabel.* IDEAM - Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales: <http://www.ideam.gov.co/web/ecosistemas/volcan-nevado-santa-isabel>
- Jaramillo, J. (1964). La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores: primera parte. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*(2), 239-293. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/29632>

Márquez, G.(2016). Un río difícil. El Magdalena: historia ambiental, navegabilidad y desarrollo.

Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe, (28), 29-60.

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85545264003>

Martínez, F. (2011). Tránsitos por el río Magdalena: el boga, el blanco y las contradicciones del

liberalismo colombiano a mediados del siglo XIX. *Estudios de Literatura Colombiana*,

17-41.

Mattozzi, I. (2014). ¿Quién tiene miedo de la geohistoria? *Enseñanza de las Ciencias Sociales*,

(13),85-105. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=324143972009>

Pachón, X. (1996). Los nasa o la gente paez. En *Geografía humana de Colombia. Región Andina*

Central (Vol. II, págs. 61-106). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2778>

Ramírez, R. (2008). La pedagogía crítica. Una manera ética de generar procesos educativos.

Folios, (28), 108.119. <https://doi.org/10.17227/01234870.28folios108.119>

Vélez, A. (2018). Río Grande de La Magdalena: una historia de exploradores, riquezas y

disputas. *Mapeando Colombia. La construcción del territorio*.

<http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/biblioteca->

[digital/mapeando/Paginas/home.html](http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/colecciones/biblioteca-digital/mapeando/Paginas/home.html)

Villegas, A. (2014). El valle del río Magdalena en los discursos letrados de la segunda mitad del

siglo XIX: territorio, enfermedad y trabajo. Folios(39), 149-159.

<https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/RF/article/view/2360>

Libros y capítulos de libro

- Acevedo, E. (1981) *El río grande de la Magdalena*. Bogotá: Banco de la República.
- Bejarano, J., Pulido, O. (1986). *El tabaco en una economía regional: Ambalema siglos XVIII y XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Braudel, F. (1981). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, Tomo I*. México D. F: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. (1981). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, Tomo II*. México D. F: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. (1986). La larga duración. En *La Historia y las Ciencias Sociales* (págs. 60-106). Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Burke, P. (1990). El período de Braudel. En P. Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales 1929-1989* (págs. 38-67). Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Castaño, C. (2003). *Río Grande de la Magdalena*. Bogotá: I/M Editores.
- Codazzi, A., Paz, M. (1889). *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*. (F. Pérez Manosalva, Ed.) París: A. Lahure.
- <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3051>
- Colmenares, G. (1984). La economía y la sociedad colonial, 1550.1800, En *Manual de Historia de Colombia*, Tomo I, pp. 225-300, Bogotá, Colombia, Procultura S. A.
- Colmenares, G. (1997). La historiografía científica del siglo XX. En *Ensayos sobre historiografía* (págs. 15-56). Bogotá: Tercer Mundo S. A.

CORMAGDALENA. (2007). *Atlas de la Cuenca del Río Grande de la Magdalena*. Bogotá.

<https://n9.cl/lwpxn>

Eliás, N. (1989) *Sobre el Tiempo*. Madrid. Fondo de Cultura Económica.

Flórez, A. (2003). *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Flórez, J. (1998). El espacio. Valles secos y húmedas cordilleras. En C. d. CINEP, F. Zambrano (Ed.), *Colombia país de regiones. Tomo 3* (págs. 11-14). Bogotá: CINEP COLCIENCIAS.

Fontana, J. (2001). La historia económica y social. En *La historia de los hombres* (págs. 195-229). Barcelona: Editorial Crítica.

Forero, H. (1996). *Indígenas de la Nueva Granada*. Bogotá: Fondo Nacional Universitario.

Gómez, R. (1974). *Magdalena, río de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

IDEAM. (2010). *Sistemas morfogénicos del Territorio Colombiano*. Bogotá: Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi. (1995). Territorio Tolima. En *Los nombres originales de los territorios, sitios y accidentes geográficos de Colombia* (págs. 267-279). Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Jaramillo, J. (1982). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial TEMIS Librería.

Martínez, G. (2006). *Mitos del Alto Magdalena*. Bogotá: Trilce Editores, Altazor Editores.

- Ramírez, J. (1975). *Historia de los terremotos en Colombia* (Segunda edición ed.). Bogotá: Instituto Geográfico Agustín Codazzi.
- Rappaport, J. (2000). *La política de la memoria: Interpretación indígena de la historia en los Andes colombianos*. Cali: Editorial Universidad del Cauca.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1989). Colombia indígena, período prehispánico. En J. J. Uribe (Ed.), *Nueva Historia de Colombia, Tomo I* (págs. 27-68). Bogotá: Editorial Planeta S. A.
- Rivas, M. (1946). Los trabajadores de tierra caliente. Bogotá: Prensas de la Universidad Nacional. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2468/>
- Safford, F. (2002). Desde la época prehispánica hasta 1875. En M. Palacios, F. Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida* (págs. 13-446). Bogotá: Editorial Norma S. A.
- Serna, A. (2020). Los hombres entigrecidos. Bogotá: Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Tirado, Á. (1982). El Estado y la política en el siglo XIX. En J. Jaramillo, *Manual de Historia de Colombia* (Vol. II, págs. 325-384). Bogotá: PROCULTURA S.A.
- Torres, F. (1967). *La comunidad de pescadores de Honda. Estudio de un grupo marginal y de su desarrollo socio-económico*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales.
- Wade, D. (2020). Magdalena. *Historias de Colombia*. Editorial Crítica.
- Wulf, A. (2017). *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander Von Humboldt*. (M. L. Rodríguez T., Trad.) Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.

Trabajos de grado

- Cortés, G. (2018). Molá: *Toponimia de los sitios sagrados del pueblo Pijao en el municipio de Natagaima de Departamento del Tolima* [Tesis de grado, Universidad Externado de Colombia]. <https://bdigital.uexternado.edu.co/handle/001/1400>
- Cruz, Y. (2017). “*Cuando los caimanes se comieron la última mariposa*”: *Reflexiones desde la historia ambiental del Río Grande de la Magdalena a partir de un diálogo esquizosémico con la novela El Amor en los Tiempos del Cólera*. [Trabajo de grado, Universidad Piloto de Colombia]. <http://repository.unipiloto.edu.co/handle/20.500.12277/795>
- Daza, D. (2020). Procesos de racialización en la escritura de costumbres del siglo XIX en Colombia: el calentano [Tesis de maestría, Universidad Pedagógica Nacional]. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/13241>
- Estupiñán, D. y León, W. (2019). *Lenguajes y expresiones de la geohistoria en el aula inclusiva* [Trabajo de grado, Universidad Pedagógica Nacional]. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/11630>
- Gallón, J. (2009). *El río Magdalena visto por viajeros franceses e ingleses* [Monografía de pregrado, Universidad de Antioquia].
- Marmolejo, L. (2018). *Registros históricos sobre el caribe colombiano. Canales y caminos en el Río Magdalena (1823-1881)* [Tesis de grado, Universidad de Cartagena]. <https://repositorio.unicartagena.edu.co/handle/11227/9087?show=full>
- Núñez, C. (2019). *Propuesta pedagógica: Desarrollo de la enseñanza de las Ciencias Sociales en el colegio Próspero Pinzón en los cursos de bachillerato básico* [Tesis de grado,

Universidad Pedagógica Nacional].

<http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/11572?show=full>

Fuentes periodísticas

Caldas, F. (Mayo-Julio de 1808). El influjo del clima sobre los seres organizados. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*.

Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva. (19 de Enero de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(94).

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158374

Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva. (2 de Febrero de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(96), pág. 4.

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158375

Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva. (16 de Febrero de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(98), pág. 12.

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158375

Ensayo descriptivo de la ciudad de Neiva. (23 de Febrero de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(99), págs. 13-16.

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158375

La visita. (6 de Septiembre de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(127), págs. 7-8.

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158381

Regiones incultas al oriente de Neiva. (1 de Marzo de 1856). *El Alto Magdalena: periódico oficial*(100).

https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/158378

Ilustraciones

Désiré Roulin, F. (1823). *Entrée du marché de Honda (Entrada del mercado de Honda)*.

Colección de Arte del Banco de la República. <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/entree-du-marche-de-honda-entrada-del-mercado-de-honda-ap4083>

Désiré Roulin, F. (1823). *Orillas del Magdalena. Hogar de una familia de pescadores*. Colección

de Arte del Banco de la República. <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/bords-de-la-magdelaine-menage-dune-famille-de-pecheur-orillas-del-magdalena>

Gutiérrez de Alba, J. M. (1871). Nevado del Tolima, vista desde las orillas del Magdalena.

Maravillas geológicas de Colombia. *Impresiones de un viaje a América. 1870-1884*.

Colección de Arte del Banco de la República.

<https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=102>

Gutiérrez de Alba, J. M. (1872). Cabaña de pescadores a orillas del Magdalena, con una hamaca

de piel de caimán. *Impresiones de un viaje a América. 1870-1884*. Colección de Arte del

Banco de la República. <https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=177>

Gutiérrez de Alba, J. M. (1872). Calentanos cotudos y caratosos. *Imágenes y relatos de un viaje*

por Colombia. José María Gutiérrez de Alba. Impresiones de un viaje a América. 1870-1884. Colección de Arte del Banco de la República, Bogotá.

<https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=183&&>

Gutiérrez de Alba, J. M. (1873). Plano topográfico de las inmediaciones del pueblo de San Agustín. Láminas que acompañan la memoria del General Codazzi. *Impresiones de un viaje a América. 1870-1884*. Colección de Arte del Banco de la República.

<https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=209>

Gutiérrez de Alba, J. M. (1875). Grandes alturas de la Cordillera Central de los Andes. Nevados de Colombia N° 2. *Impresiones de un viaje a América. 1870-1884. Álbum de la Comisión Corográfica*. Colección de Arte del Banco de la República.

<https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=368>

Gutiérrez de Alba, J. M. (s.f.). Cascada en el río Magdalena cerca de su origen (Cauca). *Álbum de la Comisión Corográfica, Biblioteca Nacional de Colombia*. Colección de Arte del Banco de la República. <https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=378>

<https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/index.php?r=laminas%2Fview&id=378>

Humboldt, A. (1801). Carta del curso del río de la Magdalena desde Honda hasta el Dique de Mahares, formada sobre las observaciones astronómicas hechas en Abril, Mayo y Junio de 1801: primer diseño.

<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/46>

Landazabal, C. (1997). Especies Subacuáticas. *Fotografía tomada por la autora en el Museo del río Magdalena, Honda, Tolima*. Museo del río Magdalena.

Landazabal, C. (1997). Nacimiento del río Magdalena. *Museo del río Magdalena, Honda, Tolima.*

Paz, M. (1857). Laguna del Buei, origen del río Magdalena, en el páramo de las papas: provincia de Neiva. *Láminas de la Comisión Corográfica.* Biblioteca Nacional de Colombia.
https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/3087/0

Riballier, H. (1880). El champán. Colección de Arte del Banco de la República. Obtenido de
<https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/el-champan-ap4935>

Walhouse, E. (1872). *Vista del río Magdalena.* Colección de Arte del Banco de la República.
 Obtenido de <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/vista-del-rio-magdalena-ap4191>

Crónicas de viajeros

Boussingault, J. (1885). *Memorias.* Banco de la República. Departamento Editorial.
<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2484>

Caldas, F. (1980). El Alto Magdalena. En A. Noguera, *Crónica Grande del río de La Magdalena* (págs. 173-177). Bogotá: Sol y Luna.

D'Espagnat, P. (1942) *Recuerdos de la Nueva Granada,* Bogotá, Colombia, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Ministerio de Educación Nacional.

De Castellanos, J. (1857). *Elegías de varones ilustres de Indias 1522-1607.* Fundación El Libro Total. <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3458>

- Gosselman, C. (1981). *Viaje por Colombia, 1825 y 1826*. Tomo I y II. Bogotá, Colombia, Ediciones del Banco de la República.
- Gutiérrez de Alba, J. M. (1871). *Impresiones de un viaje a América 1870 - 1884* (Vol. Tomo VI. Fiestas. Viaje al Tolima). <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/transcripcion-tomoVI.pdf>
- Gutiérrez de Alba, J. M. (1873). *Impresiones de un viaje a América 1870 - 1884* (Vol. Tomo VIII Expedición al Sur: Estatuas de San Agustín). <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/transcripcion-tomoVIII.pdf>
- Gutiérrez de Alba, J. M. (1873). *Impresiones de un viaje a América 1870 - 1884* (Vol. Tomo XII Apéndice. Maravillas y curiosidades de Colombia). <https://www.banrepcultural.org/blaavirtual/gdea/transcripcion-tomoXII.pdf>
- Hamilton, J. (1955). *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*. Tomo I y II. Bogotá: Imprenta del Banco de la República.
- Hettner, A. (1976). *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República.
- Le Moyne, A. (1945). *Viajes y estancias en América del Sur. La Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el Istmo de Panamá* (Vol. Viajes. Volumen IX). Bogotá: Editorial Centro Instituto Gráfico. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll6/id/11>
- López, P. (1980). Sangre en el río. En A. Noguera, *Crónica Grande del río de la Magdalena* (págs. 51-52). Bogotá: Sol y Luna.

Mollien, T. (1944). *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Colombia, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Saffray, C. (1948). *Viaje a Nueva Granada*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

<https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2864759/>

Steuart, J. (1989). *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses (Bogotá en 1836-37)*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Podcast y vídeos

Ananké, relatos de Clío (20 de octubre de 2021). Voces del Magdalena, *La Pedagógica radio*.

Ivoox. <https://go.ivoox.com/rf/77942076>

Banco de la República (2020). Los saberes de la gente del río: bogas, *El río: territorios posibles*.

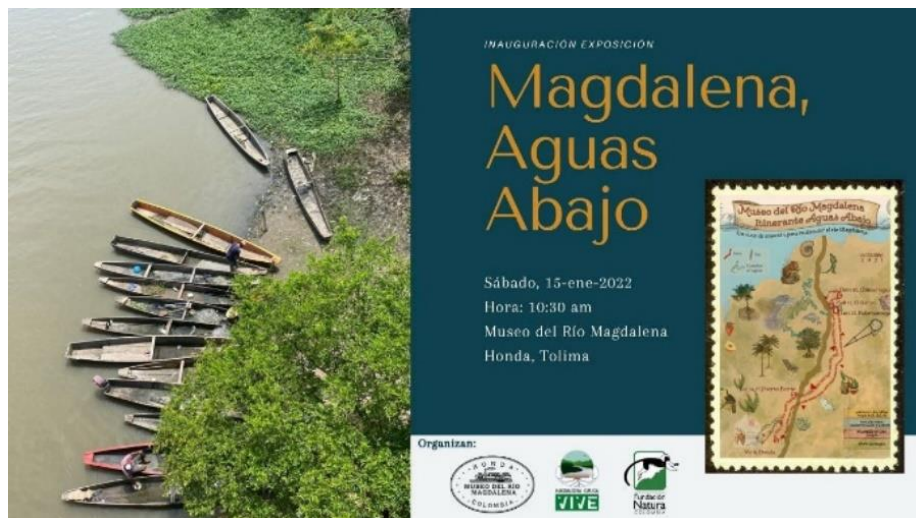
[Archivo de Vídeo]. <https://youtu.be/Vj2dXavtZmo>

Museo del río Magdalena (29 de Enero de 2020). Tejer, lanzar y pescar entre Cóngolos y Atarrayas, en *Sabiendas y Subiendas Oralidad en el Río Magdalena 2019*.

<https://museodelriomagdalena.org/tejer-lanzar-y-pescar-entre-congolos-y-atarrayas/>

6. ANEXOS

Anexo 1.1



Invitación del Museo del río Magdalena a la inauguración de la exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.2



Sección Agua, exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.3



Sección Rostros, exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.4



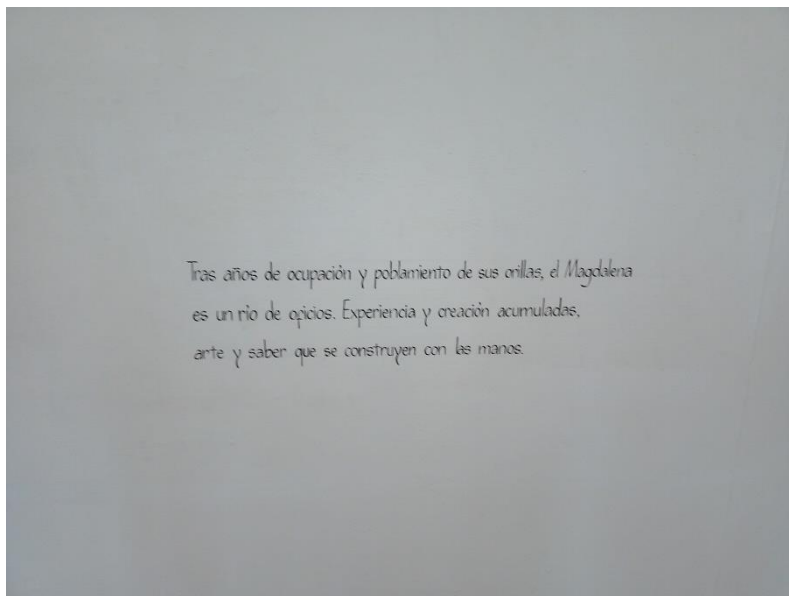
Sección Voces, exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.5



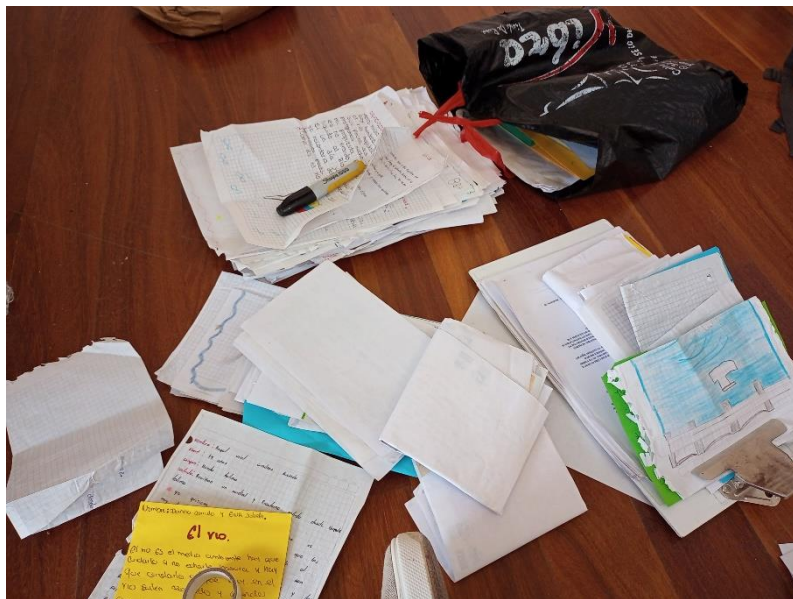
Sección Música, exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.6



Sección de Oficios, exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.7



Organización de las cartas elaboradas por niños y niñas de Honda y el Bajo Magdalena, expuestas en exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.



Inauguración de la exposición temporal *Magdalena, Aguas abajo*.

Anexo 1.8



Flyer de convocatoria a los talleres en el Museo del río Magdalena.